La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

EL PARQUE DE SEVILLA

FARSA SAINETESCA EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS
EN SEIS CUADROS Y UN PRÓLOGO, ORIGINAL DE

Muñoz Seca y Pérez Fernández

PERSONAJES

CONSOLACION. - ROSA. - MISS BERTAN. - MARTINA. - MOCITA 1.ª - IDEM 2.ª - VECINA 1.ª - IDEM 2.ª - IDEM 3.ª - IDEM 4.ª - PACO RIVERO. - DON ALFONSO VILLANUEVA. - GASPARON PINZON. - DON PEDRO MOLINA. - CAVALIERE CRESTONI. - PINZON 1.º - PINZON 2.º -- CARACOL. -- CRISTOBAL. -- EL GUARDA. - PERIQUITO. - JUAN. - LUIS. - EL DE LA CAÑA. - UN CAMARERO. - UN CRIADO. - VECINO 1.º - IDEM 2.º
Gitanas, gitanos, bebedores, vecinas, vecinos, chicos y banda.
La acción en Sevilla.-Epoca actual.

PROLOGO

MUSICA

PROYECCION CINEMATOGRAFICA

I

Empieza con la siguiente carta:

SOCIEDAD DE LA GUASA

JUNTA DIRECTIVA

PRESIDENCIA

Sres. D. Gaspar y D. Juan Pinzón
Mis queridos amigos: Cumplo un deber al indicarles que esta noche, a las ocho, deben ustedes estar en la calle de Fabié para proceder a darle la broma acordada en la última Junta, al pelmazo de Paco Rivero.
Me permito recordarles el art. 7.º de nuestros estatutos, que señala la penalidad para los socios que no presten su concurso para la realización de los acuerdos de esta Sociedad.
Dado en Sevilla a 12 *de Enero de* 1908.
El Presidente,
Pedro Molina.

II

Calle del barrio de Triana. En cualquiera de sus casas una reja practicable.
Juanito Pinzón pela la pava con Mari-Cruz. Bromean, ríen, etc. Pasa el sereno, saluda, vase... Continúa el alegre palique. De pronto, recatándose en las sombras, como traidores de melodrama, pero muertos de risa, llegan don Pedro Molina y Gasparón; el primero, hombre de cincuenta y tantos años, bien portado, con facha de gran señor, pero vistiendo traje flamenco y sombrero de ala ancha. Gaspa-

rón es un muchacho que también se toca con el clásico sombrero de ala ancha, pero viste de americana. Juanito, apenas los ve, se une a ellos. Don Pedro indica a Gasparón que vigile, y así lo hace éste en una esquina, mientras don Pedro entrega a Juanito un revólver y cinco cápsulas, indicándole que las cápsulas no tienen bala. Cambia el cuadro.

III

Leyenda: *¡Pólvora sola!* Dos manos cargan un revólver.

IV

Vuelve el cuadro anterior. Ríen todos. Juanito coge el revólver y se lo entrega a Mari-Cruz, la cual lo recibe palmoteando alegremente. Saludan a Mari-Cruz, muy finos y corteses, don Pedro y Gasparón, y se van, porque éste indica que alguien llega. Juanito Pinzón se separa de la reja, mira hacia la derecha y hace señas a su novia de que debe empezar la comedia. En efecto; se ponen a discutir agriamente y accionan como si se estuvieran tirando los trastos a la cabeza. Paco Rivero, de capa y embozado hasta las cejas, hace su aparición. Ve con singular gozo la bronca que tienen los de la reja, pasa por delante de ellos, y al llegar a la izquierda, observa con los ojos relampagueantes de dicha, cómo no le sirven a Juanito Pinzón las súplicas amantes, porque Mari-Cruz le da con las puertas de la ventana en las narices. Fíngese mohino Juanito Pinzón; aun se atreve a llamar con los nudillos, abre nuevamente Mari-Cruz y nuevamente, tras brevísima bronca, cierra enérgica la ventana. Juanito Pinzón saca un cigarro y tristemente inicia su mutis hacia la izquierda. Cuando Paco Rivero se cerciora de que está sola la calle, avanza cauteloso a la reja, da tres palmadas y abre Mari-Cruz, que le recibe con un suspiro de satisfacción. Paco Rivero crece un palmo. Por la izquierda aparecen don Pedro Molina y Gasparón, se acercan a Paco Rivero, y llenos de pavor, le dicen que tenga mucho cuidado, porque Juanito Pinzón ha ido a su casa por una navaja, con el fin de metérsela a Paco por el ombligo. Paco se ríe con risita de conejo del capricho de Juanito Pinzón e indica que él de un par de bofetadas es capaz de tumbar la Giralda. Le felicitan por su valentía, y después de saludar a Mari-Cruz, que en cuanto pilla a Paco de espaldas se ríe de él, se van por la derecha. Vuelve el palique y sale por la izquierda un borracho. Viene en alpargatas, muy silencioso, muy metido en sí. En una de sus primorosas "eses" tropieza con Paco Rivero y éste se lleva un susto mayúsculo; se echa mano al costado, creyéndose herido mortalmente, traidoramente, y al ver que es un borracho, se repone, se lía a dar bofetadas al aire, que se le hincha la mano, ríe locamente Mari-Cruz y el borracho desaparece por la derecha, oyendo como quien oye llover las imprecaciones de Paco Rivero, que torna a su palique con Mari-Cruz, volviéndose asustadísimo de vez en vez. Cuando menos se lo espera, aparece Juanito Pinzón por la izquierda; queda Paco Rivero perificado, Juanito hace señas con la mano de que la cosa requiere calma, y para empezar la entrevista saca y abre una navaja, que intercepta la callejuela. Paco Rivero se queda pegado a la ventana. Mari-Cruz le ofrece el revólver de marras, que coge Paco por el cañón, y al notarlo lo tira como si le quemara. Juanito Pinzón recoge el revólver y vuelve a entregárselo a Paco Rivero, indicándole seguidamente que se defienda, porque quiere dejarle clavado en la esquina. Quédase Rivero en una pieza, pero al ver que Pinzón toma terreno y avanza con cautela felina navaja en mano con dirección marcadísima a su ombligo, se tapa con una mano los ojos y dispara. Paco Rivero ve caer pesadamente a Juanito Pinzón y queda anonadado. Avanza unos pasos, ve la ventana de Mari-Cruz cerrada, aparta con horror la vista del cadáver, y, coincidiendo con la llegada del sereno, por la derecha, aprieta a correr, derribando al guardia nocturno y pasando por encima del farol y del chuzo hechos cisco. Al mismo tiempo que se incorpora el sereno, aparecen por la izquierda don Pedro y Gasparón, se levanta el muerto, se abre la reja, aparece Mari-Cruz, se ríen todos a carcajada limpia, Juanito reanuda su palique con la gentil sevillana y se hace el obscuro y empieza el acto primero, después de la proyección del siguiente letrero:

TRES AÑOS DESPUÉS

ACTO PRIMERO
CUADRO PRIMERO

Patio de un hotel de Sevilla. Puerta de entrada a la derecha, y al fondo algunas otras numeradas.

(Al levantarse el telón, están en escena Gasparón Pinzón, Caracol y Periquito, tres sevillanos, sentados a una mesita bebiendo vino y servidos por un camarero. Mientras se levanta el telón suenan tres furiosos timbrazos.)

GAS.—La guasa que gastan en este hoté, compadre. Diez timbrazos lleva ya daos er tío del número 7, y nadie acúe.

CAM.—Ya se cansará. *(Vase.)*

ALF.—*(Dentro.)* Pero, ¿es que en este hotel no hay servidumbre? *(Saliendo del número 7. Es un tipo de gran señor: le relampaguean los ojos. Viste con elegancia.)* ¿Pero es que me voy a pasar la vida?... *(Ríen.)* ¿Son ustedes huéspedes?

GAS.—Ni lo quiera Dios. Aquí somos tres amigos que venimos a tomar una copita. ¿Usté gusta?

ALF.—Gracias; yo no bebo.

GAS.—*(Imitando el toque de firmes de infantería.)* Tararí, tí... *(Se ponen de pie al tararí, y al tí se descubren. Imitando el toque de de frente marchen.)* Tatatatito, tito, titotí... tí. *(Gasparón esparce en el suelo el vino del vaso. Imitando el toque de en su lugar descanso.)* Tito, tí... *(Al tito se cubren, y al tí se sientan y se ríen escandalosamente.)*

ALF.—¿Eh?

GAS.—En cuanto encontramos a uno que no bebe, derramamos el vino en señal de duelo.

ALF.—Oiga usted, señor; es que eso de tararí tí..., si tratan ustedes de embromarme, vive Dios que...

GAS.—Mal vinagre gasta usté, compadre.

ALF.—Gasto el que me da la gana; ¿y qué es eso de compadre?

GAS.—¿Se lo desimos?

PER.—Díseselo.

GAS.—Mirusté: nosotros somos individuos de la Directiva de una Sosiedá que hay aquí en Sevilla que se llama la sosiedá de la guasa, sosiedá fundá en 1870 por nuestro artuá presidente... *(El mismo juego de antes.)* Tararí, tí. ¡Don Pedro Molina! Tito, tí. *(Ríen de una manera tan escandalosa, que don Alfonso cree que le están tomando el pelo.)*

ALF.—¡Caballero!

GAS.—Es el artículo primero de nuestros estatutos: "Er nombre der presidente, se avisa oportunamente". Usté no es de aquí.

ALF.—No, señor.

GAS.—Entonses no sabe usté lo que es la sosiedá de la guasa.

ALF.—Ni ganas.

GAS.—Pos somos una sosiedá de permasos que estamos dedicaos exclusivamente a dar bromas mu grasiosas, pero que Dios le libre a usté de una broma de las nuestras. ¡Hasta en Milán tenemos fama!

ALF.—En Milán no se ocupan de esas paparruchas.

GAS.—¡Está usté enterao!

ALF.—Vengo de allí, con que...

GAS.—Pues por allí debe de andá un paisanito nuestro, ar que hase tres años le dimos una... ¡Josú! Como que vorvió la esparda y no ha vuerto por Sevilla. ¡Lo echamos! Era un tal Paco Rivero...

ALF.—¿Eh? ¿Qué? ¿Paco Rivero?

GAS.—¿Lo conose usté?

ALF.—Sí; digo, no. A ver, a ver, ¿qué es ello?

GAS.—¡Paco Rivero! ¡Casi nadie! *(A Periquito.)* Tú no le llegaste a conosé. ¡Qué tío más grasioso! Como que se ganaba la vida contando cuentos y chascarrillos. Y que cuento que se le ocurría, cuento que le colocaba ar primero que se encontraba en la calle. ¡Tipo más grasioso!

CAR.—¿Te acuerdas de lo supersticioso que era? *(Ríe.)*

GAS.—¡Calla, hombre! Mirusté: veía a un gato, y como si viera ar demonio. Si oía cantá una jota, se echaba a temblá; al agua... ¡Josú! al agua le tenía un pánico... ¿El salí de su casa con el pie izquierdo? ¡Quiá! Se vorvía a meté y se acostaba.

ALF.—Pero, ¿cuál fué la broma?

GAS.—Que le hisimos creer que había matao a un hermano mío. *(Ríe.)*

CAR.—*(Sin poder hablar de risa.)* La guasa que tenemos.

ALF.—¿Pero no mató?

GAS.—No, señó; por lo visto usté sabe...

ALF.—Claro que sé. Como que ese Paco Rivero es mi secretario hace dos años y me ha contado su historia. Una novia, un rival, un tiro, el difunto que se le aparece todas las noches en forma de gato... "¡Paco, mírame; soy Juanito Pinzón!" ¡Espantoso! La vida de un hombre amargada para siempre.

GAS.—¡Er miedo que tendrá er tío! *(Ríen.)*

ALF.—Como que no quería venir a Sevilla. Tuve que darle la idea de que se disfrazara de moro para que viniera conmigo.

GAS.—¡Josú! ¡Ya cayó er pez! ¡Con lo aburríos que estábamos! *(El mismo juego de antes.)* Tararí, tí... ¡Viva la guasa!

PER. y CAR.—¡Viva!

GAS.—Tito, tí... *(Se sientan. Ríen.)* Diga usté: ¿sigue con la manía de contá cuentos?

ALF.—Sí.

GAS.—¿Y con sus supersticiones?

ALF.—Con la del gato, con la del agua, con la de la jota y con cien más que ha adquirido. No puede ver una americana desabrochada, porque pierde cuanto juega. ¡Y lo notable es que pierde! Un pañuelo asomado al bolsillo del pecho, le anuncia una desgracia. ¡Y le sucede! Y... ¡qué sé yo! Una puerta que rechina, un mantel arrugado, una nube con tres picos, tres albañiles y un sereno juntos...

GAS.—Caballero, ¿le convendría a usté pasar riéndose seis meses en Sevilla?

ALF.—Hombre, ¿a quién no le conviene eso?

GAS.—Pues no diga nada a su secretario.

ALF.—Bien; pero como la broma resulte sangrienta, como me llamo Alfonso Villanueva que...

GAS.—¡No sea usté fúnebre! ¡Tararí, tí! *(Se levantan. A Periquito.)* Vete ahí ar lao, ar Café Nacional, en busca der presidente. *(A Caracol.)* Y tú, por si no está allí, llégate a su casa. Por la puerta farsa llegáis antes. Yo voy a telefonear al Casino.

CAR.—Que usté lo pase bien.

PER.—Siga usté bueno.

GAS.—¡En seguía estoy aquí! Tito, tí...

LOS TRES.—*(Se van por la izquierda, marcando el paso militar y diciendo:)* ¡Un, dos, tres, cuatro; un, dos, tres, cuatro! *(Ríen.)*

ALF.—¡Gente más extraña!... *(Mirando hacia la derecha.)* ¡Caramba, el interfecto! ¡Hay que ver cómo viene! *(Entra de la calle Paco Rivero. Viene de moro. Se ha dejado crecer una barbilla rala; un mechoncito de pelo aquí, otro más allá y otro todavía más allá, amén de un bigotillo valientemente partido por la canalilla de debajo de la nariz, que no es canalilla, sino camino real. Se toca con un gorrito rojo. Trae un paraguas muy mojado.)*

MUSICA

PACO. Ay, don Arfonso de mi arma,
don Arfonso, por favó;
ay, don Arfonso, don Arfonso,
boy aquí la diño yo.
Ay, rece usté por mí un responso
don Arfonso, que es verdá.
Ay, don Arfonso, don Arfonso,
porque yo voy a parmá.

Hoy me persigue la desgracia
desde que del hotel salí;
ay, don Arfonso, usté no sabe
lo que yo he visto por ahí.
Es día trese, mala suerte;
he visto un gato colosal,
tres albañiles y un sereno
y una beata en un portal.

LF. ¡Oh, qué loco estás!
ACO. No lo dude usté.
LF. Esas aprensiones yo te quitaré.
ACO. Tiemblo como un flan,
yo la entrego aquí.

ALF. Parece mentira que seas así.
(Recitado.)
Vamos, no digas tonterías.
PACO. Abróchese usté la americana.
ALF. ¿Piensas jugar?

PACO.—Es que desde que llegué a Sevilla me estoy jugando la vida y no quie-o perdé. ¡Y que no veo más que mu malísimas señales! ¿Ve usté? ¡Un mante-llo arrugao! *(Tira del mantel y cae un plato, que se rompe.)* Josú, se rompió y s lunes. *(Se sienta y cruje la silla.)* ¡Ay! ¡Ha crujío la silla, don Alfonso!
Cantado.)

Ay, don Arfonso de mi arma,
don Arfonso, por favó.
Ay, don Arfonso, don Arfonso,
hoy aquí la diño yo.
Ay, rece usté por mí un res-
[ponso,
don Arfonso, que es verdá.
Ay, don Arfonso, don Arfonso,
porque yo voy a parmá.
Apenas puse el pie en la calle
a una criada oí cantá
una jotita, mala sombra.
Argo me tiene que pasá.

He visto un tuerto con un
[tuerto,
luego otro tuerto y ya son tres,
y un calderero pregonando
dale que dale al almiré.

ALF. ¡Oh, qué loco estás!
PACO. No lo dude usté.
ALF. Esas aprensiones yo te quitaré.
PACO. Este corazón
no funciona bien.
me suena lo mismo,
lo mismo que un tren.
¡Taca, tacata, taca, ta, plan,
[plan, plan!

HABLADO

ALF.—No temas. Estás muy bien de moro.
PACO.—¿No me desmoronarán?
ALF.—¡Bah! Le das el pego al más vivo.
PACO.—Sí, señor. Estoy muy propio. He pasao por ar lao de una tía mía—¡qué viejecita está la pobre!—y como si nada. Me miró, y en lugá de desí: ¡Este ¡ Paco! fué y dijo: ¡lo que madruga Mahoma! Y a propósito: le voy a contá usté un cuento...
ALF.—A mí, no.
PACO.—Hombre, déjeme usté.
ALF.—Que no. ¡Basta! ¿Dónde has estado?
PACO.—*(Estremeciéndose.)* No lo va usté a creé, don Arfonso. ¡En Triana!
ALF.—¡Paco!
PACO.—¡Zelím!... El lugar del crimen atrae como el grifo al sediento.
ALF.—Bonita frase.
PACO.—¡Qué mal rato he pasao, don Arfonso! ¡Pobre Juanito Pinzón!
ALF.—¿Has visto la casa?
PACO.—Desde muy lejos. Cuando intenté acercarme se me interpuso un puña-ro gatito... Luego he paseado por ahí siguiendo a una mujé, ¡que vaya una mujé, on Arfonso! ¡De las que a usté le gustan! Chiquita, llenita, pelillo negro, con unos os y dos filas de pestañas como dos filas de garrochas. ¡Josú, qué postre!, con madre iba, pero las perdí de vista porque se metieron en una iglesia y pensé: mo entre detrás de ellas, me van a queré bautisá otra vé y eso no pué sé.
ALF.—Claro.
PACO.—Como ar moro aqué der cuento. Era una vé un moro que se le había to una babucha...
ALF.—¿Eh? ¡No, hombre, no!
PACO.—Don Arfonso, que es muy corto.
ALF.—Luego, luego. Vete a lo que tengas que hacer.
PACO.—A tomar el desayuno me voy. Si se le ofrese a usté argo...
ALF.—Nada. Adiós.
PACO.—¿Queamos en que hoy es lunes?
ALF.—Lunes.
PACO.—Pie derecho, los pasos a la izquierda; pie izquierdo, dos pasos a la recha; tres saltitos de frente y antes la oración:

"Lunes prinsipio e semana,
día de señá Santa Ana,
antes de comé
anda de revé
y no le des la mano a ninguno que se llame Manué.
Josú, María y José.

(Se santigua, y andando como indicó, hace mutis por la izquierda.)

ALF.—¡Qué loco está! *(Se sienta y se pone a leer un diario. Entra por la derecha don Pedro Molina. Es el mismo del prólogo. Muy pulcro, con aire de gran señor y elegantísimamente vestido, de americana y sombrero ancho, pero ¡bien!)*

PED.—Buenos días. *(Nadie le contesta. Se dirige a don Alfonso.)* Que los tenga usté felices, caballero. ¿Podría usté desirme si vive aquí un señor que se llama don Alfonso Villanueva?

ALF.—Soy su servidor. *(Le indica que se siente.)*

PED.—Lo mismo digo. *(Sentándose.)* Muchas gracias. ¡Mire qué casualidad! *(Ríe siempre y es su risa particular y contagiosa; muy simpática. Por ella se ve que es un viejo que está muy a bien con la vida.)*

ALF.—¡Qué viejecillo más simpático! Usted dirá.

PED.—Pues el objeto de mi visita, señor mío, es una impertinencia. *(Respondiendo a un gesto de don Alfonso.)* Sí, señó. Una impertinencia.

ALF.—Hombre...

PED.—¿Usté ha traío de secretario a un tal Paco Rivero?

ALF.—En efecto.

PED.—*(Ríe.)* Bueno, pues que quiera usté o que no quiera, unos amigos y yo tenemos que tomarle el pelo a su secretario de usté, y si usté se pone tonto, a usté también, y si usté no es de España y reclama su cónsul de usté, al cónsul de usté también. Porque mire usté: yo, con tal de reirme, sarto por ensima der gobernadó de Londres. *(Ríe.)* Conque usté dirá si esto es o no es una impertinencia.

ALF.—Pues, no, señor; no lo es.

PED.—Muchas gracias y no hay más que hablá. Usté es de los nuestros. *(Ríe.)*

ALF.—Así lo he prometido a sus compañeros, porque me figuro que es usté el presidente de esa sociedad...

PED.—Justo.

ALF.—*(Levantándose muy serio.)* Pues... Tararí... tí... *(Saluda.)*

PED.—*(Riendo mucho.)* Usté y yo vamos a hacer muy buenas migas.

ALF.—No lo dudo, porque es usted muy simpático.

PED.—Soy sevillano ná más. ¡Olé! ¡De aquí! ¡Legítimo! ¡Y de los antiguos! ¡Que sí! ¡Ahí va mi tarjeta! *(Se la da.)*

ALF.—*(Leyendo.)* "Pedro Molina, de la reserva". ¡Ah, militar!...

PED.—No, señor. ¡Juerguista! Mi profesión es juerguista, pero estoy en la reserva activa y por eso lo hago constar en mi tarjeta.

ALF.—¡Muy pintoresco!

PED.—Ná de pintoresco. Es la verdá. Pero no crea usté que soy nigún juerguista de pandereta de esos patosos, aburridos y gañotes. ¡No! Mi duro es siempre er primero. Me conose to er mundo, tengo parné y vivo en la mejón casa de Sevilla. ¡Mía! ¡Propia! ¡Ya es de usté! ¡Y sin correspondencia! A mí no me ofrezca usté su casa, porque yo no he salío ni pienso salí nunca de Sevilla. ¿Pa qué? ¡Esto es lo mejó der mundo! ¡Er que es sevillano, tiene pa mientras viva dos alegrías que no hay quien las mate: la de haber nasío y la de ser de aquí. Y sevillano, quiere desí, amigo bueno, de corasón, pa siempre. ¡El escudo de Sevilla! "¡No me ha dejado!" ¡Viva la leartá! Don der sielo debe sé, pero en Sevilla no podemos ser farsos aunque queramos. Ya ve usté; hemos hecho unos duros farsos, y nos han salío con más plata que los güenos... Conque ya sabe usté quién soy: un sevillano legítimo y de los antiguos. ¡Olé otra vé! ¡Servidó! Usté no es de aquí.

ALF.—No, señor. Y correspondiendo a su simpática franqueza, le diré de dónde soy y quién soy. Yo soy de Burgos.

PED.—*(Muy serio.)* ¡Caramba! Resiba usté mi más sentido pésame.

ALF.—Gracias. Pero a los veinticinco años salí de España. Tenía dinero, y en vez de quedarme en mi tierra me dió por recorrer el mundo. Ansias de volar y de divertirme.

PED.—Siendo de Burgos, se comprende.

ALF.—¡Bien he volado!

PED.—¡Y bien se habrá usté divertido! *(Se levantan.)*

ALF.-¡Eso, no! Quizá fué un castigo providencial por haber renegado de mi patria. He visitado muchos países y jamás se me ocurrió conocer España. La desdeñé. Me parecía tan pequeña, tan insignificante, tan poco digna de atención!...

PED.—*(Sin poder contenerse.)* ¡Valiente sinvergüenza!...

ALF.—Y por fin, vengo a Sevilla.

PED.—¡A buena hora!

ALF.—Sí; quizás sea un poco tarde, pero vengo a ponerme en cura.

PED.—Oiga usté, que Sevilla no es ningún barneario.

ALF.—Para mi dolencia, creo que sí. Yo soy un enfermo de tristeza. Preso estoy por ella, y no veo un rayito de luz en mi triste calabozo. Y soy un hombre triste por la costumbre de querer parecerlo.

PED.—Sí que es raro.

ALF.—Raro, pero verdad. Desde que pude volar sólo, volé en alas de una gran equivocación. Creí que para ser hombre había que ser, ante todo, serio, formal y triste.

PED.—¡De Burgos tenía usté que ser!

ALF.—¡Y basta ya! Son quizás mis últimos años los que vivo, son, sin quizás, mis últimas pesetas las que gasto. Aunque tarde, pretendo encontrar la alegría y no separarme nunca de ella. A eso vengo a Sevilla.

PED.—Pues no se apure usté, compadre, que ha pegao usté un tropesón y s'ha metío, sin queré, en medio de la sosiedá de la guasa. Queda usté nombrao sosio transeunte.

ALF.—*(Estrechando la mano que le tiende.)* ¡Acepto!

PED.—¿Anda por ahí Paco Rivero?

ALF.—Sí *(Como buscándole.)* y no sé...

PED.—¡Caramba! Si yo pudiera avisar a los hermanos Pinzones se redondeaba la cosa, porque lo que usté no sabe es que er muerto se fué a América, pero dejó en Sevilla tré hermanos que son tré perlas... Vocales de la directiva, no le digo a usté más. *(Sigue hablando con don Alfonso.)*

GAS.—*(Saliendo.)* Con veintisiete teléfonos he pedío comunicación, mardita sea er pescao, y ná.

PED.—¡Pinsón de mi arma!

GAS.—¡Don Pedro de mi corasón!

PED.—¡Ni llovío der sielo!

GAS.—¿Sabe usté?...

PED.—Tóo. Vete ar Café Nasioná. Allí deben está a estas horas tus dos hermanos. Comprarse cá uno un pañolito negro pa er cuello, y ya estáis aquí, y a seguirme la corriente. Conque... ¡Tito... tí! *(Al "Tito" se vuelve militarmente Gasparón; y al "Tí" echa a andar muy flamenco, pero se queda parado en firme antes de llegar a la puerta, al ver entrar por la derecha a Rosa y Consolación. Rosa es una jamona guapa y opulenta. Consolación, una sevillana de veinte años que vale un mundo. Vienen de mantón y traen una gran caja de cartón que dejan sobre un velador.)*

CONS.—Pase usté, madrina, que no nos van a comé. ¡Josú qué miedo! *(Ríe. Esta muchacha parece discípula de don Pedro. Ríe sin motivo. Ríe siempre. Es un cascabel alegre.)* Pero, ¿por qué le teme usté tanto a los hombres, vamos a vé?

ROSA.—Porque son unos tíos que no se callan ná. En cuanto se le mueve a una argo, ya se lo están disiendo a una.

CONS.—*(Viendo que se fija en ella Gasparón, se pasa las manos por sus curvas, como si quisiera apretárselas.)* ¡Madrina!

GAS.—*(Por Consolación.)* Señore: acaba de llegá una de las columnas de már-

mol der patio del Arcása. ¡Olé ahí las mujeres masisas y apretás, madre de mis ojos!

CONS.—¡Hijo de mi arma!

GAS.—¡Viva lo duro!

ROSA.—Haga usté er favó de seguí su camino.

GAS.—*(A Rosa.)* ¡Madre de mis ojos!

ROSA.—¡Hijo de mi arma!

GAS.—¡Viva er flan! *(Mutis por la derecha.)*

ALF.—*(A don Pedro.)* Bonita mujer.

PED.—Las dos me gustan.

ALF.—¿Y si yo le dijera a usted que vienen buscándome?

PED.—¿No asamos y ya pringamos?

ALF.—No; es que traigo de Milán el encargo de recoger un manto como el de las vírgenes de Sevilla, que han mandado hacer para una Madona italiana.

PED.—Bordadoras deben ser, sí, señor.

CONS.—*(Dirigiéndose a ellos.)* Muy buenas tardes, señores.

PED.—Dios guarde a usté, lú de mis ojos.

ALF.—Venga usted con Dios.

CONS.—Ustedes dispensen, pero la que no sabe es como si no ve. ¿Está aquí parando *(Leyendo un papelito.)* un tar don Alfonso Villanueva?

ALF.—Aquí está parando.

PED.—Y aquí está... ¡parado! ¡Servidó de usté!

CONS.—¡Usté no es!

PED.—¿Cómo que no?

CONS.—Porque no. *(A don Alfonso.)* ¿A que es usté?

ALF.—¿Y por qué he de ser yo?

CONS.—Porque lo que a mí me da el carasón, no falla. Yo me he pènsao que don Arfonso Villanueva debía sé un señó bien plantao, guapo, con unos ojos así mú triste... y usté tiene cara de llamarse don Arfonso Villanueva. ¿Vamo a que es usté don Arfonso Villanueva? Y si no, vamo a vé: ¿es usté don Arfonso Villanueva?

ALF.—Yo soy don Alfonso Villanueva.

CONS.—¿Lo ve usté, madrina? Mire usté, caballero: yo por los nombres saco a las personas. ¿Don Arfonso? ¡Pos tiene que sé buen tipo! Hase un año vino aquí er Rey. Yo no lo había visto nunca. Verá, mujé, me dijo mi madrina: es una lástima que sea su mijita desgalichao.—¿Y se llama don Arfonso? ¿Vamo a que no pué sé? ¡Y no fué, y no fué! Porque, mire usté; estábamos bordando y va y se oye un tumurto en la calle.—¡Es er Rey que viene!—Ea; pos vamos a vé ar Rey, madrina, y nos asomamos ar barcón tóas las bordadoras.—¿Quién es?—¡Aqué! ¡Aqué tan dergaíllo que viene tan ligero!—¡Ay! ¡Ay!... Yo no me fijé en si era dergao o largo o corto; a mí se me salía er arma por la boca y empesé a gritá: ¡Viva España! ¡Viva er Rey! ¡Viva Sevilla! ¡Viva tu madre!... Y tóas las bordadoras a chillá y a llorá, y el Rey levantó la cabeza y nos hiso un saludo, ¡que vayan con Dios los hombres simpáticos saludando! Como que va mi madrina y me dise: ¿Sabes tú que no es feo?—¿Qué va a sé feo, si se llama don Arfonso? *(Ríe.)* ¡Josú, qué loca estoy! Bueno, pos tanto gusto en haberlo conosío. *(Volviéndose gentilmente a Rosa.)* Madrina; este es don Arfonso Villanueva.

ROSA.—Buenas tardes. Pues yo venía a desirle...

ALF.—Agradeceré mucho, que todo lo que tengan que decirme... *(Dirigiéndose a Consolación.)* me lo diga usted.

ROSA.—¡Josú, que tío malage! ¡Grosero! *(Sigue murmurando en voz baja.)*

CONS.—¡Ay, qué goloso! *(Ríe. Don Alfonso, hipnotizado, pretende abrazarla, pero se ve detenido, porque le pone Consolación su blanca mano en el pecho.)* ¡Ché! Póngase usté unas gafas, caballero, que yo llevo siempre por delante una vallita que nadie ve, y más de uno y más de sinco han tropesao y se han roto las narises. ¡Ojo! ¡que la vista engaña! *(Le quita la mano del pecho.)*

ROSA.—*(Poniéndole la mano en el pecho a don Pedro, que cautelosamente y a la chita callando pretendía abrazar a Consolación por la espalda.)* Y en la puerta trasera, hay un perro; servidora.

ALF.—*(Muy serio.)* Está bien.

CONS.—¡Ja, ja, ja!... ¡Pero no se ponga usté triste! A mí los hombres serios me imponen mucho. ¡Jesú qué miedo! *(Ríe.)* Madrina, mire usté qué cara más apretá se le ha quedao a don Arfonso. *(Ríe.)*

PED.—Niña, te advierto que don Arfonso ha nasío así; con la cara apretá: no te figures que ha sío por causa tuya, fantasiosa.

CONS.—¡Virgen de los Reyes! ¿Eso es verdá? ¿Que usté saca esa cara a la calle tós los días?

ALF.—No tengo otra.

CONS.—¿Ni cuando le hacen a usté cosquillas?

ALF.—Tampoco.

CONS.—¡Ja, ja, ja!... Pero vamo a vé, vamo a vé...

PED.—Mira, niña, a vé si nos callamos. Er señó es lo que se dise un hombre formá, er señó no se ha reído nunca.

CONS.—¡Pero señó! ¡Várgame er Señó, er tiempo que está perdiendo er señó! Porque mire usté...

ROSA.—Consolación, mujé, calla; a ti te farta un tornillo.

ALF.—Déjela usted hablar, señora.

CONS.—Déjeme usté, madrina; un ratito de palique, a nadie ofende. Contimás, que este señó se hase cargo de que una es curiosilla, y le sigue a una el aire. *(Sentándose frente a él.)* ¿Verdá, don Arfonso?

ALF.—Cierto.

CONS.—¡Lo que daría yo por ser la primera persona en el mundo que le hisiera a usté reí! ¡La corona de España si fuera mía! *(Acercándose más a él.)* Vamos a vé: ¿se va usté a reí si le saco la lengua?

ALF.—Pruebe.

CONS.—*(Haciéndolo.)* ¡Ah!... ¡Ah!... *(Todos ríen menos don Alfonso.)* ¡Huy, este hombre es de cartón! Pero, ¿tantas penas tiene usté?

ALF.—Ninguna. Ni nadie puede dármelas, porque vivo solo en el mundo. Tengo salud, ninguna preocupación, soy feliz, a mi modo, pero soy triste. ¿Y usted, Consolación, usted no debe tener penas?

CONS.—¡Huy! ¡Un montón así, así... que me ahogo en ellas! Aquí donde usté me ve, yo he tenido una cuna dorá, y con sabanitas de encajes finos. Pero, vino abajo mi casa, se murieron mis padres y...

"A mis enemigos
no le mande Dios
las duquitas negritas de muerte
que a mí me mandó."

¡Bah! Me puse a bordá, y mantengo a tres hermanitos, que er que má, levanta der suelo media vara, y a seis sobrinos, huerfanitos también los pobres. Dineros, no tengo; preocupaciones...¡Josú! Soy la desgrasia andando; la imagen de la desgrasia. Como dise la copla...

"La silla donde me siento
se le ha caído l'anea
de pena y de sentimiento."

¡Pero soy muy alegre! ¡Ja, ja!... Mire usté que tiene grasia... porque tiene mucha grasia... que a una muchacha como yo, que no se ha metío con nadie, le lluevan penas por tóos laos. ¡Ja... ja!... ¡Pa morirse de risa! ¡Bueno; pues a vé quién pué más! *(Muy solemne y levantándose.)* ¡Vengan ratas, que aquí está quien las mata! *(Ríe más que nunca.)*

ALF.—*(Levantándose decidido a casarse con ella en este mismo instante.)* ¡Consolación!

CONS.—Me llamo. Es lo único que m'ha salío bien; er nombre. Pero, ¿qué le pasa a usté? ¡Está usté más serio que nunca!

ALF.—Es que quiero parecerle más formal todavía de lo que soy, para que me crea usted. ¿No es mentira todo eso?

CONS.—No, señó; yo, cuando digo mentiras, se me conoce en seguía, porque me pongo como usté, demasiao formá. *(Ríe.)* Riendo es como no se puede engañá

a la gente. En cambio con esa cara. *(Viéndole venir.)* Se nos va a hasé muy tarde, madrina, vamo a sacá er manto. ¡Jesú, qué cuajo gasta usté!

ROSA.—*(Enfadada.)* Niña, yo... Pero si yo...

CONS.—¿Se va usté a enfadá? ¡Tendría grasia! ¡Ja... ja!... *(Empiezan a sacar el manto entre las dos.)*

ALF.—¡Don Pedro!

PED.—¡Don Alfonso! Er reverso de su medalla. ¡Vaya un cascabé! Pa reirse con ella y luego...

ALF.—¿Reirme?... ¡Nunca! Esto es lo único serio que a mí me ha pasado en mi vida! *(Consolación y Rosa abren la caja, aparece dentro de ella el manto bordado en oro, y lo colocan con caja y todo de pie sobre una silla.)*

CONS.—Cuando la Virgen italiana se vea con el manto puesto, no se va a poné tonta ni ná... Conque madrina, a la calle que es der Rey. A vé si nos encontramos otra vé ar moro que nos ha seguío esta mañana y que a usté le ha gustao tantísimo.

ALF.—¡Ah! Pero, ¿las has seguido un moro?

ROSA.—¡Qué hombre!... El pobresito no debe de hablá el español porque lo único que nos desía era: ¡Uyuyuy jain!... y pegaba cá bocao al aire que daba pena. Pero hasta ahí un moro simpático...

CONS.—Bueno; se acabó er palique. *(Dándole la mano muy afectuosa a don Pedro.)* Tantísimo gusto en haberlo conosío. *(Dándole la mano a don Alfonso.)* Y a usté también. *(Se ve retenida por él, que sin decirla nada no la suelta.)*

ROSA.—Iguarmente digo. *(A Consolación.)* ¿Vamos?

CONS.—No puedo. Aquí don Sipré no me suerta, y no puedo.

ALF.—¿Dónde vive usted, Consolación?

CONS.—¿Va usté a pasearme la calle? ¡Pos no me voy a poné yo poco ancha! *(Como gritando.)* ¡Vesinas, vesinas! ¡Asomarse! ¡Ese "tiriri" viene por mí!

ALF.—¿Cómo tiriri? ¿Me permite usté que visite su casa?

CONS.—Ya lo creo. "Contimás" que mi casa la pué visitar tó er mundo. Limpia está como los chorros del oro. Vivo en un corrá: Fabié, catorse. Con la mía son sincuenta y siete familias las que allí nos juntamos. Vaya usté er domingo, que tós los domingos se arma una fiesta, que hasta er galápago der poso baila. Se reirá usté.

ALF.—¿Usté cree?

CONS.—Se reirá usté, palabra. Yo me encargo de eso. Pa conseguirlo, voy a hasé a la Virgen, que está a la salía der puente, er voto de un risito de mi pelo.

ALF.—Hasta el domingo, Consolación.

CONS.—Hasta el domingo, buen moso. ¿Vamos, madrina? ¡Ja, ja!...

ROSA.—¡Qué loca estás, chiquilla!

CONS.—¿Verdá que sí? ¡Ja, ja!...

ROSA.—L'has gustao. ¿Y a ti te gusta ese tío sirio?

CONS.—¡Josú! ¡Má que el arró con papas! ¡Ja, ja!... *(Se van las dos por la derecha.)*

PED.—*(Abrazando a don Alfonso.)* Enhorabuena, amigo.

ALF.—Le agradecería que no hablásemos más de esto.

PED.—(¡Te has caído, chaquetón!) Bueno; ¿y ese moro, dónde está? Porque me han dicho que viene de morito...

ALF.—*(Mirando hacia la izquierda.)* Ahí lo tiene usted.

PED.—Pues como si nos conosiéramos de toda la vida, ¿eh? Presénteme usté en árabe.

ALF.—Pero hombre, si yo no sé el árabe ni él tampoco.

PED.—Usté haga lo que yo le digo. *(Siguen hablando.)*

PACO.—*(Saliendo.)* (¡Joyín! ¡Don Pedro Molina!)

ALF.—Siéntese usted, amigo. *(Lo hacen. Don Pedro se desabrocha la americana y el chaleco.)*

PACO.—¡Y son amigos! *(Por don Pedro.)* Y er muy ladrón se está desabrochando la americana. *(Con terror.)* ¡Y el chaleco! *(Haciendo una higa con cada mano.)*

Por los siete puntales
que sostienen el mundo,
todo el mal que me venga
que se cambie de rumbo...

(Temblando como un azogue.) ¿Cómo sigue? ¡Ay, que me he perdío y me la he ganao!

ALF.—*(Llamándole.)* ¡Zelím!

PACO.—Va por ti, Mahoma. *(Haciendo una ridícula zalema.)* ¡Jai alai que jay!

ALF.—*(A Paco.)* Aládaja lábega calge-bujámala don Pedro Molina. *(A don Pedro.)* Le presento a usted a mi secretario Zelím Mustafá el Jacha, ismaelita.

PED.—Mucho gusto... *(Le aprieta fuerte la mano.)*

PACO.—*(Temblando y queriendo soltarse.)* ¡Déjala, déjala!

PED.—A este ladrón lo he visto yo antes de ahora.

PACO.—(¡Ay, que me ha conocío!)

PED.—Este tío güeso vino cuando la embajada del sultán.

PACO.—(¡Viva mi madre que no me conose!)

PED.—Tiene una cara de asesino... *(Paco se estremece.)* Supongo que no entenderá el castellano. Sentiría haberme colao.

PACO.—*(Con voz alterada por el terror.)* Pues lo entiendoooo...

PED.—Pues dispense... *(A don Alfonso.)* Yo, con los moros, nunca he transigío. Me acuerdo de mi amigo er generá Margallo y... *(Echándose mano al bolsilio del revólver.)* ¡Mardita sean los moros!...

PACO.—*(Parapetándose detrás de don Alfonso.)* ¡Jai alai que jay, caray!

ALF.—*(Suejetando a don Pedro.)* ¡Señor Molina! *(Enérgico.)* ¡Zelím!

PED.—No temas, árabe. Ha sío un arrechucho.

ALF.—Zelím, saluda, que te he presentado.

PACO.—Allá voy. *(Hace un saludo que él se ha inventado; extiende las manos con los brazos pegados al cuerpo, los cruza luego sobre el peeho, se acerca a don Pedro, le da un sonoro beso en la mejilla, y dando un paso atrás vuelve a extender las manos como antes.)* ¡Jai alai que jay! Mahoma permita que dé a luz tu vaca tres terneros, tus trojes llenos de trigo, tu zurrón de alcuzcuz, jai-alai-que-jay y las hurises te vean eternamente mozalbete. ¡Jai-alai-que-jay!

PED.—*(Muy serio y muy digno imita el saludo, y al darle el beso le dice sordamente al oído.)* ¡Viva er generá Silvestre!

PACO.—Por mí...

PED.—Ea; vamos a tomá una copita. Para Zelím pediremos te con yerbabuena, porque el Corán le prohibe las bebidas espirituosas.

PACO.—Bueno, bueno; pero como en España hay libertad de cultos y Alá es grande, que me traigan vino. ¡Jai-alai-que-jay!

PED.—Es que no debes beber.

PACO.—¡Jai-alai-que-jay!

PED.—Pero, ¿qué significa "jai-alai-que-jay?"

PACO.—"¡Que te crees tú eso!"

PED.—*(A un camarero que sale.)* "Pepe Conde". *(Vase el camarero para volver en seguida con lo pedido.)* ¿Nos sentamos? *(Se sientan. A Paco, que va a sentarse en una silla.)* Nada de eso; yo soy de confiansa. Tú te sientas a estilo de tu país, que es lo que a ti te gusta.

PACO.—¿Eh?

PED.—Nada, hombre; que tú te sientas en el suelo. Yo respeto las costumbres de tó er mundo. Tú, a lo moro.

PACO.—*(Sentándose en el suelo.)* (¡Me ha reventao!)

PED.—*(A don Alfonso.)* Pues como le digo: vengo buscando a un tal Paco Rivero, un criminal, asesino, bandido, sinvergüenza, canalla, que hiso sisco de un balaso a un amigo mío, y luego se fué a Milán, presisamente de donde usté viene. ¡Figúrese usté el día que yo lo güela! *(Olfateando a Paco.)* ¡Ná má que olerlo!

PACO.—*(Más muerto que vivo, mirando desde el suelo con los ojos espantados a don Pedro.)* ¡Jai-alai-que-jay!

ALF.—Pues yo tengo una idea... Sí, creo que ese Paco Rivero fué un día a verme y me pidió dinero para trasladarse a... ¿fué a Cádiz?

PACO.—¿Qué Cádiz, hombre? ¡A la capital de Turquía!

PED.—*(Furioso.)* ¡Ah! ¿Está en Contanti?...

PACO.—*(Sacando fuerzas de flaqueza.)* Sí, señor... ¡En Constantiplora!... ¡En Constantiplina!... ¡En Constantiplona!

ALF.—En Constantinopla.

PACO.—*(Secándose el sudor y muy débilmente.)* Sí, señor, eso; en Constinsplonipia. (¡Uf, qué lío!)

PED.—*(Mirando hacia la primera derecha.)* Atiza. ¡Mírelos usté!

PACO.—*(Lívido.)* ¿Eh?

PED.—Los hermanos del muerto. *(Paco se levanto medio muerto.)* Vienen haciendo la requisa.

MUSICA

(Entran Gasparón Pinzón y sus dos hermanos. Los tres visten traje claro, sombrero ancho con gran cinta negra de luto, pañuelo negro anudado al cuello y franja negra en el brazo. Los tres traen el pañolito asomado al bolsillo del pecho. Muy pintureros. Sus movimientos y gestos durante el número de música, deben ser exactamente iguales, al mismo tiempo, como movidos por resorte.)

GAS.—Soy Gasparete Pinzón.
PIN. 2.°—Soy Mariano Pinzón.
PIN. 3.°—Soy Salustiano Pinzón.
LOS TRES. Eso es,
y a su disposición los tres.
PIN. 1.°—Señor mío.
PIN. 2.° Señor mío.
PIN. 3.° Señor mío.
LOS TRES.—Tanto gusto el haberle [conosío.

La puntita de esta faca
va buscando un corazón;
si se mete, no se saca
más que por el esternón.
Sin compasión.
Soy un Pinzón.
PIN. 1.°—¡Paco!
PIN. 2.° ¡Paco!
PIN. 3.° ¡Paco!
LOS TRES.—Con un solo saca y mete
voy a abrirte aquí un boquete
que te va a caber un saco
de carbón.
¡Sin compasión!
Soy un Pinzón.
Como tigres traicioneros;
como hienas y leones;
como lobos carniceros,
son los Pinzones.
Vamos persiguiendo a un pillo,
le hemos visto los talones
y huye igual que un gazapillo
de los Pinzones.
PED.—Y huye igual que un gazapillo
de los Pinzones.
LOS TRES.-Pero nadie aquí le ampara,
y en fatales condiciones
se tendrá que ver la cara
con los Pinzones.
PACO.—Se tendrá que ver la cara
con los Pinzones.
LOS TRES.—Te lo pido por tu abuelo,
no te ocultes ni arrincones,
no les tomes más el pelo
a los Pinzones.
Que aunque huyendo desolado
como un toro te encajones,
te verás acorralado
por los Pinzones.
No hay compasión:
soy un Pinzón.
PIN. 1.°—¡Paco!
PIN. 2.° ¡Paco!
PIN. 3.° ¡Paco!
PACO. ¡Paaaaaco!
LOS TRES.—Con un solo saca y mete
voy a abrirte aquí un boquete
que te va a caber un saco
de carbón.
Sin compasión.
Soy un Pinzón.
Soy un Pinzón.

HABLADO

PED.—*(Por las navajas.)* A guardar eso, que aquí hay vino. Y no hay que apurarse, que ya parecerá ese canalla, y ese día...

LOS TRES.—*(Mordiendo el aire.)* ¡Amm!...

PACO.—*(Loco de miedo.)* (¡Ay, mi tía!)

GAS.—Lo he de conoser aunque se disfrase de húngaro. Porque ese se va a presentá disfrasao.

PACO.—(¡Caray!)
GAS.—*(Mirando a Paco de arriba a abajo con mala intención.)* ¿Eh?
PACO.—*(Temblando.)* (¡Caray qué jay!)
GAS.—*(Como antes.)* ¿Y este morito?
PACO.—(¡Ay... ay... ay!...)
PED.—Es el secretario de aquí, de don Alfonso.
PIN. 1.º—Pero, ¿es moro... chipén?
PED.—Chipén, chipén, chipén.
PIN. 2.º—¿Cómo?
PACO.—*(Como una máquina.)* Chipén, chipén, chipén.
PINZONES.—¡Ah!
PACO.—Y los tres traen los pañolitos asomaos como pa que me ocurra una desgracia muy grande. *(Aparte. A ellos.)* Hombre, un cigarro. *(Con el puro que mete en el bolsillo de pecho a cada Pinzón, le oculta el pañuelo.)* Jai-alai-que-jay. *(Un cigarro.)* Jai-alai-que-jay. *(Otro.)* Jai-alai-que-jay. *(Otro. A don Pedro.)* Pa usté no jay.
ALF.—Trae más cigarros.
PACO.—¡Vaya una mañanita! *(Se va por la izquierda. Todos sofocan una carcajada.)*
PED.—*(A don Alfonso.)* ¿Está usté viendo? Tenemos risa pa seis meses. Porque ahora... *(Viendo entrar por la derecha a Crestoni y Miss Bertan, una inglesa muy rara.)* Cuidado, ¡señores, qué tipos!
CRES.—*(Sentándose con Bertan. Este Crestoni es un fachendoso y elegante italiano, con grandes barbas rubias.)* Ecco. Io recorro tutta la terra. Avanti la mia vita era aburrida. Ah, ma ahora, io non sono aburrido, porque io, ¡Oh, rabia! *(Da un puñetazo en la mesa.)* busco al miserábile, per darle morte. *(Todos prestan atención.)*
MISS.—Por Dios, Crestoni, por una broma...
CREST.—*(Dando otro puñetazo.)* Io sono un gentiluomo, un uomo serio. Io non somo amico de la brome. Ah, no. A mi per burla mi dicco un suizo in Florensia, que io teneba una barba qui semblaba, eso de la punta del rabo de las vacas rubias... e io lo cherco, lo busco, per tutto il mondo, per triturarlo. *(Puñetazo.)* Me sale la broma per un occhio de la cara. Ma io le daró la volta al globo e io lo mato, aunque se esconda en el inferno, a la destra del Re Satanaso. *(Puñetazo y tente tieso.)*
PED.—*(En voz baja y entusiasmado.)* Señores: ¡Viva Italia!
TODOS.—*(En igual tono.)* ¡Viva!
PED.—Verán ustedes... ¡Callarse, que sale! *(Entra Paco con una caja de habanos. Mirándole.)* Sí: es Paco Rivero!
PACO.—¡Aaaah! *(Se le cae la caja.)*
PINZONES.—¿Quién? ¿Dónde?
PED.—Paco Rivero disfrazao.
PACO.—¡No!
PED.—*(En secreto.)* Sí. *(Por Crestoni.)* ¡Aquel!
PACO.—¡Aaaah! ¡Sí, aquel es Paco Rivero!
PED.—Y la barba es postiza.
GAS.—Pues voy a ver.
PACO.—Quieto; la barba es suya. *(A don Alfonso.)* ¿No se acuerda usté que tenía barba aquel que en Milán?... Es suya, y ese es Paco Rivero. Y lo vais a ver, porque si no es suya, del tirón que le voy a dar se la quito. Dejarme solo. *(Dirigiéndose a Crestoni.)* (Ahora me salvo, porque como la barba es suya... estos matan a éste, y estos a la cárcel, Sevilla es mía. ¡Duro y a la barba!) *(Hace a Cretoni una seña, éste se pone en pie, Paco hace una profunda zalema.)* Jai-alai-que-jai barba la jála jála de la barba, de la barba jalo. *(Le pega un tirón de la barba.)*
CRES.—*(Buscando un arma.)* ¡Ah! ¡Sapristi! ¡Maledeto! ¡Lo mato! ¡Lo mato! *(Cuadro. Todos sujetan a Crestoni que quiere abalanzarse a Paco. Telón.)*

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Telón corto de calle. La misma de la película. En él figuran dos casas puertas. La casa de la derecha es la de Consolación. Es de noche. Una luna clarísima ilumina la escena.

(Al levantarse el telón entran por la izquierda don Pedro y don Alfonso.)

PED.—Ya hemos llegao. En esta casa es donde tiene Rosa su tallé, y aquí es también donde vive Consolación... que es lo que viene usté buscando... A mí no me la da usté con queso, aunque sea usté de Burgos. *(Don Alfonso, sin querer oir más, pretende entrar, pero don Pedro, riendo siempre, se lo impide, dándole un tirón de la americana. Este juego se repite en toda la escena.)*

ALF.—Se equivoca usted. Yo vengo a... *(Pretende entrar.)*

PED.—*(Impidiéndoselo.)* Usté viene, porque le tiran de un hilito invisible que le han amarrao ar corasón.

ALF.—Ya oyó usted que me invitaron a una fiesta. Le suplico, le ruego, le aseguro... *(Pretende entrar.)*

PED.—*(Impidiéndoselo.)* Lo que tiene usté que asegurarme es que va a venir aquí Paco Rivero.

ALF.—Hombre, yo le he citado aquí, y si el italiano no le deja salir del hotel...

PED.—Ojalá, porque nosotros le tenemos prepará al morito una broma, que preciso será que no tome las cosas muy en serio, porque la diña.

ALF.—*(Ya mosca.)* Pero, ¿es que con los hombres se puede jugar así?

CONS.—*(En la puerta de su casa, viendo a don Alfonso.)* ¡Josú! Pero, ¿esto qué es?

ALF.—Buenas noches, Consolación. ¿Cómo sigue usted?

CONS.—*(Muy nerviosa, gritando hacia el interior de la casa.)* ¡Madrina!... ¡Baje usté! ¡Mire usté quién está en la calle!... ¡Ay! Va a creé que es er moro, porque ayé nos lo encontramos otra vé en er puente, y está mi madrina que ve unas babuchas y se desfleca.

PED.—¿Tu madrina o tú? *(Ríe.)*

ALF.—*(Alarmadísimo.)* ¿Eh?

CONS.—¿Qué dise usté, cristiano? ¡Mi madrina! Ná, que l'ha gustao er moro y yo no se lo critico, porque estas cosas de las simpatías entran asín, ¡pum! como un tiro, de gorpe...

ALF.—¿Y no será usted por quien el moro ronda?

CONS.—Sí que pué sé, de eso nadie está libre. Mire usté: yo una vé...

ALF.—¿Y no será usted la que quiere al moro?

PED.—*(Frotándose las manos.)* (¡Ya está er lío!) *(Ríe.)*

CONS.—¡Ay, qué grasioso! Pero, ¿va usté a tené selos? ¡Huy, selos! ¡Josú, qué bien! ¡Ay, qué alegrón! Pero, ¡qué loca estoy! ¿Selos de qué? Porque una persona pué tené selos cuando esa persona quiera a otra persona, y esa persona a la otra persona... Pero si usté y yo... ay, ay... que antes me ha preguntao usté que cómo seguía. Yo bien, ¿y usté, don Alfonso?

ALF.—Yo, con la boca abierta en cuanto empieza usted a hablar.

CONS.—¡Ay, qué grasioso! ¡Lo que exagera!... Usté está tomando la tierra. *(A don Pedro.)* ¿Verdá que está tomando la tierra? ¡Ná, que está tomando la tierra!...

ROSA.—*(Saliendo desbocada.)* ¿Es er moro, Consolación? *(Al ver a don Alfonso.)* (¡Ah! ¡Don Juan de las Viñas!)

ALF.—Es el cristiano; pero el moro no tardará en venir. Es mi secretario particular y le he citado aquí mismo.

ROSA.—¿Eh?... ¿Qué es? *(Amabilísima.)* ¿Cómo está usté, don Arfonso? Pero entre usté, que a la puerta no se va usté a quedá; tanto más cuanto que está otra vez lloviznando. Entre usté.

ALF.—Con muchísimo gusto.

ROSA.—¿Sabe el moro cuál es el número de esta casa?

ALF.—Lo sabe.

PED.—No te apures, mujé, cuando venga yo le diré que entre.

ROSA.—Muchísimas gracias, don Pedro.

PED.—Pero, ¿tan fuerte te ha dao?

ROSA.—Me sé ya de memoria er Corán. *(A don Alfonso.)* Le enseñaré a usté el camino. *(Entra en la casa.)*

ALF.—*(A Consolación.)* Pase usted.

CONS.—Usté primero, porque yo no soy nadie.

ALF.—*(Comiéndosela como un salvaje, perdiendo los estribos y poniéndose francamente en ridículo.)* Usted es...

CONS.—Ja, ja...

PED.—*(Lo mismo.)* Ja, ja...

CONS.—¡Qué cara ha puesto!

ALF.—*(Dándose cuenta de lo que hizo y muy amoscado.)* ¿Es por aquí?

CONS.—¡Tó seguío! *(Hace mutis don Alfonso.)* ¡Ay, que s'ha enfadao!

PED.—Trastéalo bien, que es tuyo.

CONS.—*(Suspirando fuertemente.)* ¡Ay, qué más quisiera yo! *(Mutis.)*

PED.—*(Frotándose las manos.)* Bueno; voy a vé si está dispuesta mi gente. *(Dirigiéndose hacia la izquierda.)* ¡Tararí... tí!... ¡Señores!... A vé si aprovechamos esta clarita. ¡Joyín, va pa quinse días que no hase más que llové! *(Salen por la izquierda Gasparón y Pinzones primero y segundo.)*

GAS.—¡Don Pedro! *(Toda esta escena se hará con mucho misterio.)*

PED.—¿Dónde está Caracol?

GAS.—Ahí en su casa de usté, vestío de munisipal.

PED.—¿Y Periquito?

GAS.—En er puente pa avisarnos en cuanto vea vení a Paco Rivero.

PED.—Ea; pues venirse conmigo y ya veréis la broma que le vamos a dá.

GAS.—¿Qué va a sé? *(Ríen.)*

PED.—Poca cosa. Bañarlo.

GAS.—Pero, ¿dónde? *(Ríen como locos.)*

PED.—En er argibe de mi casa. *(Todos se ponen serios de repente.)*

PIN. 2.º—¡Se ahoga!

PED.—Ya sabéis que en la puerta del corralillo de mi casa hay un poso sin brocá: un argibe. Pues he puesto ensima una esterilla, y como a mí se me ha ocurrío er medio de que Paco sarga huyendo por allí, pues no va a repará en ná, pisará la estera ¡y al agua, galápago! Ja, ja...

PIN. 1.º—*(Más serio que un ajo.)* Pero, ¿y si se ahoga?

PED.—Hombre, agua hay lo menos cuatro metros, pero no va a tené esa mala pata.

GAS.—¿Y si ar caé se achoca contra las piedras?

PED.—Es fási, pero ya veréis como no. También si se cae er sielo nos coge a tóos debajo. No hay que ponerse en lo peó.

PIN. 2.º—Pero, ¿el argibe no tiene un tablón en el agua? A vé si se cae de cabesa y se la rompe.

PED.—Ya caerá de pie si quiere. Hala. ¡Ja, ja!...

GAS.—Don Pedro, que nos podemos cargá a un hombre.

PED.—Las bromas, pesás, o no darlas.

GAS.—Tiene usté razón. ¡Viva la guasa!

TODOS.—¡Viva! Ja, ja...

CRIS.—*(Guardia municipal, por la izquierda.)* Buenas noches. ¿Qué? ¿Arguna bromita?

PED.—Como siempre.

CRIS.—Pues er tiempo no está pa muchas bromas, don Pedro; que ya llega el río a la boca der león der puente y me temo que haya arguna esaborisión.

PED.—Lo sentiría, porque yo de rana no tengo ni un pelo.

CRIS.—Ea; pues salú pa divertirse. *(Mutis por la derecha.)*

TODOS.—Vaya usté con Dió.

PER.—*(Saliendo por la derecha.)* ¡Por el puente viene! Trabajo m'ha costao reconoserlo, porque vaya martingala grasiosa que ha ideao er gachó pa despistá al italiano.

TODOS.—¿Qué?

PER.—Se ha puesto unas medias de sea, s'ha comprao unas botas con muchísimo tacón y con la falda recogía y el paraguas mu bajito, no sabe nadie si es un hombre o una mujé.

PED.—Bueno, hala, que tengo que dá instrucciones a Caracol. ¿Está bien vestío de guardia?

GAS.—Parese de verdá. Ya lo verá usté.

PED.—Vamos a verlo. *(Se van por la izquierda y aparece Paco Rivero por la derecha, con un paraguas abierto y las faldas muy recogidas.)*

PACO.—Me he encontrao un albañí que no me ha dicho má que esto: ¡Aaaay! Y me ha echao un piropito, que se lo echa a la Venus de Milo y busca los brazos pa liarse a tortas; y a esos dos que me vienen siguiendo voy a tené que decirles argo gordo, porque creo que aquí está la casa de Consolasión y pa mí que está por mí y no quiero testigos. ¡Ay, Consolasionsita! *(Mirando hacia la izquierda.)* Ahí vienen. *(Se vuelve de espaldas y se tapa con el paraguas.)* Los dejaré pasar.

JUAN.—*(Con Luis, por la izquierda. Son dos torerillos.)* ¡Métele mano!

LUIS.—Allá voy. *(Intenta verle la cara, pero Paco lo impide con el paraguas.)* Oiga usté, presiosidá; que a mí m'han mirao siempre las niñas bonitas.

JUAN.—*(Dándole un pellizco en una cadera.)* ¡Ojú, qué duresa!

PACO.—*(Levantando el paraguas y dejándose ver.)* ¡Como que ha tocao usté en hueso, compare!

JUAN.—¡Ojú! *(Hacen mutis Luis y Juan corriendo por la izquierda.)*

PACO.—¡Ya está! ¡Soy el amo de la calle! De la callesita esta, que mar tiro le den, porque ar pie de esa ventana fué donde apiolé a Juanito Pinzón; que anoche mismo se me presentó en forma de gato y con las patitas de delante en cruz y los ojos mu sartones, me dijo: ¡Miau, me las vas a pagar todas juntas! ¡Miarramiau, fú, fú! Claro, que si yo tuviera vergüensa, debía tené una mijita de jindama bastante grande, pero yo *(Muy fino.)* he resibido en mitad der corasón er dardo envenenado de una cálida mirada que me tiene anestesiado—¡atiza, costipado!—y yo, por Consolasionsita soy capaz de haser tós los imposibles. Como que he resibido una cartita suya, en la que me dise: "Morucho de la morería: Si eres valiente, ven aquí." Y firma con el nombre de su madrina pa despistá. ¿Valiente yo? ¡Más que un jabato! Estoy ahora mismo en una disposisión de ánimos que me cogen de los fondillos, me sacan al aire por el úrtimo barcón de la Giralda, y me pongo a cantá "Banderita, tú eres roja..." Porque yo he sío siempre un tío echao pa alante. Acuérdate, Paquillo, que en Milán te pusiste un día a repartí gofetones y te dieron sincuenta. ¿Te los dieron o los diste? Es lo mismo. En la bulla estuve.

CAR.—*(Por la izquierda, vestido de guardia municipal.)* Buenas noches.

PACO.—¡Mamá!

CAR.—¿Es usté Paco Rivero?

PACO.—¿Eh?

CAR.—¿Que si es usté Paco Rivero?

PACO.—Jalapa, jarabe, jalajala, julepe, jamalajá.

CAR.—Bueno, menos gárgaras y date preso.

PACO.—¿Eh?

CAR.—Que no me hables en marroquí, porque tú eres un marroquí de aquí.

PACO.—Le aseguro a usté que si no le hablo en castellano es porque no lo sé. (¡Atiza!)

CAR.—¡Caramba, hombre!

PED.—*(Por la izquierda, con Periquito.)* ¡Hola, buenas noches! ¡Qué pasa!

CAR.—Que por fin lo he pescao. Este moro es Paco Rivero.

PED.—Ja, ja... ¡Pero, hombre, que siempre los munisipales habéis de meté la pata!... ¿Qué va sé este Paco Rivero? Este es un moro amigo mío. Selim Mustafá el Jachá.

PACO.—Por Alá que sí.

CAR.—Bueno, pues moro o cristiano, yo me lo llevo preso, y ya se verá. ¡Lo he descubierto yo! ¡Yo lo he descubierto! *(Pretende llevárselo a viva fuerza.)*

PACO.—¡Don Pedro: aquí Colón abusa del uniforme!
CAR.—¡A vé si te callas!
PED.—No demos escándalos en la calle. Aquí serca está mi casa, vamos a entrá en ella y allí se aclarará el asunto.
CAR.—Lo que usté quiera. Andando. *(Queda hablando con Periquito.)*
PACO.—¡Don Pedro de mi arma, a la cárse no!
PED.—*(En secreto.)* No tengas cuidao. Mu bruto es este munisipá, pero en cuanto estemos en casa yo haré que él vuelva la esparda y tú pesca a corré y te sales por la puerta der corralillo.
PACO.—¡Gracias!
CAR.—¿Vamos?
PACO.—*(Envalentonado.)* ¡Vamos donde usté quiera! ¡Yo no soy hombre que se ahoga en poca agua!
PED.—¡Eso ya lo veremos!

MUSICA

CHICOS.—*(Dentro.)*
Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
los pajaritos cantan
las nubes se levantan,
que sí, que no,
que llueva a chaparrón.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

UNA VOZ.—*(Dentro al mismo tiempo.)* La arriá, la arriá, el río se sale. ¡Socorro! Er río se sale.
PED.—Callarse, joroba, a ver qué pasa. ¿Pero qué dise ese hombre?
CHICOS. Que llueva, que llueva,
la Virgen de la Cueva,
los pajaritos cantan
las nubes se levantan,
que sí, que no,
que llueva a chaparrón.
CRIST.—*(Despavorido por la derecha.)* La arriá, el río se sale, serrá las puertas... ¡Ya está aquí er río!... ¡Serrá las puertas!
PED.—¡Joyín!
PER.—¡Josú!
CAR.—¡Sálvese el que pueda!
PACO.—Remahoma que me ahogo... *(Hacen mutis por donde pueden.)*
VOCES.—*(Dentro al mismo tiempo.)* ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Juye, chiquilla! ¡En er tejao te espero! ¡Sube, Mariana! ¡Alza, Pepa!, etc., etc. *(Telón.)*

CUADRO TERCERO

Azoteas en Triana. Por la calle corre el río desbordado. Llueve torrencialmente, pero escampa al poco rato.

(A la derecha, en la azotea primera, están Consolación, Rosa, don Alfonso y varias vecinas, entre ellas Martina, una viejecita. Sobre esta azotea está la azotea segunda, en la que aparecen Periquito, Caracol, Vecino primero y varias vecinas. El Vecino primero ondea una bandera hecha con un trapo rojo, Periquito da vueltas a la rueda de un carro como si fuera la del timón de un barco, y Caracol, con una bocina hecha de papel, finge ser el capitán de la embarcación. Al foro la azotea tercera, muy amplia y llena materialmente de vecinas y vecinos. A la izquierda, en primer término, un tejadillo, y sobre él, Paco Rivero lleno de terror. Más allá la azotea cuarta; en ella están las Vecinas primera, segunda, tercera y cuarta y un gachó pescando con caña. Sobre esta azotea la azotea quinta, y allí están Gasparón, Pinzón primero y Pinzón segundo. Como dijimos, llueve. Algunos se tapan con sus paraguas, otros aguantan el chubasco llenos de estoicismo y todos están contentísimos porque en cada azotea hay una guitarra y una juerga: en una de ellas, en la primera, bailan dos mocitas una seguidilla sevillana.)

MUSICA

CORO. "Me dijiste veleta
por lo mudable,
si yo soy la veleta
tú eres el aire,
que la veleta
si el aire no la mueve
siempre está quieta."
(Aplausos, vivas, risas, gritos, etc. Mucha alegría.)

HABLADO

CAR.—A babor, a estribor, máquina, para. ¡Barco a la vista!
TODOS.—¡Ja... ja!...

PACO.—*(A Caracol.)* ¡Eh, amigo!, ¿quiere usté no rascarse en la oreja, que está usté anunsiando más agua? ¡So güeso!

PED.—*(Sale a la azotea primera.)* ¡Hola!

ALF.—¿Usted aquí?

PED.—*(Por los Pinzones.)* Y aquellos allí. Como esta arriá tuvo la curpa de que no pudiéramo darle er baño a Paco Rivero, ahora va a sé.

CAR.—¡Más agua! ¡Más agua!

ALF.—¿Pero es posible?

PACO.—¡No lo dije! Vesinos, aquí parmamos. *(Cruza una rájaga de tristeza.)*

VEC. 3.º—Va a sé necesario creé ar morito.

CONS.—La verdá es que llevamos quinse días sin vé un rayito de sol. ¡Ay, cuando luzca qué alegría!

MART.—Como la Virgen de los Reyes no haga un milagro...

CONS.—Y lo hará, señora. ¿Es verdá que hoy la sacan y la traen a la entrá der puente pa que bendiga las aguas y se aplaquen?

VEC. 1.ª—Eso disen.

CONS.—Pues no hay más que hablá. Hoy sale er só. Como salga, lloro. ¿Pero es que nos estamos poniendo tristes? ¡Ja... ja!... ¡Vengan penas! ¿Verdad, don Arfonso? ¿Dónde se ha metío don Arfonso? ¡Ay, como se me declare le voy a largá un sí, que lo voy a achocá! ¿Qué mira usté, madrina?

ROSA.—Hija, er perfí der moro que me tiene inmantá. ¡Mira con qué finura come, parese que está en un banquete!

CONS.—Eso se va arreglá ahora mismo, madrina. Usté se casa con ese moro.

ROSA.—¡Ojalá! Bueno, pero habrá que bautizarlo antes, ¿no?

CONS.—Y si hase farta lo bañamos. Oiga usté, Zelím.

PACO.—*(Volviéndose nerviosamente.)* ¡Olé! ¡Ella! ¡Josú!... *(Medio se cae.)* ¡Ay, que me mojo!

CONS.—¿Tanto miedo le tiene usté al agua? Porque aquí hay quien piensa en que usté se bautise.

PACO.—¿Quién?

CONS.—Una cristiana que está por usté que se despeina de nerviosa. ¿Va usté a darle ese gusto, so morucho?

PACO.—¡Ay, que me declaro! *(Dando voces.)* ¡Vecinos! ¡Náufragos! En cuanto baje la arriá, tenemos bautiso.

EL DE LA CAÑA.—Joroba, ¿quién ha dao a luz?

PACO.—Mi madre.

EL DE LA CAÑA.—¿Cuándo?

PACO.—Hase treinta y nueve años. ¡Yo soy el que se bautisa! ¡Yo! ¡Y que se fastidie Mahoma!

EL DE LA CAÑA.—A vé si le pasa a usté lo que le pasó ar moro der cuento.

PACO.—¿Qué cuento es ese?

EL DE LA CAÑA.—Uno que contaba un sinvergüensa que había aquí en Sevilla, un tar Paco Rivero.

PACO.—¡Ah! ¡El der moro y la mona!

EL DE LA CAÑA.—¡Caramba! ¿Lo sabe usté?

PED.—¡Claro que lo sabe! Como que es Paco Rivero. Señores: ese es Paco Rivero.

PACO.—¡Ah!

PED.—¡Muera el asesino!

TODOS.—¡Muera!

PED.—¡Arrójese al agua!

PACO.—¡Primero moro!

PED.—Señores, hay que acabar con ese renegado asesino. Si no se tira al agua por las buenas, morirá a ladrillazos y a tiros. *(Gran escándalo. Todos increpan a Paco Rivero. Suenan unos cohetes y la música lejana de una procesión.)* Señores: la procesión. Lo primero es lo primero. Luego se verá lo que hacemos con ese asesino.

CAR.—Ya está ahí la rogativa.

MART.—Ya se ve a la Virgen.
CONS.—¡Virgen de los Reyes: que las aguas se vayan, que sarga er Só!
VEC. 1.ª—¡Vigen de los Reyes!
VEC. 2.ª—¡Madrecita mía!
VEC. 1.ª—¡Madre de Dios, tú que eres tan buena!
CONS.—¡Madre santa! ¡Por la corona de espinas de tu hijo! *(Sale el sol.)*
TODOS.—¡El Sol! *(Gran alegría.)*

MUSICA

TODOS. ¡El Sol!
Ya luce el Sol.
Ya brilla, por fin ya brilla
la amada claridad del Sol,
que es gala de mi Sevilla
y es rey de la ciudad,
es bueno y es dadivoso
el oro de tu luz,
espléndido y generoso,
porque eres andaluz.
No ocultes el tesoro
de tu luz, ¡oh claro Sol.
y ahuyéntanos las nubes
que ya tiñes de arrebol.

NIÑOS.—*(Dentro.)*
Virgen sagrada y bendita,
faro y dulce amparo
del pobre mortal.
Ruega por todos nosotros
y haz que Dios nos guarde
a todos del mal.

TODOS. ¡Ya brilla,
por fin ya brilla
el rey de la ciudad.
Ya las nubes se marchan,
vayan con Dios.
ya se despeja el cielo,
ya luce el Sol,
arsa y baila chiquilla
y viva el buen humor.

(Todos bailan y gran animación. Telón.)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Amplia perspectiva del Parque de Sevilla. En medio del escenario, la fuente de las ranas. Es de día. Abril.

(Al levantarse el telón aparecen sentados en un banco en el fondo, don Pedro y Gasparón.)

PED.—¿De manera que aquí acostumbra a venir todas las tardes?

GAS.—Sí, señor.

PED.—Pues por las buenas o por las malas, a Paco Rivero lo bañamos hoy. ¿Hay fondo?

GAS.—*(Midiendo el fondo de la fuente con una varita que lleva.)* ¡Josú! ¿Se nos escapará también?

PED.—¡Si se nos escapa me pego un tiro! Ese tío está echando un borrón en mi historia, y eso no...

GAS.—No se ponga usté así...

PED.—Eso no, hombre, eso no; vamos en busca de los otros y sígueme el aire. ¡Que no, hombre, que no!... *(Hacen mutis por el fondo izquierda. Salen por la primera de la izquierda don Alfonso y Crestoni.)*

CREST.-*(Furioso.)* ¡Oh! ¡Sí!... Questa es la mia rabia piu grande. Que no veo al moro por ninguna parte.

ALF.—Pues ya sabe usted todo. Ya le he contado la pesada broma que con él se traen y ya sabe usted quién es Paco Rivero, y por qué se disfrazó de moro, y de todo lo que se ha disfrazado hasta ahora, que, créame usted, ha adquirido en esto de las transformaciones tal práctica, que muchas veces consigue que yo no lo reconozca. La otra noche vestido de mozo de estación, con aquel bigotazo...

CREST.—¡Ah! Ma era él. ¡Si io lo so, lo mato!

ALF.—*(Encarándose con él de mala manera.)* ¡Bueno, basta ya! Le repito por última vez que antes tendrá usted que habérselas conmigo. ¡Estoy a sus órdenes! *(Se abrocha la americana.)*

CREST.-*(Todo amabilidad.)* No, no; ma non montate in cólera. Io no quiero pelea. Io he de parecer valente, bravo, heroico, perque io viajo con Miss Bertan, que

e una signora loca, divorchata, qui quiere casarse con un huomo hercúleo, luchatore. E io l'amo apasionatamente, perque la signora tiene doscientos mil libras esterlinas. E io mato a uno si se deja. Ma io non sono afichionato a fare daño a un pajarito. Voi metete in el mio logare.

ALF.—*(Indignado.)* Señor mío, no comprendo...

CREST.—Ma si. Io compreso tutto. Qui el s'enmascare, se disfrase bien, perque io non lo riconozca davanti Miss Bertan. El se salva. Voy lo tenete vivo, e io no paso il temore di matarlo. *(Ofreciéndole la mano.)* Io sono felichísimo de estrechare vostra mano.

ALF.—*(Rechazándole groseramente.)* ¡Caballero!

CREST.—A rivederchi, caro signore, a rivederchi. *(Le vuelve la espalda y se va por la primera izquierda.)*

ALF.—¡Vaya usted enhoramala! ¡Valiente sinvergüenza! *(Va detrás de él quizás con ánimo de darle un trompazo.)*

PACO.—*(Asomando sólo la cara, por la derecha, viene vestido de cura, con balandrán.)* ¡Chist!... ¡Chist!... *(Don Alfonso vuelve la cara.)* ¿Era el italiano?

ALF.—Sí. Caramba: ¿sabes que estás muy bien?

PACO.—Regulá, don Arfonso; este trajesito tiene sus contras. Además de que esto debe sé un pecao mu gordo, me besan las manos las viejas, y me debo de paresé a argún cura de un regimiento, porque me saludan los sordados. Lo cual que me recuerda un cuento... Era una vé, un sapatero remendón...

ALF.—¡Déjate ahora de cuentos!

PACO.—Don Arfonso, por su salú, deje usté que lo cuente, porque desde que estoy en Sevilla no he podido acabá ninguno y se me pudren dentro y me va a salí una erupsión. Era una vé un sapatero que se vistió de cura pa que no lo conosieran...

ALF.—El que es preciso que no te conozca a ti es el italiano, porque te mata. Claro, que he averiguado que no es por su gusto. Ese es un infeliz fresco y obra impulsado por esa vieja histérica, que tiene dinero y busca un marido valiente.

PACO.—¡Valiente burra!

ALF.—Le hice cara y ha cantado la gallina. ¡El muy mamarracho!...

PACO.—*(Abrazándole.)* ¡Ay, don Arfonso! ¡Muchísimas gracias! Le ha pasao a usté lo que a aquél. Verá usté: Era una vé: un valiente de nombre, que entró en una taberna...

ALF.—¿Te quieres callar?

PACO.—¡Don Arfonso!

ALF.—¡Don narices! *(Pasea agitadísimo.)*

PACO.—Tiene usté un humó hase sinco días, que cualquiera se atreve a pedirle lo que yo iba a pedirle a usted.

ALF.—*(Sin dejar de pasear.)* Di lo que quieras.

PACO.—Pero, ¿me escucha usté o no?

ALF.—¡Sigue!

PACO.—Güeno, pues... usté que es un hombre de dinero, bien podía colocá, poco, cuestión de diez mil pesetas, en un negocio que yo he ideao para viví fuera de Sevilla como las propias rosas.

ALF.—¡Alguna locura!

PACO.—¡Hombre, con desirle a usté que er sosio industriá seré yo!...

ALF.—¡Bonito será el negocio!

PACO.—Mú distraído sí que lo é.

ALF.—*(Impaciente.)* ¿Qué es ello?

PACO.—Un "musijol".

ALF.—¡Atiza!

PACO.—Sin atiza ni ná. Er día que se anunsie en un programa de "musijol": "Er conosío Paco Rivero contará cuentos a la concurrensia"... ¡Bueno! ¡Usté no sabe la fama que yo tenía contando cuentos! ¡Ríase usté de don Manué Domínguez! Totá: que yo esté lejos de los Pinsones, que usté me ayude en er negosio, y que yo me case con esa mujé...

ALF.—¿Cuál?

PACO.—Consolasión, don Arfonso, ¡Consolasión que me trae!... ¡Josú! ¡Ay! ¡Y que está por mí!

ALF.—*(Frenético, apretándole mucho la mano.)* ¿Ella?

PACO.—¿Qué le pasa a usté?

ALF.—*(Volviendo a sus paseos.)* ¡Nada!

PACO.—*(Detrás de él.)* ¡A usté le pasa algo!

ALF.—*(Sin dejar de pasear.)* ¡A mí no me pasa nada, imbécil!

PACO.—*(Siempre detrás de él.)* ¡Digo! ¡Imbécil a un cura!

ALF.—*(Deteniéndose y cogiéndole las manos.)* ¡Me pasa, Paco de mi alma, que yo también quiero a esa mujer!

PACO.—Pues, ¡viva España! ¡Pa usté! ¿Y eso era tó?

ALF.—Pero... ¡te vas a casar tú con ella!

PACO.—Don Arfonso, ¿qué piensa usté hasé conmigo?

ALF.—Porque esa mujer es digna de que un hombre la haga feliz y tú puedes hacerlo.

PACO.—¿Y usté no?

ALF.—No. Cásate, Paco, y busca acomodo. Desde hoy dejas de estar a mi servicio. Yo no puedo pagarte.

PACO.—Será porque usté no quiera.

ALF.—Será porque yo no pueda.

PACO.—¿Eh?

ALF.—Ya sabes que yo no doy nunca a las palabras más que su exacto significado. ¿Qué quiere deci que se me acabó el dinero?

PACO.—¡Hombre!...

ALF.—¡Pues eso!...

PACO.—Pero trabajando...

ALF.—¿En qué? ¿Sé yo acaso tabajar? ¿Qué soy yo y qué valgo sin dinero?

PACO.—*(Haciendo pucheros.)* Pero, ¿dónde lo ha perdido usté?

ALF.—¿Perdido? En ninguna parte; me lo he gastado y nada más. Hablas con un pobre.

PACO.—Pues eso sí que yo no lo consiento. Yo voy a buscar dinero pa usté. Yo voy a traérselo. *(Llorando.)* Yo voy a robarlo ¡pa usté!

ALF.—*(Abrazándole.)* ¡Pobre hombre! ¡Qué gracioso cuento podrías inventar de este paso!

PACO.—*(Limpiándose una lágrima.)* ¡Caray! Uno sé yo... Una vé, la mujé de un guardia siví...

ALF.—¡Chist! Ahí te quedas. *(Mirando a la derecha.)* ¡Rosa y Consolación! ¡Como todas las tardes! ¡Hoy no me encontrará! ¡Te prohibo que me sigas! *(Huye por el fondo izquierda.)*

PACO.—¿Y qué hago yo? ¡Vayan ustedes con Dios, diez mil pesetas! ¡Buen viaje! *(A Consolación, que sale casi corriendo por la derecha.)* ¿Dónde va usté, hermana?

CONS.—Padre: ¿ese caballero que hablaba con usté?... *(Va a contestar Paco pero sigue ella.)* No: ¡si ya lo desía yo! ¡Si ayé le encontraba yo un no sé qué!... así como distraío, y más triste que nunca. ¡Y sin declarárseme! Sí, padre, sí. ¡Cuando yo se lo digo!... ¿A usté qué le parese, voy o no voy? Claro que usté, como es cura, me va a desí que no, pero, ¿a usté qué? ¡Usté perdone, padre, si me condeno, que me condene, pero me condeno mu reagustísimo. A mí no se me escapa. *(Vase corriendo por donde se fué don Alfonso.)*

PACO.—*(Atónito.)* ¿Sabes lo que te digo, Paco? ¡Que sí que estaba por ti! Güeno, en er mismo tren de las diez mil pesetas, ha tomao esta er tole. ¡De verano! *(Por los botones de su sotana.)* No, si llevo yo muchísimos botones. ¿Serán trese? ¡Josú! No, son más. Pero también pueden sé dos veses trese, que es dos veses más mala sombra. A vé: uno, dos, tres... *(Sigue contando, y para hacerlo con más comodidad, se sienta en el pretil de la fuente.)*

ROSA.—*(Saliendo por la primera derecha.)* ¡Volando va como una paloma! ¡Dichosa ella que lo ha visto! ¡Quién viera a Paco! Pero, Virgen de la Luz, ¿dón-

de se ha metío, que hase quinse días que no le veo? Me sentaré a esperá a la pareja felí. ¡Ay! *(Sentándose al lado de Paco.)* Buenas tardes, padre.

PACO.—(¡Josú!) ¡Dios te haga una santa, hija!

ROSA.—Y usté que lo vea, padre.

PACO.—Muchas grasias, hija.

ROSA.—¿Se le ha caído a usté argún botón?

PACO.—No; pero se me va a caé. *(Dándole un tirón a uno.)* ¡Veintiséis, mardita sea! *(A Rosa, que le mira atónita.)* Yo soy así. ¡Dilapidador de botones, hermana! Es mú distraído. *(Tira el botón.)*

ROSA.—(¡Qué farsiones más correctas tiene este señor! Y cómo me recuerda a mi moro. ¡Ay!)

PACO.—(Debo estar superior de bien, porque ésta no me conose. Ahora que me he quiao er botonsito del malange. ¡Vengan Pinsones!)

ROSA.—(Yo le consulto a este cura y a vé por dónde resuella.) ¡Qué bonito está er Parque, señor cura!

PACO.—¡Presioso!

ROSA.—¡Hase una así y se traspone de perfúmenes! ¡Es mucho Parque este Parque! Y ya lo sabe usté: no hay un azulejo que no se haya hecho en Sevilla, ni un ladrillo que no lo haya plantao uno de Sevilla, ni un granito de tierra que no lo haya traío uno de Sevilla. ¿Es verdá que disen, que disen los extranjeros que no hay en este mundo un Parque como este Parque?

PACO.—Ni en este mundo ni en el otro. Diga usté que lo dise este cura.

ROSA.—¡Qué grasioso!

PACO.—Mire usté, señora: Era una vé, un turco de la mismísima Turquía...

ROSA.—¡Ay ,padre!...

PACO.—Espérate, hermana. (Lo que es este lo cuento.) Que vino a Sevilla muy bien vestío con un gran turbante...

ROSA.—¡Ay, padre!

PACO.—Aguarda, hija; Y va y se entra en la Catedral y ar vé ar moro...

ROSA.—*(Llorando.)* ¡No siga usté!

PACO.—¿Cómo que no? ¡Ya lo creo! Verás... Y ar vé ar moro er pertiguero...

ROSA.—*(Cogiéndole las manos.)* ¡Que yo tengo que haserle a usté una consurta que es un caso de consiensia!

PACO.—¡Arrea!

ROSA.—Ya yo fuí el otro día a los fransiscanos y hablé con un fraile que es amigo de casa, por el aquel de que yo soy bordadora de mantos... Er caso es que no me atrevo...

PACO.—¡Vaya; di lo que sea!

ROSA.—(Se lo contaré como si fuera un cuento. Así me dará menos vergüensa.) Pues fuí y le conté este cuento. Era una vé un moro...

PACO.—¡Quiá, hija! Aquí no cuenta cuentos nadie más que yo.

ROSA.—Pero, padre...

PACO.—¡Pero, nada! ¡Que yo cuento er mío primero!

ROSA.—No, si no es cuento. Es una cosa que a mí me pasa y que es verdá.

PACO.—¡Acaba, joyín! *(Tapándose la boca.)* ¡Ojú!

ROSA.—¿Eh?

PACO.—Joyín, como dijo Santo Tomás: Joyín duas meus arquitrabis laus imploratus meus.

ROSA.—¡Ah, no sabía!...

PACO.—¡Ah, si tú supieras!... Vaya, di...

ROSA.—Me da reparo. Una no sabe expresarse bien y ustedes los sacerdotes sabéis tanto...

PACO.—Dime lo que te dé la gana, porque yo no sé de la misa la media.

ROSA.—No, ¿eh?

PACO.—Cuando yo te lo digo...

ROSA.—*(Decidiéndose.)* Padre: yo estoy enamorá de un moro.

PACO.—(¡Caray!)

ROSA.—*(Suspirando.)* ¡Mi Zelím de mi arma!

PACO.—(¡Atiza, fogonero!)

ROSA.—Y él está por mí que corre la pólvora, porque no me ve una vé que no me siga, dando cada chancletaso que parese que lleva castañuelas en los pies.

PACO.—(Ná, que se ha creído que yo iba por ella.)

ROSA.—¿Me podría yo casá con un moro, padre?

PACO.—¿Qué te contestó el fraile, hija?

ROSA.—Que no. Pero usté tiene cara de santo. ¿Usté qué cree?

PACO.—¡Lo mismo que el fraile! ¡Fúgitres!

ROSA.—¿Eh?

PACO.—¡Fúgitres! ¿No ves que la Tología, la Filosofía y la Trigonometría?... ¡Qué horror! ¡Casarte con un moro!... ¡Fúgitres!

ROSA.—¿Y si no fuera moro?

PACO.—No te canses; es moro, es moro.

ROSA.—¿Y si fuera cristiano, y de aquí, y hubiera renegao del cristianismo, y se hubiera hecho moro por no pasá hambre?

PACO.—¡Basta!

ROSA.—*(Anhelante.)* ¡Ay!

PACO.—¡Basta! ¡Eso es muchísimo peor! A un moro se le puede bautisar, pero a un cristiano renegao, es como si le hubieran roto er bautismo, y eso no tiene compostura.

ROSA.—*(Llorando.)* ¡Si usté viera lo guapísimo que es!

PACO.—¡A callar!

ROSA.—¡Muy guapo!

PACO.—¡Impúdica!

ROSA.—¡Muy reguapísimo!

PACO.—¡Impúdica!

ROSA.—¡Qué lástima! ¡Lo felises que hubiéramos sido! Pobres somos los dos. Yo no tengo dinero.

PACO.—¡Vaya usté a afeitarse, hermana!

ROSA.—Porque no es dinero diez mil pesetas que tengo en el Monte...

PACO.—*(Dando un grito.)* ¡Huy!... ¡El musijol!... Con quien te vas a casar va a ser conmigo.

ROSA.—¿Eh? *(Se levanta de un salto.)*

PACO.—*(Ladeándose la teja y pretendiendo atraparla.)* ¡Ven acá tú, jamona en dulce!

ROSA.—*(Chillando como una rata y perseguida por Paco por toda la escena.)* ¡Ay! Socorro... ¡Socorro! *(Mutis disparados por la primera izquierda. Por la izquierda último término salen Consolación y Alfonso.)*

CONS.—Ja, ja... ¡Madrina!... ¿Dónde se ha metío?... ¡Josú, qué miedo! ¡Los dos solos, don Alfonso! Ja, ja... ¿Y ahora?...

ALF.—Ahora, déjeme usté explicar mi pena. ¿Quiere usté que hablemos de mi pena?...

CONS.—¡Po vichale las penas! ¿Penas aquí, don Arfonso? ¿En er Parque de Sevilla? ¿Donde hay un millón de pájaros y mil millones de flores, que paresen puestos por la mano de Dios, a semejansa de un rincón de la gloria, penas? ¡Pero si aquí se vuerve er pensamiento niño! ¡Si aquí vienen los desesperaos a matarse y acaban jugando a los bolindres con las balas del revólver! ¡Valiente tonto! ¡Ja, ja!... ¡Siéntese usté! *(Don Alfonso se sienta.)* ¡Ajajaíta!

ALF.—¡El Parque! ¡Bendiga Dios a los sevillanos que pusieron el arte amoroso de sus corazones poetas en cada flor de este jardín de ensueño! ¡Tiene usté razón! No sé qué fuerza invisible arrolla aquí las penas y llena el alma de optimismos. Son las flores sabias de este Parque, maestras en formar doseles, setos y rincones misteriosos llenos de color, de perfume y de poesía; son los ojos de la sevillana que tenemos al lado, negros como el abismo, insondables como el pensamiento de Dios. Es que no hay fuerza humana, Consolación, que reprima en el alma el sentimiento del hombre, ni voluntad capaz de impedir que la palabra se asome a los labios. ¡Y estoy vencido! ¡Te quiero! *(Llora Consolación.)* ¿Tú?

CONS.—¿No ve usté que es la primera alegría que tengo en mi vida?

ALF.—Pues más vas a llorar, ¡pobrecita! Voy a decirte que no nos podemos casar.

CONS.—¿Es usté casado?

ALF.—No.

CONS.—*(Llorando más.)* Entonses... ¡nos casamos!

ALF.—No, porque yo no quiero.

CONS.—Que no soy una mujer de su clase...

ALF.—¡Bah! Pasó el tiempo de esos distingos. Ya no hay más que dos clases de mujeres para los hombres: las que nos gustan y las que no nos gustan.

CONS.—¿Soy yo de las segundas?

ALF.—¡De las primeras la primera! Pero es que yo he derrochado mi fortuna en busca de la felicidad, y ahora que la encuentro no puedo adquirirla. ¡Estoy arruinado!

CONS.—*(Ríe.)* Lo dise usté para probar mi cariño. A ver si le quiero pobre, para darme luego la alegría de desirme: ¡no ló soy! ¡No haga usté comedias, don Arfonso!

ALF.—¡Por la santa memoria de mis padres, que es verdad lo que te digo!... No sirvo para nada. No sé trabajar, ni aunque quisiera puedo, ni aunque pudiera me satisfaría el mezquino puñado de monedas que podría ofrecerte al final de mis jornadas. ¡Es el triste fin del rico mal educado en el ocio y en la despreocupación! Y como tengo firme la voluntad, te repito que no te haré desgraciada y que no me convencerás aunque llores todas las lágrimas de tu alma.

CONS.—¡Si no lloro! ¡Ja, ja, ja! ¡Una desgracia más! ¡Vengan penas! Ja, ja... Valiente tonto está usté hecho. ¡Pobre! ¿Y qué más da? ¿Hay salú? Pues se trabaja y listo. Usté me decía antes que no había más que dos clases de mujeres; las que gustan y las que no gustan, y yo le digo a usté ahora, porque del pueblo soy y el pueblo lo dise y la voz del pueblo es voz divina, que dentro de muy poco no habrá ni pobres ni ricos; no habrá más que dos clases de hombres, los que trabajen y los que no trabajen; los que trabajen lo tendrán tó y los que no trabajen no tendrán ná.

ALF.—Dios te bendiga por buena. ¡Bah! Es nuestra última entrevista. Dame la mano y adiós.

CONS.—¡Adiós, don Arfonso! Ja, ja...

ALF.—¡Poco lo sientes!

CONS.—¿Porque no lloro? ¡Ya me conoce usté!

ALF.—Bien; adiós. Quisiera darte un beso de despedida, sin mancillar la pureza de tu cara... y voy a dártelo. *(Arranca un jazmín, lo besa y se lo da.)* Toma, sirva este jazmín de mediador. *(Aparece el Guarda por el fondo izquierda.)*

GUAR.—*(Un viejecito.)* ¡Arto ahí, caballero! Toda la poesía que usté quiera, pero no me toque usté una fló del Parque. Ar mismísimo rey de España le puse yo una murta, y usté no se me va de rositas, digo, de jazmines. Son veinticinco pesetas.

ALF.—¿Cómo? Pero, ¿tanto valen las flores del Parque de Sevilla? ¡Son como todas!

GUAR.—Como todas, no. Las flores de Madrid y las de Barselona y las de Fransia huelen y adornan y son gala de los jardines, como éstas; pero es que éstas, además, estas solamente, las flores del Parque de Sevilla, cantan. No es chochera, no; ¡cantan! Y los pájaros le llevan la música y la música está escrita por Dios en er mismo sielo, con unos rayitos de sol y unos puntitos de luz. No la oyen todos, no; hay que tener er corasón dispuesto; transío de pena, bañao en lágrimas y guardá silensio y reconsentrarse y escuchá... ¡Escuchá, que cantan las flores!

MUSICA

CORO.—*(Dentro.)* ¡Ah! ¡Ah!

CONS. Flores de Sevilla
de un milagro maravilla.

ALF. Flores adoradas;
oh, prodigioso cantar.

GUAR. Son mis flores amadas.
Escuchemos
sus amores supremos,
aprended a imitar.

CONS. Oh, qué dulce emoción
roban el corazón.

LOS TRES. Estas flores que cantan
los jardines encantan

con milagros de amor.

CONS. Bendice, Dios mío,
bendice estas flores.

ALF. No sé cómo puedo
callar mis amores.

CONS. Mi pecho se llena
de inmensa alegría.

ALF. Las lágrimas quieren
salir a porfía.

GUAR. Mirabeles, tulipanes,
rosas, jazmines, claveles,
cantad,
arrayanes, llorad.

CONS. Flores de Sevilla
de un milagro maravilla.

ALF. Flores preciadas.

GUAR. Oigan el dulce rumor
de mis flores amadas.

CORO.—*(Dentro.)* ¡Ah! ¡Ah!

CONS. ¡Ah! ¡Ah! ¡Amor... amor!

HABLADO

ALF.—¿La mano?

CONS.—La mano. *(Se estrechan las manos.)*

ALF.—No nos volveremos a ver.

CONS.—*(Con la mayor naturalidad.)* Hasta luego, don Alfonso.

ALF.—*(Haciendo mutis seguido del guarda.)* No; no nos volveremos a ver.

CONS.—¡Ja, ja, ja!... Me caso con ese hombre. *(Suplicante.)* ¡Virgen de los Reyes!... Demasiao sabes tú que yo me caso con ese hombre... aunque tú me pongas chinitas... *(Vase por la derecha.)*

PACO.—*(Sale por la izquierda, viene jadeante.)* "Si una mujer te pide que te tires de un tejao abajo, pídele a Dios que sea bajo." Me ha llevao corriendo hasta los jardines de Murillo. ¡Lo de cosas que me ha dicho la gente!... Como yo me subí la "entravé", va y me dice uno: "Anda lo que corre y eso que va fardas arriba". Otro va y le dice a otro: "Mira qué buena carrera lleva ese cura, ¿a que llega a Obispo?" ¡Chusquedades! Pero lo que yo siento es que se me ha escapao, porque cuando iba yo si la arcansaba o no, vi que venían otros dos curas y me paré, porque, claro, pensé, estos me ven corré, creen que me pasa argo, corren también por el aquel del compañerismo y se arma aquí una carrera de cura, que me río yo del Seminario. *(Fijándose que lleva sueltas las cintas de los calzoncillos.)* ¡Caray, si habré corrido, que se me han desatao las cintas de los calzoncillos! *(Se vuelve, apoya el pie en el pretil de la fuente, y se las ata. Estando en esta operación, llega Crestoni y se sienta a su lado. Cuando Paco vuelve la cara y le ve, se cae más muerto que vivo.)* ¡Ah! Creí que el asiento era más... digo menos... Aquí se está muy bien. ¡Ja, ja!... *(Ríe como los conejos.)*

CREST.—Fa tropo caldo, mío pare.

PACO.—Yo estoy helao. Y es la humedá... yo me voy. (¡Ay, que no me puedo levantá!)

CREST.—*(Riendo.)* ¡Jo, jo, jo!...

PACO.—*(Idem.)* ¡Ja, ja, ja!... *(Aparte.)* ¡No me conose, no me conose.

CREST.—Spléndido parque. ¡Magnífico! Fa honore a Seviglia... Fa honore a España.

PACO.—Los honrados somos nosotros. (No sé lo que digo.)

CREST.—¡Oh!, encanto de Seviglia y de la sua gente.

PACO.—Pues no se fíe usté de la gente. Son mu traisioneros. Yo que usté me largaba, pero que ya.

CREST.—*(Levantándose de súbito y mirando a la derecha.)* ¡Ah!

PACO.—*(Asustado.)* ¡Caray!

CREST.—No, no es. E tropo basso, e piu magro. Non e Paco Rivero.

PACO.—¿Busca usté a...? ¿Eh?... ¿Ah?...

CREST.—Sí. Un tale Paco Rivero. ¿Voi lo conochete?

PACO.—Sí... ¡Un santo! Conmigo se confiesa. ¡Qué hombre más bueno! ¡Un infeliz!

CREST.—¡Il póvero! Le están dando una broma piugrosa.

PACO.—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo?

CREST.—L'han fatto credere que mató a uno, ma non lo mató. Paco e fuchito. Il morto vive. ¡Ja, ja!... Una broma piu grosa.

PACO.—¡Caray! Oiga usté. ¿Pero?...

CREST.—Grachiosa gente la de Sevig[illegible]. Hay una sochietá siviglianа... La

sochietá de los guasas vivas, que dan cada miedo al assasino, que lo matan da vero... Los Pinchones... don Molina...

PACO.—¿Que me están tomando el pelo?... ¿a mí?..

CREST.—*(Reconociéndole.)* ¡Ah! ¿Voi siete, siete voi?..

PACO.—*(Tembloroso.)* ¡Don italiano, que ahora no está aquí doña Bertan! ¡La der dinero!

CREST.—¿Eh? ¿Voi sapete?...

PACO.—Yo sapete todo lo que usted pueda sapeter.

CREST.—Ma va a venire e si torna no tendré otro remedio que matarle. ¡Fuchi! ¡Fuchi!...

PACO.—Sí, señó, pero, ¡caramba! ¿vamos a pasarnos así toa la vida?... Hombre, haga usté como que me mata...

CREST.—¿Eh?

PACO.—Que me mate usté de mentirijilla. Ella se lo cree, usté cumple con ella y los dos nos quedamos tan tranquilos.

CREST.—¡Oh! ¡Idea grandiosa! Perque io non desidere matarle.

PACO.—Lo sé, hombre. *(Echándole el brazo por el hombro.)* Oiga usté, don italiano; ¿de manera que aquel Pinzón que yo maté?...

CREST.—Otra mentirijilla...

PACO.—Bueno, a mí esos sinvergüenzas.. *(Se quita el balandrán.)* Porque, vamos, tres años soñando con el muerto... *(Lo tira.)* ¡No! A esos les cuento yo un cuento. *(Tira la teja.)*

CRES.—*(Mirando a la derecha.)* ¡Oh! ¡Miss Bertan!

PACO.—¡Venga de ahí! *(Al ver que Crestoni saca una pistola.)* ¡Oiga usté, don italiano! Cuidado, ¿eh? No tengamos aquí lo de la Tosca.

CREST.—*(Al ver aparecer a Miss Bertan.)* ¡Te he conochuto! ¡More!... *(Dispara.)*

PACO.—¡Ah! ¡Muerto soy! *(Cae al suelo.)*

MISS.—¡Crestoni! ¡Tú!...

CREST.—¡Il mío bracho non ha temblado jamai! *(Don Pedro, Gasparón, Caracol, Periquito y los Pinzones salen por la izquierda.)*

PED.—El disparo ha sido aquí mismo. *(Al ver a Paco.)* ¡Ah!

GAS.—¡Paco!

PIN. 1.º—¡Josús!

CREST.—Io non mi nascondo de la justicia, cabalieri. ¡¡Lo maté io!! Voi sapete la mía casa.

MISS.—*(A Crestoni.)* ¡Valiente mío! ¡Huyamos!

CREST.—¡Ah, sí; sono vostro, tutto vostro! E tú sei mía, e tutto lo vostro e tuttu mío también.

MISS.—Tú eres lo que yo buscaba. ¡Ven! ¡Matarás a mis dos maridos!

CREST.—(¡Qué bestia!) *(Se va con ella por la derecha.)*

PED.—*(Solemne.)* Señores, queda disuelta la Sociedad para siempre.

PIN. 1.º—¡Qué horror!

PED.—¡Tápale la cara, Gasparón, y vámonos! *(Gasparón se la tapa con el pañuelo y huyen en seguida todos despavoridos.)*

PACO.—*(Se levanta.)* Vaya un susto que llevan esos sinvergüenzas. Se han caído, y que se han caído como se cayó Mr. Deschanel; en camisón de dormir. Bueno, ahora busco yo a esa jamona, que está por mí, me alío con ella, y van a vé quién es Paco Rivero. Pero, ¿dónde voy yo destocao? *(Corta los cordones que sujetan las alas de la teja.)* Tó tiene arreglo en este mundo menos la muerte. ¡Josú la que yo voy a armá! Ahora es cuando yo le cuento un cuento al más pintao. ¡Y me lo oye hasta el final! ¡Y se ríe o lo mato! *(Poniéndose la teja.)* ¡Sevilla es mía! *(Cae el telón y se queda en el proscenio.)* Y ahora cuento un cuento o dos o tres o los que me dé la gana. ¡No tuviera más que ver! Y a reirse, ¿eh?, a reirse o apiolo a uno. *(A uno.)* ¡Eh, amigo! pero, ¿qué se va usté a ir? ¡A sentarse! ¡Ajajá! ¡Er tío carvo!... ¡Silencio! ¡He dicho que silencio!

Era una vé un arbañil que salía de su obra tan campante y se encuentra con un amigo que venía con la lengua fuera.—¿Dónde vas?—Caramba, Manolito, a bus-

carte iba. Ná, que vengo de tu casa y tu mujé...—¿Qué, salió der paso?—Salió der paso.—¿Qué ha sío?...Un niño, rubio como el oro, con un mechón de pelo aquí, que se le pué sacá la coleta.—¡Hijo de mi arma! ¿Dices que es rubio?—Más rubio que las virutas.—Grasias por la notisia.

Conque sigue andando y, a poco, un chiquillo que se le acerca. *(Imitando la voz de un chico y accionando cómo se limpia los mocos.)*—Señó Manué: que a su señora de usted le han traído un niño de Parí.—Ya lo sé, niño.—Más bonito es... Yo lo he visto, morenito...—No, hijo, rubio.—No señó, moreno; rubio es el otro.—¿Cómo el otro?—Hay uno que ha venío en un canasto y otro que ha venío de Parí. Er der canasto es mu rubianco, pero er de Parí es morenito.—¿De manera que son dos?—Dos.—¡Hijos de mi arma!

Y sigue andando el albañil y se encuentra con una comadre suya.—¡Comadre!—¡Compadre! A buscarte iba. Ya sabrás que tu mujé...—Sí, dos.—No, tres.—¿Eh?—¡Tres!—¡Hijos de mi corasón!

Y aprieta a corré, revuerve una esquina y se topa con un amigo munisipal.—¿Dónde vas tan corriendo?—¿Dónde quieres que vaya? A vé a mi pobresita Dolores.—De allí vengo.—¿Cómo está la pobre?—Apretando la dejé.—¿No has visto nasé ar tersero?—Ar que he visto nasé es ar cuarto.—¡Socorro!

Y pegó un sarto que por poco se achoca con una nube. Conque sigue corriendo y ¡plaf! se topa con una vieja.—Manoliyo; ¿sabes la notisia?—Sí, señora; déjeme usté que voy más quemao que el humo.—Anda con Dió y a vé si llegas a tiempo de vé con vía al úrtimo.—¿Pero tan malo ha nasío?—¡Hombre, no es que sea un fenómeno! Tó lo contrario; bonito es como un cromo, pero mu endeblísimo; er pobresito mío parese una anguila a dieta.—*(Llorando.)* ¡Vaya por Dio!—Pero no te apures, hombre, pué sé que no se te muera. Ya lo dise el refrán: "¡No hay quinto malo!"—¡Auxilioooo!

Y en cuatro sartos llegó a su casa y se presentó de gorpe delante de la cama de la resién parida, que tenía una expresión de miedo la pobre... *(A uno del público.)* ¿Cómo que no, caballero?... ¡Póngase usté en su caso!

Totá: que er arbañil vió un cuadro que, ¡vaya cuadrito!... Su mujé con los ojos mu abiertos y a su lao sinco chiquillos con sus sinco cabesas, con sus diez brazos, con sus diez piernesitas, y entre tós ajuste usté la cuenta: ¡¡¡cien deditos!!! hasiendo así. ¡Josú!

—Dolores de mi arma—dijo echándose sobre el respaldo de la cama, mirando aquello.—¡Dolores de mi arma! ¿pero tú eres una mujé, o la puerta de una escuela a las sinco de la tarde?

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Habitación en casa de don Pedro Molina. Es de noche.

(Al levantarse el telón están en escena don Pedro, Gasparón, Caracol y Periquito. Los cuatro sentados, cabizbajos y tristísimos.)

GAS.—Bueno, señores; con ponernos así, no vamos a adelantá ná.

PED.—Es cierto, Gasparón, pero yo no lo puedo remediá. La muerte de ese hombre me ha destrozao.

CAR.—Y a mí.

GAS.—Y a tós. ¿Quién se iba a esperá ese desenlace? Porque nosotros hemos dao bromas pesás; bromas que han costao un brazo, una pierna o un ojo, pero ¿la vida?... ¡Qué cara tenía puesta el pobrecito!

CAR.—¡Calla, Gasparón!

PED.—¡Pobre Paco Rivero!

GAS.—Era una cara... Como yo se la tapé...

PER.—¡Y dale!

GAS.—¡Tenía la boca de una torceura y le bizqueaban los ojos de un modo!... *(Todos se estremecen.)*

PED.—*(Levantándose nerviosísimo.)* Basta, joroba.

GAS.—Si es que le tengo aquí clavao, don Pedro.

PED.—*(Sintiendo que alguien se acerca.)* ¡Silensio! *(Entran muy callados, muy pesarosos y muy tristes los otros Pinzones.)*

PIN. 1.°—*(Lúgubremente.)* Buenas noches.

PED.—*(Idem.)* Buenas noches. *(Pausa. Todos se sientan.)*
PIN. 1.º—¡No somos nadie!
PIN. 2.º—¡Estaba escrito!
GAS.—Bueno; pero responsabilidad penal, no tendremos, ¿verdá? Porque nosotros no... *(Acción de disparar.)*
PED.—Nosotros no... Pero en conciencia...
TODOS.—¿Eh?
PED.—En conciencia, nosotros lo hemos matao.
GAS.—¡Poco a poco! Lo ha matao usté, don Pedro, porque la ocurrencia de embromá al italiano fué de usté.
PED.—¿Mía? ¡Señores!
PIN. 1.º—¿Lo va usté a negá?
PED.—Pero, ¿oyen ustedes esto?
GAS.—¡Usté! Y lo digo muy alto. Y lo que es yo, traigo ensima tó el dinero que tenía en casa y...
PED.—¡Calla, que arguien viene! *(Se hace un silencio profundo.)*
GAS.—*(A los Pinzones.)* Ustedes no le vieron la cara. ¡Era una expresión de doló!...
ALF.—*(Entrando.)* Buenas noches, señores. *(Viene triste y sombrío.)*
TODOS.—*(Lúgubremente.)* Buenas noches.
ALF.—*(Tras una pausa.)* ¡Don Pedro, amigo! *(Suspira.)* A su casa vengo esta noche buscando un poco de alegría.
CAR.—(¡Estás apañao!)
ALF.—Hoy la necesito más que nunca, porque nunca hubo en mi espíritu tantas negruras como hoy. *(Todos callan. Don Pedro y Periquito suspiran tristemente.)* Ya ustedes conocen mi situación. Soy un vencido. Sin juventud y sin fortuna, ¿qué puede ofrecerme ya la vida? De mi casa he salido dispuesto a quitármela... Acaso un ángel me ha traído aquí, donde reina siempre el optimismo y la alegría. *(Todos callan entristecidos.)* ¿No me dicen ustedes nada?
GAS.—*(Golpeándose una pierna.)* ¡Pa lo que vale la vida, don Arfonso!
PED.—Ganas me están dando a mí de quitármela, que más me inspira asco que otra cosa.
PIN. 1.º—Verdá es.
ALF.—¿Eh?
PIN. 2.º—¡Pobre Paco Rivero!
ALF.—¿Cómo? ¿Pero le ha sucedido algo?
PED.—¡Eh! ¿Pero usté no sabe?
ALF.—No.
PED.—Pues póngase usté en lo peó.
ALF.—¿Acaso el italiano?...
PED.—¡¡Lo ha matao en el Parque de María Luisa!!
ALF.—¡Jesús!
GAS.—Yo le ví la cara. ¡Qué mueca de doló!
ALF.—¡Muerto!... No... no lo siento, no; la muerte es descanso. Yo también deseo descansar.
PED.—¡Don Alfonso!
ALF.—¡Aun vienen turbias las aguas del río; aun tienen color de sudario! ¡Ellas guardarán para siempre el secreto de mi pesadumbre! Buenas noches.
PED.—¡Pero don Alfonso!
GAS.—¡Don Alfonso!
PED.—Nada vale la vida, y nos coge usté en un momento de remordimiento y de tristeza, que en vano trataríamos de disuadirle, pero si algo vale nuestro ruego...
ALF.—Soy yo quien tiene que hacer a usted un ruego, don Pedro. Hay una mujer...
PED.—Comprendido.
ALF.—Pues bien; para ella. *(Se quita un anillo y se lo entrega a don Pedro.)* Que lo acepte como recuerdo mío.

PED.—Pero...
ALF.—Y después de mi muerte. Antes, no. ¿Palabra?
PED.—¡Palabra!
ALF.—*(Emocionado.)* ¡Gracias! Buenas noches. *(Se despide de todos, cambiando con cada uno de ellos un mudo y efusivo apretón de manos. Cuando se dispone a hacer mutis se encuentra a Consolación y Rosa que entran.)* ¿Eh?
CONS.—*(Riendo a carcajadas.)* Ja, ja. ¿Ve usté cómo volvemos a vernos?
ALF.—*(Comiéndose las lágrimas.)* Adiós, Consolación. *(Medio mutis.)*
CONS.—*(Estupefacta.)* ¿Pero... Alfonso?
ALF.—*(Dominándose.)* Yo le suplico que no se ría en este momento.
CONS.—¿Cómo quiere usté que me ría, viéndole llorá?
ALF.—¡Adiós, Consolación! *(Se va.)*
CONS.—¿Qué es esto, don Pedro? ¿Qué le pasa a ese hombre? *(Don Pedro calla.)* ¡Hable usté, por su salú!
PED.—*(En un arranque.)* ¡Sí! ¡Qué palabra ni qué joroba! ¡Basta ya de muertos!
CONS.—¿Eh?
PED.—Tú puedes salvarle, Consolación. Ese hombre va a matarse. Toma, esto me dió para ti. *(Le da la sortija.)*
CONS.—¡Dios mío, madrina!
ROSA.—¡Corre!
CONS.—¡Madre mía de los Reyes! *(Se va corriendo.)*
ROSA.—(A vé cómo me porto, porque mi Paco no tardará en vení. ¡Qué contenta estoy!)
PED.—Dios quiera que lo alcanse. Aunque me duele habei faltao a mi palabra.
ROSA.—¿De cuándo acá tienen palabra los asesinos?
TODOS.—¿Eh?
PED.—¡Señora!
ROSA.—¡Asesino, sí! ¡Seis asesinos y seis asesinos los seis!
GAS.—¡Rosa!
CAR.—¡Vecina!
ROSA.—Ustedes, y ná más que ustedes habéis matao a Paco Rivero.
PED.—*(Tembloroso.)* Calle usté, Rosa. Calle usté.
PIN. 1.°—Estamos perdíos.
ROSA.—(El terreno está surió.)
CRIADO.—*(Entrando.)* Don Pedro...
PED.—¿Eh?
CRIADO.—Hay ahí un caballero que dice que es de la policía que quiere ver a usté ahora mismo.
PED.—*(Sin poder hablar de miedo.)* De... la... po... po... po...
CAR.—*(Idem.)* Mi... ma ...ma...
GAS.—*(Idem.)* Es...to se... pone... ma... ma... lo.
PIN. 2.°—Aquí hay que... Bueno, yo... pues lo dejamos a usté con...
PIN. 1.°—Si, que...
GAS.—Es lo mejó. Vámonos...
PED.—*(Sacando un revólver.)* ¡De aquí no sale ni una rata! Tós tenemos la misma culpa...
GAS.—Oiga usté, que yo en eso del italiano...
PED.—¡Ni una rata! *(Al criado.)* Que pase ese caballero. *(Vase el criado.)* Aquí no hay ni tú ni yo. Y al que trate de echarme a mí el muerto, me lo cargo.
PIN. 2.°—Bueno, pero es que...
PED.—¡¡¡Me lo cargo!!!
ROSA.—En lo que paran las bromas: un hombre de bien asesinado y seis caballeros en presidio pa tóa la vía.
PED.—¡Señora!
GAS.—¡Caray! A presidio irá el italiano, en tó caso.
ROSA.—¿El italiano? Pero, ¿ustedes no saben que el italiano se ha suicidao?
(Todos caen en las sillas casi sin alientos, y en este instante entra en escena

Paco Rivero. A Paco no hay quien lo conozca. Trae un gran bigote y patillas; viste un amplio gabán; se toca con un flexible que no se quita; fuma en pipa y gasta unas gafas con cristales de color de caramelo.)

PACO.—Buenas noches.

ROSA.—Buenas noches. *(A los demás no les sale el saludo.)*

PACO.—¿Don Pedro Molina?

PED.—Pa... servirle.

PACO.—*(En tono irónico, escalofriante y mirándole de arriba a abajo.)* Para servirme, ¿eh? *(Sonriendo de un modo que es una puñalada.)* Sí... Sí... ¿Y estos señores?... *(Mirando a los demás.)* ¡Ah!... *(Vuelve a sonreir.)* Sí... Sí...

PED.—*(Tembloroso, indicándole que se siente.)* Sí... Sí...

PACO.—¿Eh?

PED.—Si... éntese usté.

PACO.—*(Sonriendo como antes.)* Sí... Sí... *(No se sienta.)*

PED.—Usté... nos dirá...

PACO.—Vengo de asistir a los últimos instantes de don Francisco Rivero. Ya saben ustedes quién es.

PED.—*(Tímidamente.)* No...

PACO.—*(Con energía.)* ¡Sí! *(Todos miran al suelo. Paco sonríe y fuma.)* Ha sido muerto por el Cabalieri Crestoni, instrumento inconsciente de seis asesinos. *(A un movimiento de todos y con energía de titán.)* ¡Sí, seis asesinos!...

ROSA.—*(Limpiándose una lágrima.)* ¡Pobrecito mío de mi alma!

PACO.—Vosotros sois los inductores, ¿qué digo?, los únicos responsables. Vuestra libertad y vuestra hacienda están en mis manos. ¡Asesinos!

ROSA.—¡Sí! ¡Asesinos! ¡Ay! ¡Qué lástima de hombre! ¡Un hombre tan hermoso!

PACO.—Reprímase, señora, que estoy yo delante.

GAS.—*(Temeroso de lo que va a decir.)* Bueno, y esto...

PACO.—¿Eh?

GAS.—¿Esto... no podría... arreglarse?...

PACO.—No comprendo.

PED.—Aquí, Gasparón, dice bien. Con un poco de buena voluntad... Porque nosotros no hemos matao, eso ha de probarse; pero por no andá con la justicia...

PER.—¡Claro!

CAR.—Si ustedes quisieran...

PED.—Puesto que sólo ustedes lo saben...

PACO.—¿Y la conciencia? ¿Y la dignidad?... ¡Ah! Con este crimen, la Sociedad está mutilada y el deber... ¡Ah!

GAS.—¿Pero me quiere usté desí qué ha perdío la sociedá con la muerte de Paco Rivero?

PACO.—¡Era un hombre!

PED.—Era un vaina.

PACO.—¡Caballero!

PER.—Un sinvergüenza.

GAS.—Y un mal bicho, porque a mí me consta que mató a su padre.

PACO.—¡Qué bestia!

PED—A su padre y a su tía Manuela.

PACO.—¡Caray!

PED.—Que a su tía la hizo polvo de la patá que le dió.

PACO.—¿Dónde?

PED.—En Chipiona.

PIN. 1.°—Y a su abuela le robó cinco mil duros.

PIN. 2.°—Cinco mil duros y un pájaro perdí que valió tres mil reales. ¡Era un moso!...

CAR.—Bien muerto está.

PER.—Ya lo creo.

PED.—¿Cree usté que semejante canalla merese el que nos empapelen a seis hombre de bien? Nada, amigos; esto hay que arreglarlo. *(Le da un golpecito.)*

PACO.—Por mí... Si la señora no tiene inconveniente...
ROSA.—¿Eh?
PACO.—*(Aparte a Rosa.)* Aquí, dicen estos amigos, que si usté por diez mil pesetas cantaría la canción del olvido.
ROSA.—Pero, ¿va usté a vendé su silensio por diez mil pesetas?
PACO.—No hablo de mí, sino de usté.
ROSA.—Si es pa gastármelas en sufragios por su alma, las acepto. *(Llora.)*
PED.—Allá va un cheque. *(Escribe. Todos respiran.)*
PACO.—En cuanto a mí...
TODOS.—¿Eh?
PACO.—Seis por cuatro, veinticuatro. *(Quedan todos de una pieza.)* Y en billetes; y a mí no es que me choque el cheque, pero por mi cargo... llegar a la ventanilla... Alguien podría pensar... en billetes, en billetes.
PED.—Sea, en billetes. *(A los demás.)* Aflojen. *(Todos tiran de cartera.)* Tome usté...
ROSA.—¡Pobrecito! *(Coge el cheque.)*
GAS.—La cara que tenía el pobre Paco, era pa no olvidarla; pero la carita que tenemos ahora nosotros, no es ninguna carcomanía.
PIN. 1.º—Don Pedro... un préstamo...
PED.—Sí, hombre, sí. *(A Paco.)* Ahí van dieciocho billetes.
PACO.—¿Los ha contado usted?
PED.—Sí, señor.
PACO.—No desconfío. *(Los cuenta.)* Uno, dos, tres...
GAS.—Para completar las cuatro, me faltan veinticinco; otro día...
PACO.—Es lo mismo. Deme el reloj.
GAS.—Tome usté.
PACO.—Perfectamente. *(A Rosa.)* Ya sabe usté a lo que se ha comprometido. ¡Ay de usted si recuerda nada de esto! Yo me encargaré también de que calle ese don Alfonso Villanueva.
PED.—No será necesario. Puede que a estas horas esté ya con Dios.
PACO.—¿Eh?
PED.—De aquí salió pa tirarse al río.
PACO.—¡Ah! *(Sale corriendo.)*
ROSA.—*(Le sigue.)* ¿A dónde va? *(Vase.)*
GAS.—Pero...
PED.—¡Puente de plata, compañeros! *(Respirando a sus anchas.)* ¡Ah!
TODOS.—*(Idem.)* ¡Ah!
PED.—Es el dinero que mejor he empleado en mi vida.
GAS.—Y yo.
PIN. 2.º—Vámonos a tomá el fresco, porque estoy que me sudan hasta los pasadores.
TODOS.—*(Como antes.)* ¡¡Ah!!
GAS.—¡Gracias a Dios!
PED.—Ahora mismo nos vamos a bebé seis botellas a la salú de ese hombre que nos ha sarvao y que bendita sea su madre.
TODOS.—¡Amén! *(Telón.)*

CUADRO TERCERO

El puente de Triana. En el foro la perspectiva del río. Es de noche.

MUSICA

(Recitado sobre la música.. Al levantarse el telón sale por la izquierda don Alfonso; en seguida, Consolación.)
CON.—*(Corriendo y agitada.)* ¡Don Alfonso!
ALF.—¿Eh?... ¿Usted aquí?
CONS.—Siguiéndole los pasos. El mundo al revés. ¡Lo que cambian los tiempos! Tome usté. *(Le da la sortija que don Alfonso entregó a don Pedro.)*
ALF.—¿Eh? ¡Don Pedro ha faltado a su palabra!
CONS.—No, hombre; es que pensó: si don Arfonso quiere tirarse al río pa

matarse, cuanto más peso lleve mejó, y yo le dije: es mucha verdá; voy a llevárselo.

ALF.—¡Consolación!...

CONS.—Y a eso vengo. No crea usté que vengo aquí a decirle: "no te tires, Reverte". Ya esa copla está muy antigua. ¡Qué más quisiera yo que poderme matá también! Pero no pué sé; tengo muchos amarrijos en este mundo... y en el otro. En este, tós aquellos chiquillos que viven a mi amparo y a los que yo quiero con toa mi arma. ¡Pobresitos! ¿Qué iba a sé de ellos sin mí? En el otro... ¡casi nadie! Padre Dios con unas barbas mu largas, y la Virgen bendita, con sus manos así... que al verme llegá, iba a ponerlas así *(En jarras.)* y me iba a desí: "Mujé, Consolasión, qué campaná has dao? ¡Miá que matarse una muchacha como tú!" Usté, claro está, si no quiere a nadie ni tiene creensias...

ALF.—Yo le suplico, Consolación...

CONS.—Además; vengo a desirle a usté una cosa que nunca le he dicho, porque yo, mucho reí y mucho sonsacá, pero yo no le he dicho a usté nunca que le quiero, y no era cosa que se fuera usté al otro mundo sin habérmelo oído desí... ¿Se lo digo a usté otra vé?

ALF.—¡Consolación!

CONS.—Y vengo a devolverle a usté el jazmín donde me besó usté; pero no aquí, sino delante de aquellos angelitos de los que soy madre sin serlo, delante de ellos... Y luego vamos a llorá un poquito usté y yo, que a mí me hase mucha farta llorá un poquito a su lao, don Arfonso. Y después, si usté cree que trabajando, como trabajan los que son hombres, puede usté tené una casa con una mujé de bien que le acompañe y unos chiquillos que le alegren la vida, procure usté que esa mujé sea yo. Si, por el contrario, cree usté que la vida le estorba, piense usté que al matarse nos mata á todos, porque yo me gano la vida bordando, y yo, si usté se muere, no iba a tené ojos más que pa llorá.

ALF.—*(Abrazándola.)* ¡Consolación de mi alma!...

PACO.—*(Con Rosa, al verlos.)* ¡Chavó! El náufrago se ha agarrao a una cosa que no es una tabla precisamente. ¡Don Arfonso!

ALF.—¡Tú! ¡Vivo!

PACO.—¡Quiá! ¡El vivo es usté, caray! *(Viene ya sin bigote y sin gafas.)*

ALF.—Pero...

PACO.—Perdone usté que le haiga cogido este gabán, pero me hiso farta pa sacarle unos miles de pesetas a esos sinvergüensas que m'han tomao la mata. ¡Voilá el peseteo! *(Enseña los billetes.)* Dentro de quinse días vamos a tené un negosio que ríase usté de la espuma en cascadas. ¡Sevilla es nuestra! *(Dirigiéndose hacia la izquierda.)* Asércate, esposa. *(Rosa entra, se acerca y hablan.)*

PED.—*(Entrando en escena por la derecha con Gasparón, Caracol, Periquito y los Pinzones.)* Bueno, vamos a tomá esas copas, porque, ¡caramba! estoy que veo a Paco Rivero en toas partes.

GAS.—¡Menudo susto nós ha dao ese moro que acabamos de encontrá!

GAS.—Yo estoy sin pulso.

PACO.—*(Viéndolos.)* ¡Caray! ¡Mis asesinos! *(A don Alfonso.)* Guárdeme usté este dinero, por si me llevan a la casilla, no me lo vayan a quitá.

ALF.—¿Eh? ¿Pero?...

PACO.—Nada, que están ahí esos sinvergüensas y les voy a pegá. *(Plantándose ante don Pedro y compañía.* ¡Asesinos!

TODOS.—*(Boquiabiertos.)* ¡Ah!...

PACO.—*(Repartiendo puntapiés.)* ¡Tararí, ti!... *(Huyen todos y él se va detrá atizándoles, para volver en seguida.)*

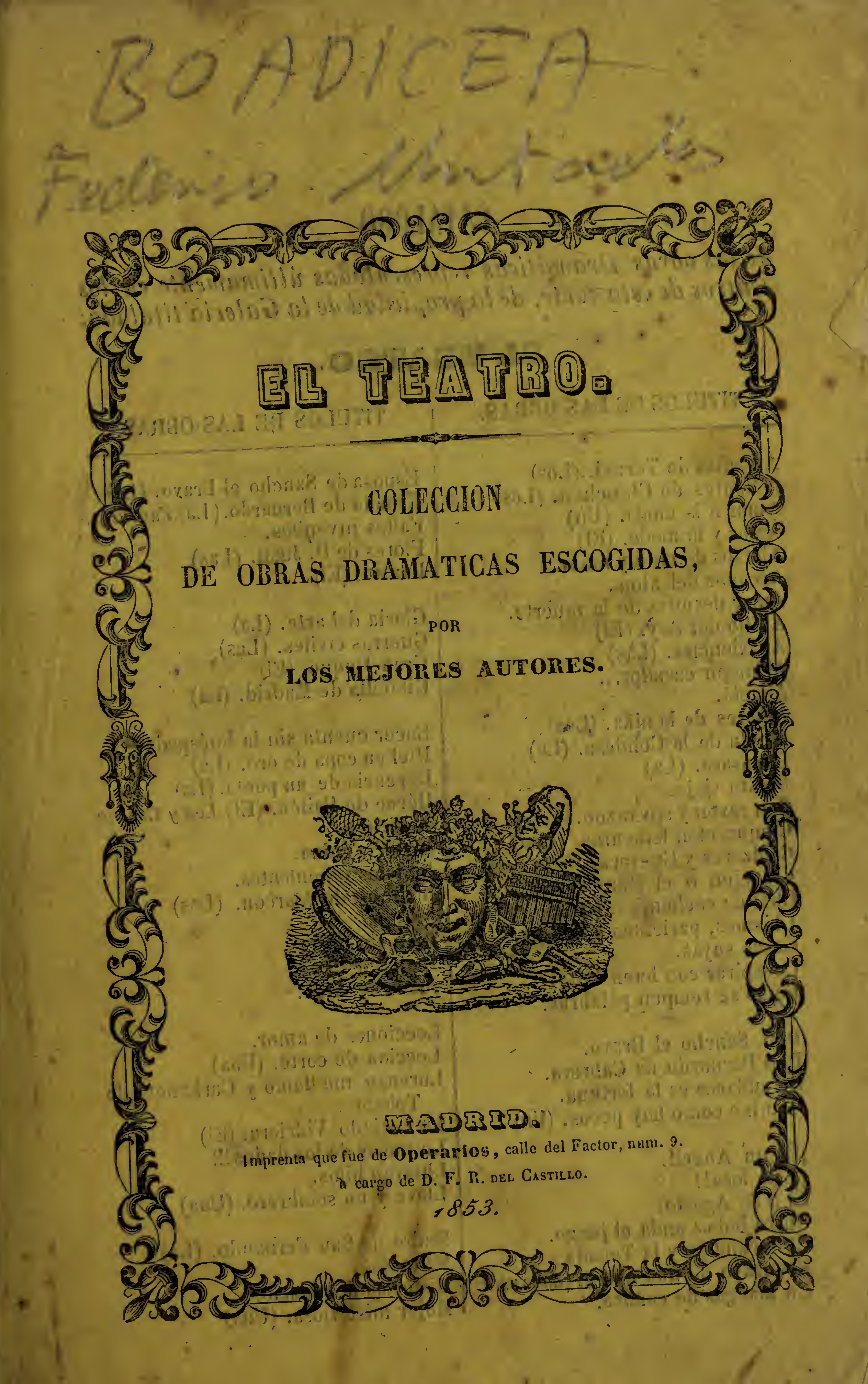
ALF.—*(Riendo a carcajadas.)* Ja, ja...

CONS.—¿Eh? ¡Por fin! *(Llorando.)* Por fin se ríe... y ahora...

ALF.—¡Contigo! ¡Siempre a tu lado!
Quiro seguir tu consejo.
Sevilla, me has cautivado:
tu lema es... "No me ha dejado",
y mi lema es... "No te dejo".

(Telón.)

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498



BOADICEA

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.
Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor, num. 9.
à cargo de D. F. R. del Castillo.
1853.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros de esta corte, de la propiedad de la Galería titulada:

EL TEATRO.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Amantes de Teruel. (Los)
Amantes de Chinchon. (Los)
Amor á la moda. (Un)
Amor y la moda. (El)
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Anillo del Rey. (El)
Apariencias. (Las)
Al mejor cazador...
Angela.
Amores de la niña. (Los)
Banda de la Condesa. (La)
Baltasara. (La)
Bonito viaje.
Con razon y sin razon.
Conjuracion femenina. (Una)
Cañizares y Guevara.
Creacion ó el Diluvio. (La)
Chal de cachemira. (El)
Chismes, parientes y amigos.
Cosas suyas.
Conspirar con buen éxito.
Como se rompen palabras.

Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
De audaces es la fortuna.
Dómine como hay pocos. (Un)

¡Es un Angel!
¡Está loca!!
El 5 de Agosto.
Entre bobos anda el juego.
El Escondido y la Tapada
El ensayo de una ópera. (*Zarzuela.*
En mangas de camisa.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Esposa de Sancho el Bravo. (La)
Espada de Bernardo. (La) *Zarzuela.*
Faltas juveniles.
Flores de D. Juan. (Las)
Fausto. (El)

Gloria del arte. (La)
Guerras civiles. (Las)
Gran Duque. (El)
Gitanilla de Madrid. (La)

Hacer cuenta sin la huéspeda.
Hiel en copa de oro. (La)
Herencia de un poeta. (La)
Héroe de Bailén. (El) *Loa y Corona poética.*
Historia china.
Indicios vehementes.
Instintos de Alarcon. (Los)

Juan sin tierra.
Juan Sin-Pena.
Juana de Arco.

Lecciones de amor.
Leccion de corte. (Una)
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo
Licenciado Vidriera. (El)
Lo mejor de los dados!!!
Llueven hijos.
Llave y un sombrero. (Una)

Madre de San Fernando. (La)
Mi mamá.
Misterios de palacio.
Mujer misteriosa. (Una)

A LA SEÑORA DOÑA TEODORA LAMADRID.

Al presentar ál público el carácter de BOADICEA, *se ha mostrado V. como siempre, digna de la alta fama de que goza, realzándolo con atractivos apenas revelados á la mente del autor.—V. ha hecho suyo el personaje que dá nombre á este drama: permítame V., pues, hacer tambien suyo el resto de un trabajo, por cuya benévola acogida soy deudor á V. de muy señalada gratitud.*

B. L. P. de V.

Juan Federico Muntadas.

Juzgando el empedernido
corazon de los romanos
por la nobleza del suyo,
cerró los tranquilos párpados
á la luz, sin sospechar
un rompimiento cercano
entre sus vasallos fieles,
y los feroces soldados
de esa ciudad que se goza
en la guerra y los estragos.

ONO. ¿Queriais que estos dominios
no se hubieran desmembrado?

PRAS. ¡Oh! sí: mi larga experiencia
me anunciaba inmensos daños.

ONO. ¡Quiera Dios que no se cumpla
vuestro vaticinio infausto!

PRAS. Se cumplirá: no lo dudes.
Vanamente no han pasado
sobre mi pobre cabeza
ni las horas, ni los años.
Estos cabellos no inspiran
respeto porque son blancos;
sino porque son el signo
de un viaje prolongado,
de una esperiencia adquirida
á costa de mil trabajos.
Si no hierven mis pasiones
con el violento arrebato
de la juventud, poseo
otra cualidad en cambio:
mi consejo es mas seguro,
Onoro.

ONO. Tranquilizaos.

PRAS. Mi amargura es que si llega
el momento desgraciado...

ONO. Luchariais como bueno:
os sobra el vigor, Prasátago.

PRAS. Cuando mi mente recuerda
(Con calor siempre creciente.)
el insolente descaro
con que las huestes romanas
invadieron nuestros campos,

hace subir la vergüenza
un calor inesperado
á mis mejillas: ¡perversos!
¡profanar mi suelo patrio!
me rejuvenezco, Onoro.
¿Y tú, no sientes acaso
contra los conquistadores?

ONO. Soy de Boadicea esclavo:
(Con humilde acento.)
mi deber es inclinar
la cerviz á sus mandatos.

ESCENA II.

DICHOS, MALIRA, *que sale de la estancia de Boadicea.*

PRAS. ¿Y la Reina?
MALI. En su aposento.
PRAS. ¿Piensa en mi anuncio leal?
MALI. El cariño maternal
absorbe su pensamiento.
Vuestros discursos prolijos
para ella inútiles son.
PRAS. ¿Y no teme una agresion?
MALI. No piensa mas que en sus hijos.
Goza de un bien...
PRAS. Transitorio.
MALI. No ve peligros cercanos.
PRAS. ¿Presume que los romanos
respeten su territorio?
Ella sí: yo no lo creo.
Es raza vil y traidora.
MALI. Decid: ¿qué han hecho hasta ahora
que demuestre tal deseo?
PRAS. Hoy nada: mas tarde, sí.
Al saber que ha muerto el rey
querrán dictarnos la ley:
vendrá un ejército aquí
poderoso á devastar...
MALI. Tanta perfidia no cabe.

¿Y triunfarán?

PRAS. ¡Quién lo sabe!

Deberian no triunfar,
ni pretenderlo siquiera;
pero sí lo intentarán.
Al cederles el monarca
de su reino la mitad,
confesó indirectamente
que no podian luchar
contra Roma sus vasallos.

MALI. Quiso establecer la paz.

PRAS. Sin creerlo, de su pueblo
pintó la debilidad.

ONO. (Su penetracion asombra.)

PRAS. Fué lo mismo que rogar
que respetasen benignos
su postrera voluntad.

ONO. Tal vez...

PRAS. ¿Qué le importa á Roma
de un rey britano?

MALI. ¡Qué afan!
Sois nuncio de desventuras...

PRAS. Harto me angustia: ¡ojalá
que mi prediccion no sea
eco de triste verdad
que turba de noche y dia
mi espíritu!

(Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.)

MALI. No salgais.

(Haciendo señal para que se detenga.)

La Reina con sus dos hijos
hácia aquí viene: esperad. *(Váse Oñoro.)*

ESCENA III.

BOADICEA, MALIRA, PRASATAGO. *Boadicea trae de la mano á sus dos hijos.*

PRAS. ¡Salud y felicidad
á la Reina!

MALI. ¡Oigaos el cielo!

BOAD. Conozco tu noble celo. (*A Malina.*)
Estimo tu lealtad. (*A Prasátago.*)
(*Se sienta: los dos niños en pié delante de ella.*)

PRAS. De vuestro rostro la calma
revela en este momento
el inefable contento,
luz vivífica del alma.

BOAD. Fuera en mí capricho injusto
el quejarme de la suerte,
cuando al mirarme, convierte
en risa su ceño adusto.
Desvanecido el pesar,
que destruyó mi reposo
á la muerte de mi esposo,
siento un dulce bienestar

MALI. Jóven, animosa y bella...

PRAS. En vos se mira, señora,
esta nacion que os adora.

BOAD. Y yo, Prasátago, en ella.
Y aunque dicha tal me cuadre,
suena mejor á mi oido
que el de Reina, otro sonido,
el dulce nombre de madre.
No; no podeis comprender
por esta leve pintura,
qué tesoro de ternura
lleva oculto la mujer,
para entregarlo de lleno,
para rendirlo en tributo,
tan solo al precioso fruto
que ha respirado en su seno.
¡Hijos mios! ¡Ero! ¡Dacio! (*Abrazándolos.*)

PRAS. Ojalá nube inclemente (*Con solemnidad.*)
no empañe el astro fulgente,
que ilumina este palacio!
¡Con sus tropas infernales,
azote vil de la tierra,
nunca traspase la guerra
estos tranquilos umbrales!

BOAD. ¿Temes tal vez un quebranto?
Haces mal.

PRAS. Presumo bien.

BOAD. ¡Retarme á la guerra! y, quién
(*Con grande energía, poniéndose en pié.*)
pudiera atreverse á tanto?
Contra cualquier invasor
tengo un pueblo y una lanza.

PRAS. Os da sobrada confianza
vuestro indomable valor.
Si os preparaseis...

BOAD. No puedo.
Sin accion no hay resistencia:
no olvides que la prudencia
es la máscara del miedo.

ESCENA IV.

DICHOS, ONORO, *por la puerta del fondo.*

ONO. ¡Señora! desde lo alto (*A Boadicea.*)
de la torre se divisa,
detras del bosque, en la sierra
de las catorce colinas,
una columna de polvo
que al parecer se aproxima
hácia aquí, rápidamente.

MALI. (¿Qué podrá ser?)

PRAS. (¡Patria mia!)

BOAD. Cuando sopla el viento rudo
(*Con notable serenidad despues de haber fijado una mirada en Prasútago.*)
de la gruta de las Iras,
y una corona de nubes
ciñe las crestas altivas
del Edwa...

PRAS. (¡Esperanza inútil!)

BOAD. Suele alzarse á la caida
de la tarde un torbellino.

ONO. Está la tarde tranquila.
No se vé en el horizonte
una nube.

BOAD. Vé, Malira.
(*Haciendo seña á Malira para que se lleve los dos niños.*)

PRAS. ¿No comprendeis por desgracia?
(*Con impaciencia.*)
BOAD. Tu sobresalto lo indica.
PRAS. ¡Señora! son los romanos:
mi corazon no mentia.
BOAD. Sean: ¿por qué estas angustias?
¿á qué esta espresion fatídica?
¿no son nuestros aliados?
(*Malira vuelve á entrar.*)
En su colonia dominan:
si á ella quieren dirigir
el grueso de su milicia;
libres son: ¿qué nos importa?
Mas... sin embargo, averigua
la verdad de lo que pasa;
aguardo aquí tu venida.
PRAS. (¡Protéjanos la fortuna!) (*Al salir.*)

ESCENA V.

BOADICEA, MALIRA.

MALI. ¿El anuncio inesperado
de Onoro no os ha causado
ninguna impresion?
BOAD. Ninguna.
MALI. Favorecida del cielo,
jamás el valor os falta:
tranquila estais.
BOAD. No me asalta,
Malira, ningun recelo.
Roma, de mí satisfecha,
no podria sin traicion
cometer la infame accion
que el buen anciano sospecha.
Nunca por medios villanos
Roma á luchar se atreviera:
ven fantasmas donde quiera
los niños y los ancianos.
(*Señalando la puerta por donde se fué Prasátago.*)
MALI. ¿Y vos guardais todavía?...

¿Conservais en la memoria
aquellos dias de gloria
en que un afecto os unia
á Paulino... como al hombre
cuya altiva majestad?...

BOAD. ¡A Paulino! (*Con viveza.*)

MALI. Perdonad,
si he pronunciado su nombre.

BOAD. ¡Dulce recuerdo de infancia!
El despertó el alma mia
que entre las sombras yacia
de la mas triste ignorancia.
Con su acento seductor,
con su mágico poder,
él la hizo estremecer
de cariño y de pudor.
¿Quién lo venidero abarca?
¡Cuán mudable es el destino!
Volvióse á Roma Paulino:
yo esposa fuí del monarca.

MALI. Amásteis mucho al patricio
orgullo de Roma y prez.

BOAD. Mucho, Malira, y tal vez
aciertes en tu juicio.
Quien ganó mi voluntad
aun hoy mis ímpetus doma,
por él quizá juzgo á Roma
con tanta benignidad.
Paulino!... ¡qué gallardía!
En su frente, ¡qué misterio!
¡Qué arrojo el suyo! ¡qué imperio
en su mirada sombría!
En vano intento esplicarte...
Es la imágen triunfadora
de un Dios que el romano adora;
es la imágen del dios Marte.
Si ha respetado su vida
la guerra, yo le veré
muy grande; se lo anuncié
la noche de su partida!
Arrancarme de mis lares...
Me quiso á Roma llevar,

pensaba allí consagrar
nuestra union en los altares.
¡Qué noche! ¡horrible tormento!
El pugnaba... tambien yo.
No sabes cuanto sufrió
mi alma en aquel momento.
Poderosa inclinacion
me arrastraba al dulce objeto:
pensé en mi madre; el respeto
pudo mas que la pasion.
Sufriendo cruel los enojos...

MALI. ¿Llorásteis mucho quizás?...

BOAD. Llegué á creer que jamás
se secarian mis ojos.
Dile al tiempo que no corra.
El dichoso, él que suspira
cede á su influjo, Malira:
el tiempo todo lo borra.
Borró tambien mi amargura.
De mis amores la historia
hoy se ofrece á mi memoria
como un sueño de ventura,
cual sombra indecisa y vana
de algun cuerpo luminoso,
como el eco delicioso
de una armonía lejana.

MALI. ¿Amais todavía al hombre?...

BOAD. Mi corazon, en la ausencia
no late con mas violencia
cuando pronuncio su nombre.
Presumirlo fuera error.
Restablecida la calma
siento aquí, dentro del alma
algo si... que no es amor.
Cesaron los devaneos:
hoy tengo los ojos fijos...

MALI. Os comprendo.

BOAD. Son mis hijos
el centro de mis deseos.
Solo en sus tiernas caricias
mi felicidad se encierra;
por ellos veo en la tierra

una mansion de delicias.
Cuando su arrogancia miro
y su inocente donaire,
encuentro mas puro el aire,
con mas gozo lo respiro.
¡Si me los robase el hado!
No, no: quiero conservar
la vida, para velar
constantemente á su lado.

ESCENA VI.

DICHAS, PRASATAGO, *por la puerta del fondo.*

BOAD. Prasátago: ¿qué noticias?
PRAS. No se engañó mi esperiencia.
Un ejército romano
nuestros campos atraviesa.
BOAD. ¿Hácia dónde se dirige?
PRAS. Va marchando por la senda
que conduce á la colonia
confinante con Icenia.
Un pastor de este palacio
es quien os trajo la nueva.
Dice, ademas, que el caudillo
que las legiones gobierna
se ha desviado hace poco,
y que impávido se acerca
solamente con su guardia
hácia nuestra fortaleza.
BOAD. El general...
PRAS. Llegará
muy en breve á nuestras puertas.
¿Le concedereis la entrada?
BOAD. ¿Y negársela pudiera
sin razon?
PRAS. Siempre la tienen
los mandatos de la Reina.
BOAD. Las puertas de mi castillo
cobarde temor no cierra.
¿Y has averiguado el nombre

del general?

PRAS. No.

BOAD. Quien sea
bien venido.— Oye, Malira.
(*Encaminándose á su estancia.*)
Y tú, Prasátago, ordena
que preparen para el huésped
la estancia segun merezca
su dignidad y alto rango. (*Váse con Malira.*)

PRAS. Cumplir su mandato es fuerza.
(*Váse.*)

ESCENA VII.

PAULINO, PUBLIO, ONORO, *por la puerta del fondo.*

PAUL. Esclavo: di á tu señora
que quien hablarle desea
no es el General Romano:
dile que anhelante espera
aqui Paulino Suetonio
á la hermosa Boadicea. (*Váse Onoro.*)

PUB. ¿Qué resolveis? (*Con empeño.*)

PAUL. A su tiempo.

PUB. Con todo, si el caso llega...
Exige preparativos
la gravedad de la empresa.

PAUL. (*Despues de vacilar un corto instante.*)
Tienes razon... ejecuta.
La coyuntura aprovecha.

PUB. Descansad en mi eficacia.

PAUL. Sagacidad y cautela.
Nada olvides... vete Publio,
que ya el esclavo se acerca.
(*Váse Publio por la puerta del fondo izquierda.*)

ESCENA VIII.

PAULINO, OÑORO.

ONO. Mi soberana vendrá
al punto á vuestra presencia.
PAUL. Esclavo, no te apresures...
Quiero preguntarte... espera.
(*Con marcada autoridad. El esclavo se detiene.*)
¿Amas mucho á tu señora?
ONO. Sí.
PAUL. Corta fué la respuesta.
Debiste nacer esclavo,
lo indica tu indiferencia.
ONO. Libre nací.
PAUL. No es posible,
porque en tu rostro se viera
el odio.
ONO. Libre he nacido.
PAUL. Acaso en lejana tierra.
¿Eres Iceno?
ONO. Soy Picto.
PAUL. Tu desgracia me interesa.
¿Y la libertad perdiste?...
ONO. En una feroz refriega.
Fué á esclavitud reducida
mi familia, y yo con ella.
PAUL. Esclavo; puedo romper
el yugo que te encadena.
ONO. ¡Vos! ¿cómo? ¿quereis que sirva
de ludibrio? fuera mengua.
PAUL. ¿Y cuál es aquí tu oficio?
ONO. Guardar...
PAUL. Guardar... nada temas.
(*Acercándose.*)
ONO. La entrada del subterráneo.
(*Con aparente repugnancia.*)
PAUL. Sin duda aquella es la puerta?
ONO. Sí.
PAUL. ¿Y hasta á dónde conduce?
ONO. Lejos... muy lejos... La Reina! (*Váse.*)

ESCENA IX.

BOADICEA, PAULINO.

PAUL. ¡Boadicea!
BOAD. ¡Paulino!
¿Tú en la Britania? el hado ha permitido
que á estas regiones vuelvas.
¿Tú mandas el ejército aguerrido
que va cruzando nuestras anchas selvas?
PAUL. Sí.
BOAD. ¿Roma te confía
sus huestes?
PAUL. He probado en cien combates
que este honor merecia.
BOAD. No me engañé, Paulino, al augurarte
un porvenir de gloria:
fiando en tu valor y en tu nobleza,
anuncié que ornaria tu cabeza
el preciado laurel de la victoria.
El patricio romano
dejaba comprender por su alma fuerte,
que en dia no lejano
domeñaria su contraria suerte.
Lo cumpliste: arrogante
llevaste á cabo la dichosa hazaña:
¡oh! no: nunca se engaña
el corazon de la mujer amante.
PAUL. Tal vez: si fuera cierto
abandonado hubieras sin testigo
este triste desierto,
esta region ingrata,
para volar conmigo
á la egregia ciudad que el orbe acata.
¡Ah! te engañó tu corazon entonces.
¡Lejos de las mujeres
de mi patria, juzgué haber encontrado
para borrar mi hastío,
un corazon sincero, apasionado
que respondiese al mio!

Fué lastimoso engaño: inútilmente
busco en esta region de oscuras nieblas,
donde apenas se siente
la influencia del sol, mujer ninguna
que en el amor se encienda;
es un empeño vano:
no hay aquí quien comprenda
el corazon ardiente de un romano.

BOAD. ¡Así me injurias! renunciar debia
á mi patria, á mis padres: ¡imposible!
Antes sucumbiria
víctima de la muerte.

PAUL. Las ansias de un amante
un sacrificio exigen.

BOAD. ¿Qué mujer en el mundo puede hacerte
renegar de tu orígen?
A la verdad me inclino;
depon esas porfias.
Díme, ¿renunciarias
á Roma, á tus derechos? no, Paulino.
Créelo: descendiente
de una estirpe real, es mi destino
sucumbir al rigor de la fortuna.

PAUL. ¡Has sido mi verdugo!

BOAD. Morir aquí, donde á los Dioses plugo
que rodase mi cuna.

PAUL. No me causa estrañeza
tu indiferencia fria.
Amaste con tibieza. (*Con despecho.*)

BOAD. Luché con energía.

PAUL. Revelan tus razones
la inícua falsedad de tus promesas.
Fué tu amor una de esas
vagas exalaciones
que se alzan en los yermos arenales,
fuegos fátuos, mentidos,
que deslumbran la vista y de los cuales
no reciben calor nuestros sentidos.
Mi desventura labras,
esposa... (*Con intencion.*)

BOAD. He comprendido
la hiel en que rebosan tus palabras.

PAUL. Te enlazaste á un Iceno;
para mayor ultraje,
pospusiste el romano
al torpe soberano
que gobernaba esta nacion salvaje.

BOAD. No agraves mi amargura.

PAUL. ¿Eres tú, por ventura,
la jóven candorosa,
que unida á mí por cariñosos lazos,
platicaba de amor entre mis brazos?

BOAD. ¡Oh! vete: ¡suerte impía!
no desoigas mi ruego.
¿Por qué? ¿por qué has venido
á turbar mi sosiego
y el reposo feliz en que vivia?

PAUL. ¿Me amas? ¡Boadicea! (*Con fuego.*)

BOAD. No se ha estinguido el ardoroso fuego
(*Dejando entrever la lucha.*)
que mi pecho abrasó: la ardiente hoguera
en cenizas trocóse...

PAUL. ¡Boadicea! á tu yugo me esclavizas.
(*Con pasion.*)

BOAD. Pero entre las cenizas (*En voz baja.*)
vaga una chispa oculta: desatento
no quieras reanimarla con tu aliento.

PAUL. ¿Me amas y vacilas?

BOAD. Esta lágrima triste
que iba ahora á brotar de mis pupilas
para siempre la apague.

PAUL. ¡Fuera horrible!...

BOAD. Es preciso olvidar...

PAUL. No, no; imposible.
Me amas; rasgaremos
de estos últimos años
las páginas que causan mi martirio:
te adoro siempre con igual delirio.
Tu virtud lo merece:
¿qué valen á tu lado
esas torpes mujeres corrompidas
con quienes se envanece
la corte de Neron?

BOAD. (Tremenda lucha

que acallar no consigo.)

PAUL. Quiero vivir contigo.
Una palabra; escucha.
Me envia á la cabeza
de numerosa hueste
Neron, para que ocupe con presteza
la mitad de este reino que tu esposo
nos dejó por legado.
Tengo órdenes severas
para rendir tambien á su mandado,
el territorio sobre el cual tú imperas.

BOAD. ¡Dios mio! ¿será cierto?
La prediccion siniestra del anciano
á realizarse vino.
¡Y yo no lo creia!
Pero dime, Paulino,
¿podrás en contra mia
ejecutar tan negra alevosía?

PAUL. Boadicea, no cumplo
el precepto imperial: á unir aspiro
á la tuya mi suerte: mal podria
apelando á la fuerza ó al engaño,
ocasionarte daño.
Un pensamiento brota
que acogerá con júbilo tu mente.
Me idolatra mi gente,
en esta isla remota
con ella me declaro independiente.
¡Es grande el sacrificio!
No importa: estoy resuelto á no perderte,
á que mi afan concluya;
mañana, hoy mismo ligaré mi suerte
para siempre á la tuya.
Contando con mis bélicas legiones,
juntamos otra vez las dos porciones
de Icenia.

BOAD. ¿Qué pretendes?

PAUL. Poderosos monarcas
nuestros hijos serán de estas comarcas.

BOAD. Es que Paulino ignora...

PAUL. Ya tus dudas prevengo.

BOAD. Que solo de este pueblo soy señora
(*Con rubor.*)
mientras la infancia de mis hijos... tengo
dos hijos de mi esposo.

PAUL. Lo sabia.

BOAD. Yo les sirvo de escudo.

PAUL. ¿Escitarás mi encono
titubeando en alejar del trono?...
Son descendientes de un monarca rudo.

BOAD. Mi corazon, mi anhelo
en su bien tengo fijos.

PAUL. ¿A mi ruego solícita no accedes?
¡Es posible! ¿tú puedes
resistir?

BOAD. ¡Son mis hijos!

PAUL. Nacidos de tu pérfida inconstancia
digna de vituperio.
La abnegacion inmensa,
el declararme ahora
en franca rebelion contra el imperio,
¿no merece una justa recompensa?
Los hijos que tuviste
en tu union maldecida
con el monarca Iceno,
ya no pueden reinar: pasen su vida
en las selvas, guardando los rebaños
de este palacio... en la razon me fundo,
vástagos de una raza envilecida,
mas obtener no deben en el mundo.

BOAD. ¿Pretendes tú que causadora sea
de sus males prolijos?

PAUL. Decide, Boadicea,
mis proyectos secunda.

BOAD. ¡Son mis hijos!!
¿Has visto que una madre
se convierta jamás en enemiga
de los hijos que son su dulce encanto?
Existe entre los brutos,
existe un ser, que tanto
en el cariño maternal se goza,
que entre ansias y desvelos
hasta su propio corazon destroza

para nutrir sus débiles hijuelos,
¿y propone tu audacia
que á los mios sumerja en la desgracia,
con criminal empeño,
y que desnudos mendigar los vea?
Es tan cruel, tan bárbara tu idea
que me parece un sueño.
Tú has querido probarme...

PAUL. Si rechazas
mi plan, cumplo el mandato
del sumo emperador, su ley acato.

BOAD. ¡Qué es esto, cielos!

PAUL. Mi partido toma,
ó esta débil comarca
presa será de la potente Roma.

BOAD. ¿Te muestras satisfecho?
(Conteniéndose.)
De conocerte la ocasion me has dado.
(Con esplosion.)
¿Tú? ¿tú me amaste? y clavas en mi pecho
un dardo emponzoñado!
Y me miras con bárbara insolencia!
No te conozco: vete,
¡huye de mi presencia!
¡Y pude amar á un monstruo semejante!
Orgulloso romano,
te ciegan tus pasiones;
¿quién resistir podrá las seducciones
del patricio?—decia
con altivez tu vanidad insana:
¿quién podrá?.. ya lo has visto;
una mujer britana.
«Dí á tu señor que aspira vanamente
»á sojuzgar mi pueblo belicoso:
»no inclinará la frente
»á su yugo ominoso.

PAUL. »Vuestra arogancia es mucha.

BOAD. »Antes que transigir cobardemente,
»sucumbiremos todos en la lucha.»
General del ejército romano:,
aunque te cause enojos,
le dirás á Paulino,

que ha caido la venda de mis ojos;
dile que en otro tiempo
vi en él un semi-Dios afortunado,
hoy á un hombre mezquino
por inícuas pasiones devorado,
por la ambicion, por un orgullo necio,
dí que le odio... no: que le desprecio.

PAUL. ¿Osada me provocas?
Mal en el pecho mi furor resiste;
posible no es que á mi decoro cuadre
tu lenguaje procaz... por mí debiste...

BOAD. ¿Olvidar que soy madre?
No mas: he visto el fondo de tu alma
tenebrosa, perjura;
cuanto en ella se encierra:
tu rostro engañaría...
lealtad y dulzura,
miente por vida mia,
te presta su disfraz la hipocresía.

ESCENA X.

DICHOS, MALIRA, *agitada.*

MALI. Desde la ventana he visto
(*Confidencialmente á Boadicea.*)
salir del bosque inmediato,
con misteriosa cautela,
á una turba de romanos.

BOAD. No abandones á mis hijos.
¿Dónde están?

MALI. Con un esclavo
estaban, hace un momento,
cogiendo flores del campo.

BOAD. Vé por ellos sin demora,
y dí que venga á Prasátago,
y que se cierren al punto
las puertas de este palacio.

PAUL. Salud á la soberana (*Con ironía.*)
de Icenia. (*Se oye ruido dentro.*)

BOAD. No: no me engaño.

Este rumor, oigo voces...
Se acercan...
PRAS. ¡Abridme paso!! (*Dentro.*)

ESCENA XI.

DICHOS, PRASATAGO.

PRAS. ¡Señora! ¡llorad señora!
BOAD. ¡Mis hijos!!
PRAS. Los han robado
villanamente...
BOAD. ¿Qué dices?
PRAS. Unos soldados romanos.
BOAD. ¡Paulino! ¡vos! ¡hombre inícuo!
¡Ah! ¡mis hijos! es su llanto...
(*Se dirige á la ventana de la izquierda.*)
¡Icenos!! (*Asomándose á la ventana.*)
PRAS. Nadie os escucha:
han preso á vuestros soldados.
BOAD. ¡Tambien! ¡cobarde vileza!
Me sobra mi corazon.
PAUL. El emperador Neron (*Con acento solemne.*)
manda en esta fortaleza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Estancia en el palacio de Boadicea. Puerta en el fondo. A la izquierda en primer término puerta que conduce al aposento de la Reina: á la derecha otra puerta que comunica con el de Paulino.—Sitial y mesa á la izquierda.—Un armario oculto en el muro á la izquierda tambien.

ESCENA PRIMERA.

PAULINO, PUBLIO.

PAUL. ¿Qué dicen los corredores?
PUB. Vienen confirmando el hecho
de que ya han alzado el grito
de guerra, todos los pueblos
que confrontan con Icenia.
PAUL. Nos desafian; ¡ay de ellos!
PUB. Allá van nuestras legiones,
vuestras órdenes cumpliendo.
Segun las noticias, es
general el movimiento:
no solo empuñan las armas
los hombres de grande esfuerzo,
tambien mujeres y ancianos
forman parte del ejército,

y los sacerdotes Druidas
astutamente fingiéndose
inspirados por los dioses,
avivan el ardor bélico
de esas hordas ignorantes;
les hablan de grandes premios
si en la batalla sucumben.

PAUL. ¡Oh! no temas.

PUB. Nada temo.

PAUL. Publio, sin mucho trabajo
atajaremos el fuego.

PUB. No haya compasion: importa
hacer en los insurrectos
horrible carnicería,
para que sirva de ejemplo.
¿Vos no partís?

PAUL. Sí: que aguarde
del subterráneo al estremo
Escipion con cien ginetes.
Al galope en un momento
á mi hueste me reuno,
el plan esta noche ordeno,
y al romper mañana el dia
de improviso caeremos
sobre sus revueltas haces,
y ¡por Júpiter! no pienso
apearme del caballo,
hasta que todos logremos
ver humillada en el polvo
esa raza de soberbios.

PUB. Rigor: así se triunfa.
Si no os hubiérais resuelto
para sojuzgar á Icenia...

PAUL. Obramos como discretos.

PUB. Esa mujer belicosa
acaudillando su pueblo,
hubiera podido mucho
con su tenaz ardimiento.
¿Hoy, acaso, no hemos visto
que despreciando los riesgos
huyó de esta fortaleza?

PAUL. Yo sabia su proyecto. (*Sonriendo.*)

PUB. Ya los buenos servidores
que su fuga protegieron,
en una oscura mazmorra
están cargados de hierro.
Libres... Onoro y Malira,
segun mandásteis.

PAUL. Es cierto.

PUB. Y Boadicea orgullosa
no ha sentido los efectos
de vuestro enojo: sin duda
os mostrais poco severo
con ella.

PAUL. ¿Qué significa?

PUB. ¿No cede cualquier respeto
ante el bien de la metrópoli?

PAUL. ¿Te pido acaso consejo?

PUB. Es enemiga de Roma:
quisiera evitar...

PAUL. Silencio.

(Paulino hace seña á Publio para que salga por la puerta del fondo.—Publio váse.)

ESCENA II.

PAULINO.

Me llama al campo el honor:
partiré sin que me vea.
¡Boadicea! ¡Boadicea!
¡Qué desengaño en tu amor!
Presumiendo que la llama
del amor enardecia
su corazon, me sentia
dispuesto á manchar mi fama
hoy más radiante, más pura
que el sol de mi patria bella,
solo... por vivir con ella.
¡Qué insensatez! ¡qué locura!
El general reputado,
en abierta rebelion
con su patria y con Neron...

En cambio hubiera fundado
un reino... pugnaba yo
porque tuviera su efecto,
y le anuncié mi proyecto
y altiva lo rechazó.
Insistí... todo fué en vano:
de mi fortaleza dudo.
¿Cómo resistirme pudo
ella icena?... ¿yo romano? (*Con orgullo.*)
Ya la compasion desecho:
aunque sea á mi pesar,
Boadicea, he de vengar
el agravio que me has hecho.
En dura cárcel... jamás:
aunque mi labio lo ordene...
Olvidarla me conviene:
Paulino, basta, no mas.
Oye la voz del deber;
Roma es tu cuna, Paulino,
y la ley de tu destino
luchar por Roma y vencer.

ESCENA III.

PAULINO, ONORO.

PAUL. ¡Onoro!
ONO. No ocurre nada. (*Con recelo.*)
PAUL. Vigila con mucho celo;
sigue siendo en apariencia
súbdito fiel.
ONO. Os comprendo.
PAUL. Si con tus buenos oficios
satisfaces mis deseos,
obtendrás dentro de poco (*Marcado.*)
la libertad... es tu premio.
(*Váse por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

ONORO.

¿Cuándo llegará ese dia?
¡Ojalá no esté tan lejos
como lo ven mis temores,
y mis tenaces recelos!
¡Volver á pisar mi patria!
alzar orgulloso el cuello
sin que me abrume del yugo
el aborrecido peso!

ESCENA V.

ONORO, MALIRA.

MALI. ¿Nadie? (*Asomando cautelosamente.*)
ONO. Nadie... ¿y nuestra Reina?
MALI. Ha recobrado el aliento
merced á un breve descanso.
Despues del terrible encuentro
con los romanos, cayó
en un letargo siniestro.
La resistencia que opuso
á cuantos la circuyeron,
hubo de agotar sus fuerzas.
ONO. ¿Ha despertado del sueño?
MALI. Sí: ya ha despertado á impulsos
de un fuerte sacudimiento:
se han reanimado sus ojos:
algo se descubre en ellos
semejante al resplandor
de la nube que en su seno
lleva la muerte... ¿Y Prasátago?
¿Qué dices?
ONO. Nada sabemos.
Cuando se nombró Paulino
de esta fortaleza dueño,

huyó por el subterráneo
aprovechando el momento
de la confusion.

MALI. Nosotras
ya no llegamos á tiempo.
Cuando la Reina pensó
en recurrir á este medio,
tres ó cuatro centinelas
romanos nos detuvieron.

ONO. Fué mas astuto el anciano
inspirado por el miedo.

MALI. Cuando Boadicea supo
de su leal consejero
la evasion, lanzó un suspiro
volviendo la vista al cielo.
¡De quién fiarse! ¿Y los hijos?

ONO. Están en el campamento.

MALI. ¡Madre infeliz! me sorprende
que ese general funesto
que tal infamia ejecuta,
nos conceda el privilegio...

ONO. Por cárcel nos dá el castillo;
es mejor así.

MALI. Me temo
que nos limite muy pronto,
á un recinto mas estrecho.
(Siguen hablando en voz baja.)

ESCENA VI.

DICHOS, BOADICEA, *sin ser vista por Malira y Onoro.*

BOAD. ¡Quieren que al dolor sucumba
en esta lucha tremenda!

MALI. Será al fin nuestra vivienda *(A Onoro.)*
un calabozo.

BOAD. ¡Una tumba!
(Onoro y Malira se vuelven repentinamente fijándose en la Reina.)
¡Oh! ¡qué silencio! creia...
(Tal vez delirando estaba.)

Que Paulino celebraba
en una espléndida orgía
la victoria que ha logrado
con sus designios feroces:
oía confusas voces,
¿por qué de pronto han cesado?
¿por qué ante mí no se ofrece
á insultar mi pena aguda?
Envanézcase, no hay duda,
(Con amarga ironía.)
la victoria lo merece.
(Permanece absorta, poco despues levanta la cabeza.)
ONO. Un pensamiento la absorbe. *(Á Malira.)*
MALI. La ira á su frente asoma. *(Á Onoro.)*
BOAD. ¡Qué! ¿no sabiais que Roma
es la gran ciudad del orbe?
¿No veis en esta ocasion
cómo su poder revela?
Para vencernos apela
al engaño, á la traicion.

ESCENA VII.

DICHOS, PAULINO, PUBLIO, *en la puerta del fondo.*

PAUL. Apenas salga mi gente
dame el aviso.
PUB. Está bien. *(Váse.)*
MALI. Temo por ella.
(Paulino cruza la escena en direccion á su estancia sin reparar en Boadicea.)
BOAD. (¡Villanos!)
¡Paulino! *(Saliéndole al encuentro.)*
PAUL. ¿Qué me quereis?
MALI. ¡Señora! *(Deteniéndola.)*
BOAD. Tengo que hablaros.
PAUL. Inútil: no puede ser.
BOAD. «¿Qué es de mis hijos?
PAUL. Dejadme.
BOAD. «Merezco vuestro desden
«hasta el estremo!

PAUL. Me llama
«lejos de aquí mi deber.»
Urge la ocasion.

BOAD. ¡Paulino!
Mas de mis hijos, ¿qué fué?

PAUL. En vano os cansais.

MALI. (*A Boadicea.*) ¡Señora!

BOAD. Si de tigre no teneis (*A Paulino.*)
las entrañas, contestadme.
¿Qué hicisteis de ellos?

PAUL. No sé.

BOAD. Si queda en vos algun resto
de nobleza y honradez,
reconocereis la infamia.
Vos no pudisteis querer
mi ruina.

PAUL. Basta, os he dicho.

BOAD. Vos nunca fuísteis cruel.
¿No es verdad que entre mis brazos
(*Con espansion.*)
al fin los estrecharé?

PAUL. No. (*Con dureza.*)

BOAD. ¡No! (*Espantada.*)

MALI. (Corazon de roca.)

PAUL. Mi voluntad es la ley. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

BOADICEA, MALIRA, ONORO.

BOAD. ¡Ay! ¡Onoro! ¡Malira!
me insulta así bajo mi propio techo!

MALI. Reportaos, señora.

BOAD. Ardiendo en ira,
no cabe el corazon dentro del pecho.
Su palabra funesta
ha estinguido mi débil esperanza.
¡Ah! decid ¿qué me resta? (*Preguntando.*)
El sabroso placer de la venganza.
(*Para sí.*)
Salid.— (*Con imperio.*)

(Malira y Onoro se alejan por la puerta de la izquierda. Apenas se encuentra sola, tira de un puñal que lleva oculto.)

¡Valor! se eclipsará su estrella
y vengaré á mis hijos y á mi pueblo.
Una en el corazon: basta con ella;
y brote de la herida
á torrentes su sangre aborrecida!

(Boadicea entra en el aposento de Paulino: se oye un grito de Boadicea, que sale impetuosamente. Paulino aparece en el umbral de la puerta con los brazos cruzados.)

ESCENA IX.

BOADICEA, PAULINO.

PAUL. ¿Nueva Eumenide infernal,
con un designio cruento,
entrásteis en mi aposento
armada con un puñal?
Quebróse el arma enemiga.
Si la venganza os alienta
otra vez, tened en cuenta
el temple de mi loriga.
Para resistir es firme,
ya por la prueba lo veis.
¡Hablad!... ¿cómo? ¿no teneis
palabras que dirigirme?
Si ha de volver la alegría
á vuestro rostro sañudo *(Con acento de mofa.)*
clavando ese hierro agudo
clavadlo por vida mia. *(Señalando su pecho.)*

BOAD. ¡Mis hijos!!

PAUL. ¿Nueva amenaza?
¡Matarme una Reina ofrece!
menos honra no merece
un general de mi raza.

BOAD. ¡Paulino!

PAUL. Silencio, os digo. *(Con firmeza.)*
¿No entrevió vuestra arrogancia
que al penetrar en mi estancia

os aguardaba un castigo?
Ya es razon que lo señale.
Con vuestra loca imprudencia
os jugásteis...
BOAD. La existencia...
Y mi existencia ¿qué vale?
Llamad al verdugo odioso
que del dolor me liberte;
para el infeliz, la muerte
es la paz, es el reposo.
PAUL. ¿Anhelais que el hierro impío
en este aciago momento?...
BOAD. Leísteis mi pensamiento.
PAUL. Mas vos no leèis el mio.
Malamente presumís...
BOAD. Os conozco, hombre altanero.
¡Venga la muerte!
PAUL. Si quiero
que vivais.
BOAD. ¿Yo? ¿qué decís?
PAUL. Mujer, que en tu frenesí
has desechado el amor
de un hombre á tí superior;
¿no has comprendido que así
no alcanzaría á vengar
como exige mi despecho,
el agravio que me has hecho,
y que no puedo olvidar?
La muerte es un golpe aleve,
pero instantáneo y violento;
no cabe gran sufrimiento;
en un instante tan breve.
El suplicio que impondré
á la Reina...
BOAD. (Miserable!)
PAUL. Será lento, interminable
si grande el cariño fué.
Tarde te arrepentirás.
BOAD. No tan obcecado estés;
quisieras verme á tus piés
arrodillada... ¡jamás!
A tu poder insidioso

no cedo... fuera mancilla:
Boadicea no se humilla
ante un romano orgulloso.
Sin duda te fuera grato
escarnecer mis sonrojos;
quisieras ver en mis ojos
una lágrima ¡insensato!
no brotará á ningun precio:
cuanto crezca tu impiedad,
tu feroz iniquidad,
será mayor mi desprecio.
Aunque la suerte te encumbre...
(*Se detiene como herida por una idea.*)

PAUL. ¿No prosigues, Boadicea?

BOAD. ¡Paulino! (¡Ay de mí! ¡qué idea!
Espantosa incertidumbre:
si á mis hijos respetó...
con mi lenguage acelero
su perdicion.) ¡Ah! no quiero.
¡Paulino! ¡escucha!.. no... no.
¡Piedad! ¡piedad!.. no sabía...

PAUL. Suplicas humildemente:
¿Pues cómo tan de repente
se rindió tu altanería?

BOAD. ¡Ah! ¡piedad!

PAUL. Tu ruego es vano:
no olvides con el pesar,
que tú no puedes doblar
la cerviz ante un romano.

BOAD. Eso dije... no era cierto,
no has podido decidir
su muerte... quiero decir...

PAUL. (Siempre sus hijos!) (*Con ira.*)

BOAD. (*Confusa.*) No acierto.
Que tu cariño es leal...
y que si yo me atreví
á levantar contra tí
un homicida puñal,
fué solo que se turbó
mi mente... sí... sugestiones
de unas perversas legiones
de espíritus... pero... yo...

no te odia mi corazon.

PAUL. (En ellos los ojos fijos.)

BOAD. No es verdad... ¿viven mis hijos?

PAUL. En el reino de Pluton.
«Murieron, mujer traidora;
»oí su postrer sollozo,
»gocé entonces como gozo
»en repetírtelo ahora.»

BOAD. ¡Hijos del alma!

ESCENA X.

DICHOS, PUBLIO, *por la puerta del fondo, soldados.*

PUBL. Paulino:
cumplí lo que me ordenásteis.
Ya está la escolta dispuesta
para emprender el viaje.
El sol declina.

PAUL. ¡Salgamos!

(*Boadicea observa los movimientos de Paulino; al ver que va á salir corre y le cierra el paso.*)

BOAD. Deteneos, hombre infame,
no saldreis de este aposento.
¡Pensabais aquí dejarme!
Es preciso que paseis
por cima de mi cadáver.
Habeis matado á los hijos:
sacrificad á la madre!

PAUL. ¡Boadicea!

BOAD. No.

PAUL. Despeja,
ó mandaré que te arranquen
de aquí mis soldados.

BOAD. ¿Quién (*Con orgullo.*)
tendrá osadía bastante
para atreverse á la Reina
de Icenia? ¿quién?

PAUL. Te engañaste, (*Sonriendo.*)
lo fuiste: hoy eres mi esclava.

BOAD. Esclava yo, miserable!
(Avanzando hácia Paulino.)
PAUL. Me perteneces.
BOAD. ¡Paulino!
Los Dioses de mí se apiaden.

ESCENA XI.

DICHOS, MALIRA, ONORO.

MALI. Venid, señora.
BOAD. ¡Malira!
(Se echa en sus brazos huyendo de los soldados.)
¡Hijos mios! ¡Hijos mios!
MALI. ¡Hombre odioso! *(A Paulino.)*
(Boadicea y Malira entran en la estancia de la izquierda.)
PAUL. Arroja al punto *(Por Malira á Publio.)*
á esa mujer del castillo.
Vigila sin tregua, y tú
(Dirigiéndose á Onoro.)
sigue fiel á mi servicio.
En mi ausencia, este es tu dueño;
(Señala á Publio.)
cuanto piensen es preciso
que Publio al punto lo sepa.
Si cumples como imagino,
al volver de la batalla,
la libertad... Un aviso *(A Publio en secreto.)*
de grande interés; escucha.
Apenas haya salido
por el subterráneo, dobla
las guardias y de contínuo
recorre la fortaleza.
Vigila á Onoro... en tí fio.
(Vase y con él Publio y los soldados.)
ONO. Una inquietud me atormenta;
mi proceder es indigno.
Cuando mi señora sufre...
pero el general me ha dicho
que al volver de la batalla...

ESCENA XII.

ONORO, MALIRA, *despues* PUBLIO.

MALI. De tu ayuda necesito. (*Con agitacion.*)
Me van á espulsar de aquí
por mandato de Paulino.
Doy la vida por mi Reina.
ONO. ¡Gloriosa accion!
MALI. No vacilo:
disfrazada con mi traje
podrá salir del castillo;
yo tomo el suyo: delante
de Publio, con artificio
finge que Malira es ella.
Tu testimonio y el mio
bastarán: por gran fortuna,
Publio apenas nos ha visto.
ONO. ¿Y si conoce el engaño?
MALI. Lo sé: me aguarda un suplicio.
En situacion tan estrema
no me arredran los peligros.
¡Aun nos queda una esperanza!
PUB. Ninguna. (*Aparece por la puerta del fondo.*)
MALI. Ah!
ONO. Somos perdidos. (*A Malira.*)
PUB. La impaciencia ha sido ahora
(*Avanzando lentamente.*)
vuestro mayor enemigo.
(*Malira va á entrar en el aposento de Boadicea.*)
No entreis en ese aposento;
aquel es vuestro camino,
(*Señalando la puerta del fondo.*)
mujer intrépida... Esclavo,
resolveré tu castigo.
(*Al mismo tiempo que sale Onoro por la puerta del fondo, entra un soldado romano.*)
SOL. Ahora acaba de llegar
á la puerta del castillo
un anciano que pretende

hablaros con grande ahinco.
Quiere hacer revelaciones
de importancia.

PUB. ¿Eso os ha dicho?
¡Revelaciones!... ¿Su porte
cuál es?

SOLD. Parece un mendigo.

PUB. ¿Viene solo?

SOLD. Enteramente:
nadie se vé.

PUB. No me fio:
siga cerrada la puerta
hasta que inquiera yo mismo,
no sea alguna asechanza.
¡Salid! (*A Malira. Aparece Boadicea.*)

MALI. ¡Señora! ¡oh, martirio!
Me arrancan de vuestro lado.

BOAD. Se cumplirá mi destino.

ESCENA XIII.

BOADICEA.

Espíritus del mal: mi desventura
celebrad con siniestros regocijos.
La madre para siempre
ha perdido á sus hijos.
La Reina que imperaba
en este pueblo, envilecida siente
arder sobre su frente
el sello ignominioso de la esclava.
¡Débil sucumbo á mi desdicha fiera!
El valor necesito
que aun podemos luchar... mi pueblo espera.
¡Ilusion engañosa! nadie atiende
á mi duelo infinito,
nadie levanta en mi favor el grito.
Devoro á solas mi dolor profundo;
mi pueblo me abandona:
sola estoy en el mundo,
madre sin hijos, reina sin corona,

juguete vil de la enemiga suerte.
¿Y sufriré tan bárbara tortura?
No: mil veces la muerte.
Cuando Paulino vuelva
con insolente audacia,
ansioso de gozarse en mi desgracia,
encontrará el impío,
no una mujer, sino un cadáver frio.
Sin mis hijos la vida
es un horrible peso:
sus almas esta noche
con mágico embeleso
en apacible y misteriosa calma,
rodearon mi frente enardecida;
sus almas de partida
llamaron á mi alma.
Vuele á ellas huyendo de la tierra;
rompa el barro mortal en que se encierra.

(*Abre un armario y coje una copa.*)

Aquí se oculta el jugo inestimable
de las plantas benéficas que vencen
al destino implacable.
Es el último paso:
el alma de vivir aborrecida
encuentra aquí su ocaso.
¡Aquí!... las tempestades de la vida

(*Muy marcado.*)

se estrellan en el fondo de este vaso.
«Circula por mi sangre
»el suave beleño
»que halaga al fatigado,
»que está ya cerca de cobrar el sueño.»
¡Oh muerte bienhechora!
En mis entrañas siento
el placer inefable del sediento,
que va á apagar su sed devoradora.

(*Dirigiéndose á la ventana.*)

¡Por la última vez!... ¡se oculta el dia...
el valle... las cabañas!
¡Oh! quiero todavía
el aire respirar de esas montañas.

(*Leve pausa.*)

Si aniquilar pudiese el pensamiento
que mi ruina acarrea,
aun pudiera vivir. ¡Cobarde idea!
¡Gemir en vergonzoso cautiverio!
¿Tú blasonas de fuerte
y el tránsito te arredra
de la vida á la muerte?
Insondable misterio
que la razon á comprender no alcanza.
¡Y morir sin venganza! (*Con amargura.*)
¿Cómo vengarme de él, yo, triste icena,
en quien su hierro el infortunio marca?
El sí, se gozaría
en agravar mi pena;
aquí, do quiera, en esa inmunda charca
de reptiles sin cuento, en esa Roma
pozo de iniquidades y traiciones,
azote vil de pueblos y naciones.
Oigo pasos... triunfaré
de sus pérfidos amaños...

(*Se dirige hácia la mesa y coje la copa, dispuesta á beber cuando aparece Prasátago.*)

ESCENA XIV

BOADICEA, PRASATAGO.

BOAD. ¡Cielos! ¿tú en la fortaleza?
PRAS. ¡Señora!! (*Agitadísimo.*)
BOAD. ¡Súbdito ingrato!
PRAS. Aun viven, sí: vuestros hijos...
BOAD. Tú tambien con el sarcasmo
me insultas.
PRAS. ¡Viven! ¡señora!
Lo juro por el descanso
de mi alma.
BOAD. No lo sabes.
Paulino me ha revelado
la horrible verdad hoy mismo.
PRAS. No sabe mentir mi labio.
La verdad es que Paulino

no mandó sacrificarlos,
ni suyo fué el pensamiento;
fué consejo de un malvado,
de Publio.

BOAD. Viven y... yo...
En mi delirio insensato...

PRAS. ¿Qué íbais á haber, desgraciada?
(*Viendo la copa que está sobre la mesa.*)

BOAD. ¡Mi desaliento era tanto! (*Con pena.*)
¡Viven! ¡oh! sí: me lo indica
(*Marcando una transicion súbita.*)
la alegría que ha brotado
en mi corazon... no sigas...
no quiero saberlo... vamos:
¡Hijos de mi corazon!
¿Dónde están? quiero besarlos...
Olvidé que soy esclava
de aquel hombre despiadado.
Me cerca un muro de bronce.
Pero tú.... ¿cómo? no alcanzo...
¿Cómo penetraste aquí
la vigilancia burlando
de todos los centinelas?
Sí, cuenta, cuenta, Prasátago.
(*Se deja caer en un sitial.*)

PRAS. Oid: apenas salí
de la fortaleza, cuando
me encaminé presuroso
al campamento romano.
Fingiendo ser un mendigo,
me dirigí paso á paso
á la tienda más vistosa:
me empujaban los soldados
con las picas, pero yo
seguia el camino impávido
sin articular palabra.
Trás de un rodeo muy largo
á la tienda de Paulino
llegué con gran sobresalto.
Allí estaban vuestros hijos
tranquilamente jugando.
Inquirí con disimulo

las noticias que os he dado,
y abandoné los reales.
Envuelto en el negro manto
de la noche, he recorrido
muchos pueblos, he pintado
con empeño la conducta
perversa de los romanos,
el riesgo de vuestros hijos,
vos en cautiverio amargo,
nuestras hijas deshonradas,
nuestros dioses profanados.
He encontrado hombres resueltos,
que sintiendo el fuego patrio
han ido á correr la voz
á los pueblos mas lejanos
de Icenia: dentro de poco
los vereis á vuestro lado.
En las huestes enemigas
vengaremos nuestro agravio;
encontrarán sus legiones
ancha tumba en nuestros campos.
Anuncian nuestra victoria
los dioses con un presagio:
Al cruzar por Lyn-Cylidier
el ejército romano,
las mil águilas que anidan
en medio de los peñascos
salieron atropelladas
introduciendo el espanto
en sus filas: ¡ay de Roma!
¡Venid!

Boad. Nos está acechando
Publio.

Pras. No temais.

Boad. ¿Qué dices?

Pras. Le tengo yo á buen recaudo.
Un mendigo hace un momento
se introdujo en el palacio
para hacer revelaciones.
Era yo: me registraron;
me vine sin arma alguna
para mejor engañarlos.

Dije á Publio, que tenia
esta fortaleza un lado
muy débil, y sin recelo
vino siguiendo mis pasos.
¿Qué podia un viejo inerme
en contra de un hombre armado?
Lo llevé á la galería
do yacen los cinco hermanos;
lo encerré: venció la astucia
á la fuerza.

BOAD. Me has salvado:
mas ¡ay! no encuentro salida.
La puerta del subterráneo
está guardada por ellos,
los dos sin armas estamos.

PRAS. Sí; saldremos: una piedra
movediza hay hácia el lado
que da al bosque; desde afuera
no alcanza el poder humano
á moverla; desde adentro
se logra sin gran trabajo.
Allí os esperan algunos
de vuestros fieles vasallos.

BOAD. ¡A rescatar á mis hijos!

PUB. ¡Ese miserable anciano! *(Dentro.)*

PRAS ¡Ah! ¡Publio! ¿qué infamia es esta?

PUB. Donde le encontreis, matadlo. *(Idem.)*

PRAS. ¡Venid! ¡venid!

(Boadicea y Prasátago entran por la izquierda.)

ESCENA XV.

PUBLIO, MALIRA, *por el fondo.*

MALI. ¡Por piedad!

PUB. Y tú tambien, fementida,
(En el colmo de la ira.)
has de pagar con la vida
su ciega temeridad.
¿Tú nada sabias?

MALI. No. *(Angustiada.)*

PUB. Aunque se esconda ese anciano
miserable, será en vano.
¡Boadicea! Se ocultó (*Llamando.*)
tambien... oigo á mis soldados:
(*Suena rumor dentro.*)
dieron con ellos; despues
habeis de morir los tres
en una hoguera abrasados.

MALI. ¡Nuestra Reina! (¡Hombre feroz!)
(*Arrodillada.*)
Salvad su vida á lo menos.

BOAD. ¡Icenos! (*Dentro.*)

PUB. ¡Qué escucho! (*Con sorpresa.*)

BOAD. (*Mas alto dentro.*) ¡Icenos!!

MALI. Es de la Reina esta voz.

PUB. ¡Por Júpiter! ¡ah, traidores!
(*Corriendo á la puerta del fondo espada en mano. Algunos romanos cruzan el foro huyendo.*)
¡Deteneos!

UNA VOZ. Somos perdidos.

PUB. Me abandonan...

ESCENA XVI.

DICHOS, BOADICEA, *trae una espada en la mano*, PRASATAGO, MALIRA, *pueblo, etc.*

BOAD. Los vencidos (*A Publio.*)
huyen de los vencedores.

PUB. ¡Boadicea!... su altivez... (*Confuso.*)

BOAD. Id á encontrar á Paulino (*Con arrogancia.*)
y decidle que domino
en mi palacio otra vez,
y que su ejército apronte...
Le reto...

PUB. (¡Suerte villana!)

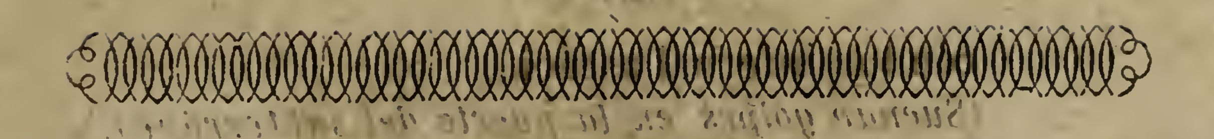
BOAD. Apenas brille mañana
el sol en el horizonte.
Decidle que de su gloria
no aguarde mas que desdenes;
que arrancaré de sus sienes

el laurel de la victoria.
¡A muerte será la lid! (*Váse Publio.*)

PRAS. Un sacro fuego la inspira.
(*Señalando á la Reina.*)

BOAD. ¡Ah! Prasátago, Malira,
Icenos todos, oid. (*Con entusiasmo.*)
Fuego sagrado en mis entrañas arde:
caiga al fin sobre Roma la venganza.
Mañana haremos con heróico alarde
en sus legiones hórrida matanza.
Icenia triunfará: si algun cobarde
vacila entre el temor y la esperanza,
huya de aquí: su decision alabo;
(*Con desprecio.*)
arrastre la cadena del esclavo.
Cuando mañana en la contienda impía,
cruce mi carro la sangrienta arena,
no veais en mí, que os serviré de guia,
la soberana que de enojo llena,
solo su cetro recobrar ansía;
sino la madre, la mujer icena,
que teniendo en su Dios los ojos fijos,
combate por su patria y por sus hijos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

ONORO.

De nuevo estoy condenado
entre mortales angustias
á velar junto á esta puerta.
El éxito de la pugna
entre Icenia y los Romanos
fijará por la vez última,
si he de vivir hombre libre
ó en esclavitud injusta.
El caballero romano
no me prestará su ayuda
si en este trance difícil
le abandona la fortuna.
¿Han llamado?.. no... pensaba...
Todos adicto me juzgan
á Boadicea... no saben
que yo revelé su fuga
al general, y que á Publio
saqué de la estancia oscura
donde le encerró Prasátago.

con tan infernal astucia.
(*Suenan golpes en la puerta del subterráneo.*)
Era verdad que llamaban.
¿Quién es? me parece suya
la voz.

PUB. ¡Onoro! (*Dentro.*)

ONO. ¿Sois Publio?

PUB. Abre, sí. (*Dentro.*)

ESCENA II.

ONORO, PUBLIO.

ONO. ¡Cielos! ¿qué anuncia
este desorden?

PUB. ¡Oh, rabia!
nos han vencido en la lucha.

ONO. ¿Y aquí buscais un refugio?
haceis mal.

PUB. ¿De mí te burlas?
¿Te vuelves contra nosotros?

ONO. No, pero... decid...

PUB. Escucha:
Paulino cayó en poder
de esa aborrecida turba.
Yo, perdida la esperanza,
con mil ideas confusas
abandoné la refriega,
y por veredas ocultas
he venido al subterráneo.
Resolucion oportuna.
Presumí que velariais
junto á la puerta.

ONO. Sin duda.

PUB. Confiaba en tu lealtad,
no me engañé por fortuna.

ONO. ¿Pero qué intentais hacer?

PUB. Ocultarme aquí en alguna
estancia... vendrá Paulino
prisionero... en tí se funda
mi esperanza: es necesario

que apenas la noche cubra
con su velo este castillo,
y antes que asome la luna
él y yo salgamos.

ONO. Pero... (*Con desconfianza.*)

PUB. ¿Vas á poner una escusa?
Irás tambien con nosotros,
tu libertad aseguras.
Eres libre desde ahora
por la voluntad augusta
de Neron: irás á Roma,
donde quieras, tendrá muchas
riquezas... cuanto ambiciones.
De los ciegos hados triunfas.
Oigo ruido... sal... observa
no sea que nos descubran.

(*A viva fuerza le empuja haciéndole salir por la puerta del fondo.*)

ESCENA III.

PUBLIO, *tres soldados romanos.*

PUB. Nada sospecha el menguado.
(*Asomándose al subterráneo.*)
Entrad: al fin volveremos
por nuestra honra perdida. (*A los soldados.*)
Los tres allí... junto al lecho
(*Señalando una habitacion interior.*)
de Boadicea: ocultaos
y reprimid el aliento.
Cuando oigais el grito *muera*
clavad hasta el puño el hierro.
Allí: Roma y nuestra fama
antes que todo... os advierto
que hay dos puertas en la estancia

(*Los soldados entran en el aposento de Boadicea.*)

ESCENA IV.

PUBLIO, *echa la llave y la guarda.* ONORO.

PUB. Aquí está, disimulemos.
ONO. Nadie os ha visto... seguidme.
PUB. Aquí esconderme prefiero.
Si me alejase... no hay duda,
correría mayor riesgo
de ser visto... ¿La segunda
estancia que está allí dentro
es de Boadicea?
ONO. Sí.
Lo preguntais?..
PUB. (*Con indiferencia.*) Sin objeto.
ONO. (*Va hácia el subterráneo.*)
Está cerrada la puerta,
y yo la llave no tengo.
PUB. Está en mi poder... mejor
la coyuntura aprovecho
cuando el general...
ONO. ¿Quereis
abandonarme de lleno
á la furia de la Reina?
PUB. No temas...
ONO. Despues de haberos
favorecido.
PUB. Locura!
Tal injusticia no pienso.
Irás con nosotros: cela,
y cuando llegue el momento...
ONO. (*Se asoma á la ventana.*)
La Reina viene al castillo.
PUB. Recuerda bien.
ONO. No me alejo.
(*Publio se esconde en la estancia de Malira.*)

ESCENA V.

ONORO, *mirando por la ventana. Luego* PRASATAGO.

ONO. Se aproximan lentamente.
¿Qué anunciará tal silencio?
La Reina no ocupa el carro:
viene delante del pueblo
sola... sí, lleva caida
la cabeza sobre el pecho.
Publio se engañó: deploran
(*Se aparta de la ventana.*)
su derrota los Icenos.
(*Aparece Prasátago y Onoro va hácia él.*)
¡Prasátago! la tristeza
que en vuestro semblante advierto,
anuncia que en la batalla
el hado os ha sido adverso.
PRAS. Vencimos: pero á pesar
de los mayores esfuerzos,
Onoro, no hemos logrado
arrancar á esos perversos
los dos niños sucesores
legítimos de este reino.
Tantas pruebas de valor
merecian otro premio.
ONO. ¿Vos tambien habeis luchado?
PRAS. Yo tambien. Entre el revuelto
torbellino del combate,
me hubieras visto siguiendo
el carro de nuestra Reina,
cuyo valor y ardimiento
causó espanto en los romanos,
y admiracion en los nuestros.
Por su valor y pericia
hoy las águilas sufrieron
la pena que merecia
su rapacidad... el pueblo
de Icenia no llorará
en amargo cautiverio:

las cadenas estan rotas
de nuestra ignominia... pero
vedada está al corazon
la alegría y el contento,
cuando sufre el de la Reina
los dolores mas intensos.

ONO. ¿Y no visteis á sus hijos?

PRAS. Al principiar el encuentro
es de creer que estuviesen
aun en el campamento.
Despues de haber apresado
á Paulino, á sangre y fuego
penetramos en las tiendas,
ya no estaban... no era tiempo.
Una órden fué de Publio.

ONO. ¿Para llevárselos?

PRAS. (*Por Publio.*) ¡Pérfido!
En vano hemos recorrido
los bosques, valles y cerros,
las cuevas: inútil todo.

ONO. (¡Ay de mí!)

PRAS. Tarde comprendo,
y acuso mi imprevision.
¿Por qué no le dí un consejo
á la Reina contra Publio?
Debió quedar aquí preso.
¡Es un hombre tan temible!..
La Reina... ven... retirémonos.

ESCENA VI.

DICHOS, BOADICEA, MALIRA, *pueblo, soldados.*

BOAD. Merced á vuestro valor
y generosa arrogancia
podemos decir con júbilo:
¡aun tenemos una patria!
Los verdes campos de Kelton
donde alimento buscaban
nuestros rebaños, ofrecen
una espantosa mudanza.

Los visteis... se han convertido
en lagos de sangre humana.
Demos gracias á los dioses
y á los sombras venerandas
de nuestros antepasados,
que con heróica pujanza
contrastaron el impulso
de las legiones romanas.
Entre los negros vapores
de la sangre derramada,
miro alzarse la figura
de una matrona gallarda:
ciñe su frente la oliva,
lleva en la diestra una palma.
Es la paz, que restablece
su trono en nuestras comarcas,
Iris que brilla despues
de asoladora borrasca.
«No temais: ningun romano
»profanará con audacia
»los huesos de nuestros padres
»en la tumba en que descansan.»
Vencisteis: ¡vuestra es la gloria!
(¡Mio el dolor y las ansias!)
Encuentro do quiera enojos:
(*Mirando á los icenos que se muestran apesadumbrados.*)
parte en mi desdicha toman.
Aunque resistó se asoman
las lágrimas á mis ojos.
¡Ese interminable afan!
¿lo habrá el destino resuelto?
A la fortaleza he vuelto,
mas mis hijos... ¿dónde están?
¿En qué lugar los esconden?
¡Y quién lo sabe, ay de mi!
Ansiosa los busco aquí
y los llamo... y no responden.
(*Con profunda amargura.*)

MALI. ¿Sucumbís á la tristeza
que sin piedad os acosa,
vos tan fuerte y animosa?
Vuestra heróica fortaleza

os sostendrá.

BOAD. Calla, calla.
Mi corazon no resiste:
tan solo el valor me asiste
en el campo de batalla.

PRAS. Procurad...

BOAD. Son ilusiones.
En mí no hay fuerza bastante.

PRAS. Siempre desdeña arrogante
la encina los aquilones,
sin inclinarse.

BOAD. Bien dices:
pero si un hacha traidora
viene á cortar en mal hora
las poderosas raices,
que son su fuerza mayor,
ya verás como se inclina
y viene á tierra la encina,
con espantoso fragor.

PRAS. Es imposible negar
la luz... os sobra razon,
es justa vuestra afliccion.

BOAD. Es infinita. A pesar
de mis dolores acerbos,
grabar quiero en la memoria
de todos la gran victoria.
Libres declaro á mis siervos.
(*Con noble majestad.*)

PRAS. ¿Vos tan desgraciada?

BOAD. Así
aliviaré mi amargura;
gocen ellos la ventura
que no logro para mí.
Onoro, tú, cuyo celo
jamás se vió desmentido,
eres libre.

ONO. (¡Infame he sido!) (*Se arrodilla.*)

BOAD. No: levántate del suelo.

ONO. (¿Cómo la conciencia acallo?) (*Temblando.*)

BOAD. Sigue en palacio...

ONO. Diré... (*Titubeando.*)
¡Señora!

BOAD. Y en tí veré
á un amigo, no á un vasallo.
¡Salid! (*A todos.*)

ONO. (Horrible suplicio:
no la turbacion denotes.)

BOAD. Mandad que los sacerdotes
preparen el sacrificio.
Dirigios hácia el *Cáirn*
que yo sin demora os sigo,
á dar gracias á los dioses
por el triunfo conseguido.

(*Onoro y el pueblo salen por la puerta del fondo.*)

PRAS. Vuestras órdenes, señora, (*A Boadicea.*)
está aguardando Paulino.

BOAD. Apenas yo salga, venga
el prisionero á este sitio.
¿Está la puerta cerrada?
(*Aludiendo al subterráneo.*)

PRAS. Lo está.

BOAD. Darás el aviso
á Onoro que no se aleje...

PRAS. Penetro vuestro designio. (*Váse.*)

BOAD. Malira, escucha: ¿tú guardas
en tu poder el anillo
que te dí de ese romano?
Era prenda de un cariño,
del cual ni queda memoria.
Devolvérselo es preciso.

MALI. En mi estancia le conservo.
(*Dirigiéndose á la derecha.*)

BOAD. Ahora no: lo necesito...
para despues; ya vendrás
al salir del sacrificio. (*Salen por el fondo.*)

ESCENA VII.

PAULINO, *aparece custodiado por dos soldados icenos que se marchan dejando cerrada la puerta.*

Se ha eclipsado mi gloria:
mis émulos celebran mi ruina
entre pompa irrisoria;

mi ruina es la señal de su victoria.
¡Una mujer me humilla!
la soberbia aureola refulgente
que brillaba en mi frente,
sobre su frente brilla.
Hablarme intenta: en su poder presume
obligarme á entregar... ¡necia esperanza!
Desprecio su poder y su venganza.
No ha de vencer astuta la sorpresa.
El rapto de sus hijos
fué una traicion que sobre el alma pesa...
¿Ceder debiera acaso?
Lo contrario imagino:
puesto ya en el camino
retroceder no debo un solo paso.

ESCENA VIII.

PAULINO, PUBLIO *abriendo cautelosamente la puerta de la estancia de Malira.*

PUB. ¡Señor! ¡señor!
PAUL. (*Con sorpresa.*) ¡Publio! ¿cómo
á este lugar has entrado?
PUB. Por Onoro.
PAUL. ¿Y mis legiones?
PUB. Apenas os apresaron
organicé con premura
la retirada, fijando
como lugar del encuentro
la encrucijada de Stanmor.
PAUL. Bien, ¿y los hijos?
PUB. Metelo,
de todos nuestros soldados
el mas fiel, los guarda...
PAUL. ¿En dónde?
PUB. A las orillas del lago,
en Lyn-Cylidier: le dije
que si se veia asaltado
por una tropa de icenos
los sumergiese en el lago
sin compasion, hasta el fondo.

Hoy cojeis el fruto amargo
de vuestra bondad.

PAUL. ¿Qué dices?

PUB. Ella, sus hijos, Prasátago,
todos debieron morir.
Todos... Pero no perdamos
un tiempo precioso, tengo
la llave del subterráneo.
Onoro... (*La entrega á Paulino.*)

PAUL. Las circunstancias
nos favorecen, huyamos.

PUB. Salid. (*Retirándose del subterráneo.*)

PAUL. ¿Y tú?

PUB. Yo me quedo.
Yo me quedo... es necesario
asegurar el triunfo.
El ejército en Stanmor,
los hijos, ya lo sabeis.

ESCENA IX.

DICHOS, ONORO, *por la puerta del fondo.*

ONO. ¡Esperad! (*Con viveza.*)

PAUL. Es el esclavo.

ONO. Vuestra vida me interesa:
hay un grupo de soldados,
los he visto á la salida
muy cerca del subterráneo;
son por lo menos cincuenta.

PAUL. ¿Qué importa el número? vamos.

PUB. Tomad un puñal.

ONO. ¡Señor!
(*Tratando de detenerlo.*)

PUB. Con él abrireis el paso.

ONO. ¿Y á qué conduce esponeros?
aguardad un breve rato:
como de mí no sospechan,
por medio de algun engaño
haré que de allí se alejen,
y saldremos sin obstáculo

los tres: mejor de esta suerte
nuestro designio logramos.

PAUL. Anda pues.

ONO. Se me olvidaba. (*Volviendo.*)
Ha venido un emisario
á dar cuenta del lugar
en donde habeis ocultado
á los hijos... muy seguro
no estará, pues cita cuatro:
Reged, Balder... no recuerdo
los dos últimos... un lago...

PAUL. ¿Lyn-Cylidier?

ONO. Justamente.

PAUL. ¿Y sabe la Reina acaso?...

ONO. Segun oí, sin demora
van á partir los soldados...

PUB. Ni siquiera los cadáveres
(*Con una sonrisa infernal.*)
traerán... previne el caso.

PAUL. Me opongo á que tal suceda.

PUB. Decid, ¿y cómo evitarlo?

PAUL. Esa puerta...
(*A Onoro. Este guarda la puerta del fondo.*)
Por orgullo, (*A Publio.*)
atrás no doy ningun paso,
pero adelante tampoco.
No se han de manchar mis manos
en sangre inocente.

PUB. (Es débil.)

PAUL. Anticípese el esclavo...
Y...

PUB. Mas breve es que los traiga,
y que los deje en los brazos
de su madre, y que nosotros
al verdugo nos rindamos.
Roma podrá agradecernos...

PAUL. ¿Y cómo se atreve á tanto?

MALI. ¡Cielos! (*Aparece en la puerta del fondo.*)

ONO. Vete.

PAUL. ¿Quién ha sido?

ONO. Nadie.

PAUL. Escucha. (*A Onoro.*)

Pub. (Mal presagio.)
Paul. Corre á Lyn-Cylidier, vuela
con la rapidez del rayo.
Ono. Están los hijos...
Paul. *(Le da una sortija.)* Presenta
mi sortija al fiel romano
que los custodia.
Ono. Comprendo.
Paul. Sin descansar, trasladadlos
donde se encuentra mi ejército,
dentro los bosques de Stanmor.
Si por cualquier accidente
mañana no llego al campo,
que los conduzcan á Roma
al emperador... vé.
Ono. Parto
(Llevándose hácia la ventana á Paulino.)
á cumplir... Cuando la sombra
llegue al fin de aquel peñasco,
salid sin temor... el medio
buscaré mas acertado
de alejar los centinelas,
que encontrariais al paso.
No os descuideis... *(Sale por el fondo.)*

ESCENA X.

Paulino, Publio.

Pub. ¡Qué imprudencia!
Habeis juzgado oportuno...
Paul. Hace ya tiempo, ¡por Juno!
que me ofende tu insolencia.
Pub. Vuestra autoridad es grande;
mas debeis considerar...
Paul. Tu obligacion es callar *(Secamente.)*
y obedecer lo que mande.
Ven conmigo.
Pub. (Nos perdemos.)
Paul. Mientras Onoro desvia
la tropa, en la galería

ocultos aguardaremos.
Antes que vuelvan aquí
del sacrificio, conviene...
Observa si alguno viene.

(*Publio mira por las puertas laterales, y al llegar á la del fondo vé á Prasátago.*)

ESCENA XI.

DICHOS, PRASATAGO, *soldados icenos.*

PUB. ¡Cielos! ¡Prasátago!!
PRAS. Sí.
PAUL. ¡Nuestra esperanza perdida!
¡Por Júpiter!
PUB. ¡Suerte airada!
PRAS. Tuvisteis fácil entrada;
no encontrareis la salida.
¿Y Onoro?... ¡fugóse!... presto,
¡seguidle!... aquí dós, alerta;

(*Salen los soldados menos dos que se colocan junto á la puerta del subterráneo.*)

nadie se acerque á esa puerta,
sea cualquiera el pretesto.
¡El esclavo nos vendió!
¡Onoro en vuestro servicio!
¡Bien pagaba el beneficio
que la Reina le otorgó!
Mónstruos de rencor y saña,
á ese miserable Onoro
corrompisteis con el oro!
Nada en vosotros me estraña.
Para Roma no hay respeto,
consideracion ni modo:
sin freno rompe por todo
hasta conseguir su objeto.
Con infamias y traiciones
vuestro poder se asegura.
¡Algun dia con usura
os pagarán las naciones!

Al entrar furtivamente (*A Publio.*)
vos...

PUB. Pretendia leal
salvar á mi general.

PRAS. ¿Nada mas?... ¡Su labio miente!
¿Otra idea no se junta
que vuestro plan engrandece?
¡Responded!

PUB. ¿Yo?...

PAUL. (*Con ira.*) No merece
contestacion tal pregunta.

PRAS. Sois audaz.

PUB (¡Bien comprendí!)

PAUL. (Mal reprimo mi despecho.)
¿Quién os concede el derecho
para interrogar así?

PRAS. No se enfurezca el caudillo.

PAUL. ¡Castigaré tu arrogancia!

ESCENA XII.

DICHOS, BOADICEA, MALIRA.

MALI. Al dirigirme á la estancia
para buscar el anillo
ví á los tres.

BOAD.. ¡Cuánta osadía!

MALI. Corrí al momento.

BOAD. Lo sé.

MALI. Y á Prasátago avisé.

BOAD. (¡El esclavo me vendia!)
Al romano custodiad
en el salon inmediato:
aguarda allí mi mandato.

PUB. (¡Sin venganza!)
(*Fijando una mirada en la Reina.*)

BOAD. ¡Despejad!

ESCENA XIII.

PAULINO, BOADICEA.

BOAD. (¿Alcanzaré mi objeto?)
PAUL. (Aunque el Tártaro mismo
conspire en su favor no me someto.)
BOAD. Oid, Paulino, por la vez postrera.
Al borde estais de un espantoso abismo
do la muerte os espera;
solo un acento, y seguireis tranquilo
por la senda florida
con que os brinda la gloria en esta vida.
Resolved sin demora:
árbitro sois de vuestra suerte ahora.
PAUL. Sobre los Dioses de la patria mia
un Dios impera misterioso, el hado:
sujeto á su poder, tiene trazado
el hombre su camino.
BOAD. ¡Luche con fé!
PAUL. Su voluntad no basta;
en vano el hombre su poder contrasta.
Si el padre de los Dioses inmortales
se doblega á su fallo,
¿qué hará el hombre mezquino,
por mas que lo deteste?
BOAD. Ese Dios poderoso, irresistible...
PAUL. Es la mano invisible
que en el combate derrotó mi hueste:
la misma que escitando
vuestros males prolijos,
os robó para siempre vuestros hijos.
Es esta la verdad; decirla quiero.
BOAD. ¿Olvidásteis que es este mi palacio?
¿que sois mi prisionero?
¡Ah! Paulino, harto sé que la falsía
no cabe en vuestro pecho.
PAUL. ¡Boadicea!
BOAD. Vuestra no fué la repugnante idea
del crímen que deploro todavía;

reconoced la infamia...

PAUL. ¿Vuestros hijos?..

BOAD. ¡Del alma son pedazos!
Mandad que los devuelvan á mis brazos
y os doy la libertad: si reverente
quereis obedecer las prescripciones...
del sumo Emperador... (¡Su calma aterra!)
enciéndase la guerra:
aprestad las belígeras legiones.

PAUL. ¡Insensata creencia!

BOAD. Lucharemos, si os place,
con el valor que nace
de la tranquilidad de la conciencia.
Reconoced...

PAUL. Que pesan sobre entrambos
graves faltas: es cierto.
¡Ah! ¡Boadicea! una pasion ardiente
me arrastraba hácia ti; supe en mal hora
tu enlace y juntamente
de tus hijos tambien; perdí la calma:
dos idéas lucharon en mi mente,
lucharon dos pasiones en mi seno,
exacerbóse el alma
y, con envidia y de coraje lleno,
pensé en los hijos del monarca Iceno.
Me angustiaba la envidia:
una idea acogí que me inspiraron:
de aquí los arranqué...

BOAD. ¡Negra perfidia!

PAUL. Con astucia y con dolo,
porque en ellos cifrabas un cariño
que reclamaba para mí tan solo.
Creyeron mis soldados
que me inspiraba Roma esos desvelos:
no era Roma la causa; eran mis celos.
Hoy el yerro conozco y si pudiera,
lo borraría á costa de mi sangre.

BOAD. Vuestra virtud exalta
tal confesion... aceptaré la ofrenda:
quien confiesa una falta
lejos no está de procurar la enmienda.
A mi vez, reconozco mi injusticia:

el enojo fué móvil
de mi impulso primero,
y me lancé con temerario arrojo:
siempre ha sido el enojo
el peor consejero.

PAUL. Es verdad.

BOAD. Olvidemos lo pasado:
á mi dolor sensible,
el sitio revelad donde se ocultan
mis hijos.

PAUL. ¡No es posible!

BOAD. ¿Y confesais que una traicion ha sido?...
¡Una intriga infernal!

PAUL. Sí.

BOAD. ¡Me confundo!
¿Y no quereis borrar esa memoria
que mancha vuestra gloria
diciendo una palabra?

PAUL. No.

BOAD. ¡Paulino!

PAUL. Mi decision reitero.

BOAD. ¿Por qué os negais?

PAUL. Lo ordena mi destino,
y soy tu prisionero.
Débil me llamarían:
tal concesion es imposible.

BOAD. Advierte...
Tu corazon lo manda.

PAUL. Mi dignidad lo veda:
mis émulos dirian
que me arredró la imágen de la muerte:
no quiero que suceda.

BOAD. (¿Y cómo recobrar de los romanos?..)—
Del pundonor te ofusca un falso brillo...

PAUL. Si no hubiera caido en vuestras manos
el romano caudillo,
hubieran regresado á este castillo.
Es tarde ya.

BOAD. ¡Depon esa inclemencia!
Con acento iracundo,
tu vanidad acalla
la voz de tu conciencia.

Sacude esa cruel indiferencia.
¡Muévate á duelo mi dolor profundo;
tú no querrás mi muerte!..
¡A mis lágrimas cede! por tu madre!
¡por cuanto hay en el mundo!..
Lograré convencerte:
¡no desvies los ojos!
La soberana dueña de tu suerte
te lo ruega de hinojos.
Cederás.

PAUL. Mucho fias:
no puede ser: tus lágrimas acaso
escitarán las mias;
el suplicio es horrendo...
Comprendo lo infinito
de tu dolor, mi oprobio, mi delito;
sí, todo lo comprendo;
pero ruegas en vano.
Yo no puedo ceder; nací romano.

BOAD. ¿No cedes? morirás... iré yo misma
(Se levanta.)
á presenciar tu muerte,
y pensando en mis hijos y en tu infamia,
gozaré prolongando tus tormentos:
escucharé con ansia tus lamentos.
Tu sangre... ¿qué me importa?

PAUL. Se calmarán tus penas.

BOAD. ¡Ni aun ese placer! ¡Destino ingrato!
derramando la sangre de tus venas,
la vida de mis hijos no rescato.
¡Ah! ¡Dioses de mi patria!
inspiradme una idea
para vencer al hombre inexorable!

PAUL. Mi plan es inmutable.
¡Oh! cualquiera que sea
mi suerte, irán á Roma tus dos hijos.

BOAD. En poder de Neron, tigre sediento
de sangre!.. no... difiere su partida!
¡Cede! seré tu esclava...
mis riquezas... mi vida...

PAUL. ¡Todo por ellos! ¡generoso alarde!
Ya no puedes triunfar; cuando tu gente
á Lyn-Cylidier llegue, será tarde.

tu propio esclavo les sirvió de guia.

BOAD. ¡Dioses del cielo! vuestra ayuda imploro.

(*Corriendo desesperada hácia la puerta del fondo.*)

¡Ah! ¡Prasátago! envía.. (*Aparece Prasátago.*)

¡Corred, volad á Lyn-Cylidier!

PAUL. ¡Cielos!

¡no lo sabias!.. lo afirmaba Onoro.

BOAD. El traidor me vendía.

¡Todos contra mis hijos!

¡Y ese Publio fué autor de tal infamia!

Ya no hay fuerza en el mundo

que de mi justo enojo le liberte;

(*Vuelve á entrar Prasátago á quien Boadicea dirige los dos últimos versos.*)

vengaré con su sangre mis agravios.

Entre y escuche de mis propios labios

su sentencia de muerte. (*Váse Prasátago.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, PUBLIO, PRASATAGO, MALIRA.

BOAD. Por vos siento desgarrado (*A Publio.*)

el corazon, y me aquejan

interminables dolores

que consumen mi existencia.

Hoy el brazo vengador

de los Dioses de la Icenia

á estos lugares os trajo

para que sufrais la pena

do cometisteis el crímen.

En breve, dentro la selva

ese cuerpo será pasto

de los buitres y las fieras.

En cuanto á Paulino... siento

que me abandonan las fuerzas...

MALI. Necesitais el reposo.

BOAD. Mi espíritu no sosiega.

Escucha... le encerrarás (*A Prasátago.*)

donde la luz no le vea.

Boadicea se encamina hácia su estancia acompañada de Prrsátago y Malira. Paulino y Publio estan colocados á la izquierda del espectador.)

PUB. Me ocurre un ardid: teneis
(A Paulino en voz baja.)
la llave de aquella puerta:
aprovechad el instante.
El ejército os espera
en Stanmor.

PRAS. Quedad tranquila.

MALI. Descansad.

(Boadicea entra en su estancia. Malira á una señal de la Reina sale por la puerta del fondo. Prasátago absorto en una idea, avanza hácia el espectador.)

PRAS. Ojalá pueda
conducirla un dulce sueño
á otra region mas serena.

PUB. (¡Roma triunfa!)

PRAS. Seguidme. *(A Paulino.)*

(Publio se ha colocado de espaldas á la puerta por donde ha entrado la Reina.)

PUB. No.

PRAS. ¿Me oponeis resistencia?

PUB. ¿Imaginabais que yo
tan neciamente viniera
á ponerme en vuestras manos,
á entregarme sin defensa?
Me comprendereis; el lobo,
cuando en el redil le encierran
los imprudentes pastores,
antes de morir, se venga.
Hay tres soldados no lejos
del lecho de vuestra Reina;
los tres aguardan mi voz
para lanzarse sobre ella.

PRAS. ¡Cómo! ¡Señora!

PUB. Callaos.
Si cometeis la imprudencia
de gritar para que os oiga
desde su estancia, muy cerca
están mis fieles soldados.

PRAS. ¡Prended, prended á esa fiera!

(Los soldados que guardan el subterráneo se colocan detrás de Prasátago.)

PUB. ¡Atrás, ó muere!
PRAS. ¡Teneos!
PAUL. (Está ya libre la puerta.)
PRAS. Hombre sanguinario, escucha.
(*Suena rumor dentro.*)
PUB. La suya por mi cabeza.
PAUL. ¡Vuelven los Icenos!
PRAS. ¡Publio!
PAUL. ¡Voces de alegría suenan!
Han preso á Onoro...
PUB. ¡Qué importa!
El último golpe resta.
(*Malira se asoma á la puerta del fondo, vé interceptado el paso para la habitacion de la Reina, y desaparece sin ser vista, por la derecha del espectador.*)
PRAS. ¡Teneos! ¡horrible angustia!
¿Cómo salvar á la Reina?...
¡Corred á la galería!
(*A los soldados, que salen precipitadamente.*)
»¡De horror la sangre se hiela!
PUB. »Cuando lleguen será tarde.
PRAS. ¡Infame!!
PUB. ¡Soldados! ¡muera!!!
(*Con fuerza. Empuja la puerta entra y en pos de él Prasátago.*)
PAUL. ¡Los ha engañado! ¡me aguardan
mis huestes! ¡ay de la Icenia!
(*Sale por el subterráneo dejándose abierta la puerta.*)

ESCENA ULTIMA.

PRASATAGO, *despues* BOADICEA, MALIRA, ONORO, *pueblo y soldados.*

PRAS. ¡Nadie!!
BOAD. ¿Dónde están?
(*Entrando por el fondo.*)
PRAS. ¡Señora!
¡Se ha salvado!!
BOAD. No resisto.

¿Mas dónde están?

MALI. Los he visto
entrar por la puerta ahora.
Por aquí.

BOAD. ¿Viste á los dos?

PRAS. ¡No salgais, no!

BOAD. Mi deseo...

(*Onoro aparece por la puerta del fondo trayendo en brazos á los dos niños.*)

MALI. Miradlos allí.

BOAD. ¡Qué veo!
¡Hijos del alma!!

PRAS. ¡Gran Dios! (*Leve pausa.*)

ONO. Humilde las plantas besa...

BOAD. ¡Onoro! ¿tú fuiste?

ONO. Sí:
grave era mi falta.

PRAS. ¡En mí
no vuelvo de la sorpresa!
¡Imponderable placer!
En vuestra estancia inhumanos
se ocultaban tres romanos;
ya están en nuestro poder.

MALI. »Cuando me asomé al umbral (*A Prasátago.*)
»á anunciarle que llegaban
»sus dos hijos...

PRAS. »Allí estaban
»aguardando la señal
»de Publio...

BOAD. ¡Inícua traicion!

PRAS. »Tarde se acordó, señora.
»A vuestros hijos ahora
»debisteis la salvacion.
Y Paulino se fugó,
la puerta dejóse abierta:
¡soldados! por esta puerta
salid en su busca.

BOAD. ¡No! (*Pausa.*)
Tanta es la dicha que mi ser inunda,
que lo pasado olvido;
generosa he de ser con el vencido.
»Arrogante á su hueste se reuna:

»nos retará, ¿qué importa? lucharemos;
»al fin derribaremos
»el carro asolador de su fortuna.
Una nube siniestra me oprimia;
se disipó: tranquilo está mi seno.
En celeste ambrosía
se ha trocado el veneno.
Rotos están de mi dolor los lazos;
(*Abrazándolos con efusion.*)
descansad, ¡hijos mios! en mis brazos.
¡Ero! ¡Dacio! (*Se levanta como inspirada.*)
¡Por ellos! ¡por mi patria!
por los dioses que velan por nosotros!
Provoquen los impíos
el combate postrer: guerra implacable
repetirán lejanos horizontes;
sangre romana teñirá los rios:
los ecos de los montes,
las olas de los mares
en son confuso llevarán la nueva
á la imperial ciudad.

PRAS. ¡Inmensa gloria!
nuestra será la palma,
premio de la victoria.
Por ellos vencereis.

BOAD. ¡Hijos del alma!
¡Aprestad regocijos!
Sí, sí: los Dioses servirán de escudo
á la madre que lucha por sus hijos.

FIN DEL DRAMA.

NOTA. *Los versos señalados entre comas se suprimieron en la representacion.*

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinado por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse. Madrid 3 de febrero de 1853.

MELCHOR ORDOÑEZ.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Mateo y Matea. (*Zarzuela*).
Mentira inocente. (Una)
Nobleza contra Nobleza.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende.
No hay amigo para amigo.
Noche en blanco. (Una)
Para heridas las de honor.
Paje y un caballero. (Un)
San Isidro, (*Patron de Madrid.*)
Secreto de la reina. (El). *Zarzuela.*
Suplicio de Tántalo. (El)
Su imágen.
Sueño de una noche de verano. (El) *Zarzuela.*
Trabajar por cuenta agena.
Traidor, inconfeso y martir.

TITULOS DE LAS OBRAS.

Una falta.
Verdad en el espejo. (La)

EN ADMINISTRACION.

Flor de un dia. (*primera parte.*)
Espinas de una flor. (*segunda parte.*)

Baron. (El)
Comedia nueva ó el Café. (La)
Escuela de los maridos. (La)
Hamlet.
Mogigata. (La)
Médico á palos (El)
Sí de las niñas. (El)
Viejo y la Niña (El)

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle de Esparteros, núm. 3, cto. 3.º



PUNTOS DE VENTA.

Madrid: ***librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.***

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.
Alcoy.	Martí é hijos.
Algeciras.	Almenara.
Alicante.	Ibarra.
Almeria.	Alvarez.
Aranjuez.	Sainz.
Avila.	Gomez.
Badajoz.	Orduña.
Barcelona.	Viuda de Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Burgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cadiz.	Moraleda.
Castrourdiales.	García de la Puente
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Lara.
Ciudad-Real.	Gallegos.
Coruña.	
Cartagena.	Moreno.
Chiclana.	Sanchez.
Ecija	Gimenez.
Figueras.	Plá.
Gerona.	Viuda de Grases.
Gijon.	Ezcurdia.
Granada	Zamora.
Guadalajara.	Perez.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Valero.
Jerez.	Bueno.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol y Masia.
Lorca.	Delgado.
Logroño.	Verdejo.
Loja.	Cano
Málaga.	Moya.
Mataró.	Abadal.
Murcia.	Adrion.
Motril.	Ballesteros.
Manzanares.	Gomez Pardo.
Mondoñedo.	Delgado.
Orense.	Ferrer.
Oviedo.	C. Fernandez.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona.	García.
Palma del Rio.	Gamero.
Pontevedra.	Cubeiro.
Puerto de Santa María.	Valderrama.
Puerto-Rico.	Gonzalez.
Reus.	Prins.
Ronda.	Moreti.
Sanlucar.	Esper.
S. Fernando.	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander.	Laparte.
Santiago.	Sanchez y Rua.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alonso.
San Sebastian.	Garralda.
Sevilla.	Hidalgo.
Salamanca.	Torres.
Segorbe.	Clavel.
Tarragona.	Puygrubi.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Castillo.
Tuy.	Martz. Gonzalez.
Talavera.	Bidarte.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Bassó.
Vitoria.	Echavarría.
Villanueva y Geltrú	Pers y Ricart.
Zamora.	Calamita.
Zaragoza.	Viuda de Heredia